



EL CALOR DE
ENERO

ALVARO CASTILLO

ALVARO CASTILLO

EL CALOR DE ENERO

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai
sungailola@gmail.com

INDICE

Toda la música del mundo

Tarde de invierno

El calor de enero

La ceremonia

La onda azul

El rey mago

Réquiem for you

Angelito

Serenata a la luz de un
farol

Segundos afuera.

biografía y enlaces

UNO

TODA LA MÚSICA DEL MUNDO

Aquella mañana, al salir de la cabaña, Eneas Malespina ya había diviso el incendio. Al principio el humo negro subía sesgado en el viento y después, mientras bajaba la ladera hacia el boliche, había distinguido el fuego, como si lo estuviera mirando en un espejo sucio, las llamas color de oro reflejadas en el agua.

En el boliche entre las rocas pidió lo de siempre, vodka y naranja. Sentado en uno de los taburetes altos frente al mostrador se puso a mirar a Felipe que exprimía las naranjas. Hacía ruido al exprimirlas, sus manos hacían ruido, y el aparato exprimidor, y la pulpa machacada de las frutas. De lejos parecía que Felipe estaba sudando, tal vez maldecía el calor y el incendio y al hombre que le había pedido de beber. El olor del humo no había llegado todavía pero Eneas Malaspina creía presentirlo, o lo adivinaba. “Lo voy a llevar pegado al cuerpo para siempre”, pensó, sin atreverse a sonreír con toda la boca, temiendo ver su sonrisa en el vidrio manchado de grasa que cubría el mostrador. Olió el aire, limpio aún pero por poco tiempo, el bosque entero ya debía estar en llamas, el humo borroneaba el cuadrado con cielo de la ventana.

Apretando la bebida en una mano bajó del taburete. Hoy volvería a emborracharse, no había motivo para no hacerlo. “Tampoco hay verdaderos

motivos para hacerlo”, pensó. Se sentía pesado y soñoliento, su propio desinterés lo tenía confundido, malhumorado. Ya no veía por la ventana porque se había sentado a una mesa lejos del mostrador y la ventana. Equilibrándola sólo en las patas traseras había recostado la silla en la pared, había sentido que las puntas de las patas de la silla herían el piso de tierra. Apoyó la cabeza en la madera pulida y cerró los ojos al beber. Sentía la tibia aspereza de la madera en la nuca y también que Felipe lo estaba mirando. Intuyó asombro y vergüenza, tal vez una remota, asombrada, avergonzada complicidad en la cara del otro. “Como si los dos fuéramos inválidos”, pensó, haciendo girar el vaso helado entre sus dedos estirados. Abrió los ojos, movió los labios.

-Esperemos que cambie el viento –dijo.

-No va a cambiar. –Felipe se había volcado de codos encima del mostrador para hablarle. Tenía la cara cenicienta, como si se la hubiera machucado: la mirada vidriosa-. No va a cambiar, qué va. Es viento norte, va a seguir soplando y soplando días y días enteros.

Estaban solos en el boliche y hoy ya nadie más vendría. “Ni hoy ni nunca”, pensó Eneas, todos los habitantes de la zona estarían colaborando en combatir el incendio, moscas revoloteando alrededor de un tigre furioso. Ahora Eneas sonrió mostrando los dientes y pensó decir en voz alta lo que estaba pensando, “Propietarios del Lomo de la Ballena, uníos”. No dijo nada y en cambio volvió a beber, con los ojos abiertos y demorando el líquido en la cavidad bucal, el fuego ya estaba subiendo por un costado de la Ballena y el cielo que seguía de color azul preciso, sin nubes (era un perfecto día de verano) pronto se pondría rojo como si se dispusiera a llover sangre. Entonces el fuego ya habría ganado la cumbre boscosa en tres saltos y en seguida se lanzaría voraz hacia abajo, alimentándose de acacias viejas y encinas robustas, todos aquellos árboles centenarios. El descenso sería impar-

ble, una especie de alud ardiente, lava, una primitiva furia criminal. Las llamas barrerían con todo lo que se pusiera en su camino, tal vez durante días, hasta la primera lluvia o hasta que cambiara el viento. O hasta chocar con el mar. Y desde el mar se vería un perfecto paisaje gris, las cenizas humeando y de noche los ojos rojos de las brasas consumiéndose en la arena. Eneas mojó los labios en la bebida casi con timidez y sacudió asqueado la cabeza. El primer sorbo ya le había caído mal, hoy no debería emborracharse, si ni siquiera ganas tenía. Su cuerpo conservaba los efectos de la borrachera de la noche anterior y conservaba aún más: una especie de residuo fermentado que le subía hasta la boca por dentro del gástrico correoso. Su cuerpo se estaba gastando día a día sin remedio, sus manos su piel su sangre sus labios sus ojos. Los ojos, sentía los párpados hinchados, plomo líquido en la piel alrededor, adivinaba sus ojos corrompidos por finas líneas quebradas de sangre pajiza, sangre aguachenta de color amarillo. Y sus ojos eran celestes, alargados, apenas miopes, bellos. Volvió a beber y de nuevo sacudió la cabeza, impaciente. Se emborracharía. Entonces pensó o entendió (como por telepatía) que Felipe quería hablarle. Felipe tenía la boca abierta y una mano cerca de la boca, la cabeza ladeada y una expresión de pasmo y tristeza que le bajaba de los ojos como si fueran lágrimas para extenderse o rodar livianamente por toda la cara. “Este pobre imbécil”, pensó Eneas y lo miró y vio la boca lenta que se abría, el temblor trémulo previo a las palabras, al primer sonido entrecortado.

-Todo lo que tenía lo puse en este negocio –las manos de Felipe se encogieron, dobladas, hacia el pecho enorme-. Todo. Hasta la plata de mis hermanos.

-Puede ser que el viento cambie.

-Hay once bocas que dependen de lo que yo gano aquí. Mi hermano Federico tiene seis criaturas y se ha quedado sin trabajo.

-Puede ser que cambie el viento.

-Mi hermana Brenda está loca. Usted lo sabe. Los gastos del sanatorio, de los medicamentos, del médico...

-De repente el viento cambia. Otras veces ha pasado.

Sin convicción, sin esperanza, tremendamente aburrido, sin voluntad siquiera para tratar de escapar de las quejas de Felipe, cansado y envejecido, con el vaso adentro de una mano poco firme, los largos dedos en torno al vidrio que se enfriaba, Eneas sonrió, apenas eso. Trató de reproducir mentalmente su sonrisa mientras aún la conservaba, vacilante, en los labios, algo baboso y espeso, repugnante, una cosa pegajosa. “Mierda.” Se enderezó bruscamente en la silla y se echó hacia delante estirando el pescuezo para poder mirar por la ventana: el cielo se había vuelto negro como si fuera de piedra de cobalto o de tierra negra ausente de pájaros y de sol. Eneas había vaciado el vaso casi sin fijarse y se había levantado con el vaso vacío en una mano cuando escuchó, lejos, las sirenas, los bombeos. Caminó hasta la ventana y esperó, el vaso en una mano, las piernas separadas, la cara hacia el humo y el calor. Tres o cuatro minutos estuvo esperando, sin beber – su vaso estaba vacío- y casi sin moverse hasta escuchar las sirenas que sonaban justo debajo y se iban. “Hay que joderse –pensó-, y pensar que el mar está tan cerca.”

-Vienen los bomberos –dijo.

Desde la ventana podía ver su casa, la cabaña de troncos en lo alto de la ladera, detrás lo verde oscuro de la parte elevada del Lomo de la Ballena, por allá iba a irrumpir el fuego, primero el resplandor rojo y azul y después las llamas azules, movedizas, monjes borrachos con sotanas amplias y capuchas en pico. De lejos, la cabaña parecía muy sola en lo más alto de la ladera de roca. No se veían las casas, cuatro o cinco casitas parecidas, chalecitos con jardín y senderos adoquinados y adornos florales en las ventanas.

Y señoras pintarrajeadas sentadas en malla de baño bajo los toldos de los sillones-hamaca. Eneas siempre había detestado nada más tener que mirar las casitas vecinas, vivir rodeado por ellas. Hoy, de repente, les había tomado cariño, o tristeza, una vacía sensación de solidaridad. Los moradores de las casitas eran matrimonios con hijos, veraneantes, nuevos ricos, gente gorda. “Mentalmente gorda, por lo menos”, pensó sin lástima. Hombres afables de redonda barriga blanda, que trataban de esconder sus dedos rústicos en la relumbre de los anillos. Sin embargo hoy también estarían combatiendo el fuego, desesperados y sucios, defendiendo sus mamarrachos de ladrillo y cemento, sus millones, sus ahorros de años, la estima de los demás, a sus perros y a sus gatos, los pequeños gánsters y los políticos venales y los fabricantes de vidrio enriquecidos. Eneas pensó a todos los hombres de torso desnudo enfrentando al fuego del otro lado de la ladera, los baldes de arena y de agua pasando de mano en mano, las manos llagadas de meterlas en las llamas, las voces enronquecidas, las gargantas heridas, los cigarrillos apurados, las vacilaciones y el miedo y además, y sobre todo, la alegría indisoluble de sentirse, por un rato, hombres y vivos, hundidos en el sudor y el coraje, los minúsculos seres repugnantes. Una especie de orgía. Casi deseó tener el mismo coraje, la misma voluntad de tener coraje como para poder maldecirlos, o las ganas por lo menos. “Que se vayan todos a la mierda”, pensó sin violencia, sin rabia, porque si subía la ladera hasta lo más alto podría distinguir la lucha imposible contra el fuego, los hombres-hormiga metidos en el humo. Y tal vez entonces él se movería, bajaría corriendo y ya arrancándose la camisa a los tirones colaboraría, peleando hasta el último milímetro de su desesperanza y así al final encontraría un motivo para emborracharse. En cambio se movió hacia el mostrador.

-Dame la otra –pidió.

Felipe seguía exprimiendo naranjas como si fuera lo último que le quedaba por hacer, lo único, ni mirar para atrás ni desplazarse ni hablar. Había cáscaras amontonadas en el suelo y una jarra rebosante de jugo recién hecho encima del mostrador, junto a la campana de vidrio con sandwiches de ayer. Y Felipe seguía exprimiendo naranjas, ferozmente. Eneas lo escuchaba jadear y lo veía, el pálido perfil ansioso y las manos trabajando, las cortas, feroces manos gruesas, más aptas anatómicamente para retorcer pescuezos humanos que para exprimir miserables, humildes naranjas con un exprimidor azul de plástico. Sentado otra vez en el taburete Eneas olió la pulpa de las naranjas, el jugo, y llevando los labios hacia fuera sorbió ese jugo espeso, sin azúcar e insistió:

-Dame la otra.

Detrás del mostrador Felipe se movió cojeando, arrastrando su pierna dura (antes de ser bolichero había sido pescador de alta mar, de los mejores. Usaba un gorro azul de lana gruesa y un rompevientos azul que jamás olía a pescado, hasta la tarde en que un tiburón herido de muerte lo aplastó de un coletazo contra uno de los costados del frágil bote de madera, quebrándole una pierna y rompiéndole tres costillas), la espalda vuelta hacia el mostrador. Tiró al suelo la cáscara de media naranja y se encogió de hombros. Después se detuvo delante de las estanterías con botellas. Con un dedo recorrió la fila de botellas de más abajo y eligió una de las botellas cercana al espejo. Eneas lo olía sudar y lo veía derretirse blandamente en el calor. Lo vio darse vuelta con la cara empapada y disolviéndose, una mueca en la boca y una botella entre los dedos.

-Aquí tiene. Sírvase usted.

Golpeándola, Felipe dejó la botella en el mostrador junto a la jarra con jugo. Eneas lo miró alejarse hacia el otro extremo, encogerse y después acuclillarse con la pierna dura estirada casi a ras del suelo, alargar un brazo,

acariciar con una mano sin temblores el lomo tibio y suave del gran gato amarillo que esperaba o dormía, ovillado en una silla de mimbre con agujeros.

-Vos, gato –decía Felipe-. Vos, gato.

Y lo acariciaba.

Eneas Malaspina se removió en el alto taburete de madera, encajó los pies en los travesaños horizontales y trajo hacia él la botella y la jarra y se sirvió un chorro de vodka y después naranja hasta el borde. No había hielo y no lo pidió. Miró fugazmente hacia la ventana torciendo el pescuezo, pronto se distinguirían, en lo alto, las llamas, se escucharía el ruido creciente del fuego, los golpes sordos de los gigantescos árboles abatidos, Eneas Malaspina sintió una leve angustia y pensó, aburrido, que la de hoy debía seguir siendo una mañana como cualquier otra. Con sus largos dedos de pianista o carterista armó un impecable cigarrillo sin mirar. Antes de encenderlo lo olió, rutinario, haciéndolo deslizarse bajo su nariz. Trató de forzar-se a la idea de que a la noche llovería y a la mañana siguiente todo lo que ahora veía sólo sería cenizas humeantes y silencio.

“Una tumba”, pensó.

Al rato se dio cuenta que Felipe ya no estaba del otro lado del mostrador. Sólo quedaba el gato, ahora medio despierto, con el hocico apuntando abajo, lamiéndose las patas, las uñas afiladas. Eneas arrancó una de las delgadas hojillas de papel de armar y apretándola con dos dedos hasta redondearla la tiró hacia el gato. El gato maulló aburrido y se estiró y en seguida volvió a entredormirse o hacerse el dormido, liviano y flexible, con la cabeza metida entre las patas delanteras, la cola colgando recta hacia el suelo.

“Apenas me haría falta pensarlo, murmurarlo, querer de veras que todo esto desaparezca –pensó Eneas-. No necesitaría nada más para quedarme

yo solo en esta parte del mundo.” Sonriendo un poco, burlándose por anticipado, falto de la fe imprescindible (lo sabía) movió la boca sin sonido: “No hay más nada”. Cerró los ojos. “Cuando abra los ojos ya no va a quedar nada.” Al abrirlos vio que Felipe había regresado y se abanicaba la cara y el cuello con un periódico doblado. Tenía puesta una camisa nueva, sin manchas de sudor ni de grasa; era una camisola suelta, floreada, celeste, ridícula. Llevaba una campera azul desteñido, amarillento, colgada del otro brazo, pegada a la barriga aparatosa. “Se va”, pensó Eneas, sin sorpresa. Sintió un pesar incierto, una especie de sopor, tal vez un escondido vestigio de solidaridad o vergüenza; no le hacía gracia la idea de tener que quedarse solo, seguir bebiendo sin otra compañía que los discos y él mismo en la cabaña de troncos. Justo hoy.

Con el periódico arrollado delante de la cara, como si tratara de cubrirse del sol u ocultarse, Felipe se acercó, se acodó casi con confianza (casi con la misma vieja confianza que había existido entre los dos hasta ayer) en el mostrador. Venía jadeando, sin aliento, y el olor a ajos de su boca tembló levemente contra la cara de Eneas.

-Creo que a mí también me hace falta una –el brazo izquierdo de Felipe buscó detrás del mostrador y debajo y regresó con un vaso empañado apretado entre los cortos dedos de uñas sucias. Después Felipe sacó los cigarrillos de uno de los bolsillos de la campera que llevaba colgada del brazo inmóvil y los dejó caer encima del vidrio del mostrador. Sus ojos no se habían apartado de los ojos de Eneas y no habían parpadeado ni una vez. Ni una sola-. ¿Por qué se queda aquí? Todo el mundo está peleando contra el fuego. Todos, hasta las mujeres y los niños. Sólo usted no.

No era por odio ni por desprecio, seguramente tampoco a causa del miedo. “Desilusión puede ser –pensó Eneas-, o simple fatiga.” Observó a Felipe llenando el vaso, la mitad vodka y la mitad naranja, lo miró beber,

bebiendo, el grueso cuello tenso, las hondas arrugas marcadas como cicatrices de navajazos, las venas retorcidas e inflamadas, el bulto de la nuez al tragar, clavado a la altura de la mandíbula. “Pobre tipo –pensó-, pobre rata de caño.” Se sirvió también , ahora vodka pura y también bebió. Agarró un cigarrillo del paquete de importados que Felipe había dejado encima del mostrador y prolongó innecesariamente el acto de encenderlo. Al final sopló el fósforo varias veces, muy suavemente, y consiguió apagarlo al cuarto intento, justo antes que la llama le quemara los dedos.

-Permiso –dijo, recién al soltar el humo. En seguida tecleó con los dedos de una mano encima del vidrio que cubría el mostrador-. Por mí puede arder todo, Felipe. Incluso este apestoso boliche.

Estudiadamente se encogió de hombros, probando un lento, deliberado ademán de desprecio. No miró la cara de Felipe pero la supo, como si al hombre lo conociera desde hacía cien años. El color de golpe púrpura en las mejillas curtidas al sol y yodo, la piel tirante alrededor de la boca, la boca un poco abierta, los ojos grises apretados, arrugas, años y rabia.

-Tendría que golpearlo por esto, don. A otro cualquiera ya lo estaría masacrando, se lo juro.

Mirando el suelo, Eneas escuchó que Felipe sollozaba. Felipe sollozó o produjo un ruido muy semejante al de un sollozo. Después extendió los brazos, la campera seguramente había caído amontonada detrás del mostrador.

-Mire mis manos, don. Mirelás –enseñó las manos poderosas haciéndolas girar en la luz cerca de la cara de Eneas. Las enseñaba sin soberbia ni amenaza, sólo mostrando esas dos vulgares herramientas de fuerza y trabajo, diez trozos de carne reseca, endurecidos de callos, con viejas cicatrices en el dorso, las uñas cuadradas romas y sucias-. Mire. Podría matarlo.

Eneas movió la cabeza hacia abajo, compadecido, sin violencia.

-Vos no matás a nadie, Felipe. Sos incapaz, un pobre diablo –miró por la ventana y recién al ver el fuego, las figuritas grises y frágiles de unos hombres recortados contra el fuego y el humo, las llamas amarillas y azules y rojas que crecían más arriba de los árboles, fantasmas embozados, descubrió de veras el incendio, ahora ya no se trataba sólo de humo, de vagos reflejos en el agua-. Sabés bien que estás jodido, que todos estamos jodidos.

Lo que hicieron fue seguir bebiendo, con las caras cerca entre la jarra vacía y la botella, Eneas pensando que era tal vez lo único que podía hacerse, la única forma de escaparle por un rato a su propio vacío. También comprendió que le tenía verdadero miedo físico al fuego y la idea lo hizo sonreír. Felipe sudaba y olía, malolía. A veces se tambaleaba como si una mano de aire lo estuviera golpeando o sacudiendo. No hablaba, también él se daba cuenta que no había nada de qué hablar. “Música, haría falta Wagner –pensó Eneas-, algo sonoro y maligno.”

Cuando se oyeron las primeras explosiones ninguno de los dos se movió. Primero terminaron de beber lo que quedaba en los vasos, brindando, con los brazos enlazados, solemnemente borrachos. Recién después Felipe apartó de un manotazo la botella ya vacía y la botella rodó sin ruido a lo largo del mostrador y cayó quedamente en el piso de tierra.

-Un coche, el tanque de un coche –afirmó Felipe. Nosotros vamos a hacer el mismo ruido, con tanta vodka dentro.

-El alcohol no estalla, se inflama –informó Eneas.

Se iba alejando del mostrador, retrocediendo de espaldas y ahora hacia la puerta. Vio que Felipe se daba vuelta y buscaba de nuevo entre las botellas. Encogiéndose de hombros Eneas salió a la grava, le pareció que ardía contra sus chancletas. Miró hacia la carretera cincuenta metros debajo, los coches que huían en fila hacia el Este escapándole al incendio. Los veía venir entre arcos de fuego, arcos voltaicos, puentes aéreos de fuego, guirnal-

das ardientes, luces de bengala, una extraña apariencia de artificio. “Casi mágico el asunto”, pensó Eneas mirando las llamas que se juntaban, se abrazaban en el aire a través de las copas de los árboles, las rojas llamas aladas que volaban por encima de la cinta gris de la carretera. Los coches corrían debajo, con una prisa torpe, desesperada, furiosa, de hormigas acorraladas. Corrían, se iban, ensordeciendo el aire a bocinazos. Eneas los perdía de vista detrás de una casa grande con el techo a dos aguas con tejas rojas que no relejaban el fuego ni el poco sol que perduraba: tejas opacas, sucias, con yuyos aplastados en las juntas. La casa tenía dos taludes de pasto verde resplandeciente, el aparato giratorio de regar todavía daba vueltas tirando agua para todos lados en uno de los taludes, mojando los perezosos de lona y una hamaca de jardín y las hojas de diario tiradas en el pasto y un sombrero de mujer con adornos de flores de papel. También había un hombre: estaba de pie en la terraza con techo de cañas y tenía un vaso en una mano. “Otro loco”, pensó Eneas al levantar su vaso hacia el hombre y moverlo en el aire, un brindis a la distancia, solidaridad por borrachera. Emborrachadamente solidario, Eneas se rió. Distinguía la cara del hombre, bigotes, una inmovilidad como de piedra no sólo en el cuerpo y en las ropas sino también en las facciones, hasta en el aire caliente que lo encerraba. Al rato el hombre se movió para beber, con una lentitud de dios o niño despertándose: y bebió y tiró el vaso a lo lejos, hacia el lado de donde venía subiendo el incendio. Después desapareció dentro de la casa, su casa, Eneas sabía quién era: un comerciante muy rico, seguramente un ladrón de guante blanco, un turco o un armenio con nacionalidad argentina. “Otro más que se marcha; rajen ratas”, pensó Eneas, mirando al mar. En el agua las llamas se alargaban hasta el horizonte, parecían los reflejos de varias lunas rojas simultáneas. La sombra del humo cubría las dos islas a lo lejos, las agrisaba,

el paisaje de árboles y faros de las islas se había puesto gris y brumoso. “Islas ahumadas”, pensó Eneas, con el vaso caliente, vacío entre sus dedos.

También veía los veleros cerca, un yate grande apuntando de proa a la costa. “Curiosos”, murmuró con asco. Podía imaginarse la escena, más o menos la misma en cada cubierta, los hombres gordos tirados boca abajo, las mujeres jóvenes y hermosas, las prostitutas de lujo que hablaban y fornicaban en varios idiomas paseándose en bikinis o desnudas, el marinero viejo con anclas labradas en el torso y los ojos medio ciegos y recuerdos atroces detrás de los ojos ciegos y las manos clavadas en el redondo timón. Esta noche todos fornicarían a bordo menos el marinero y todos vomitarían menos él y a la mañana siguiente comentarían el incendio, algún muerto, las casa de los amigos incendiadas. Y también el calor. Eneas sintió que la rabia se sumaba al asco. “Soy un hombre de sensaciones primitivas”, pensó al escupir. Escupió. Veía las velas hinchadas en el viento liviano, los veleros no se movían pero parecía que se estaban metiendo en el fuego, las llamas parecían estar haciendo arder el agua como si fuera petróleo.

Volvió al boliche, ahí dentro el aire no estaba tan espeso. Vio que Felipe no había destapado la botella todavía, que la sostenía entre las manos con la tapa roja, de rosca, a la altura de la nariz. Felipe estaba despeinado y otra vez sudando y sucio, los ojos encandilados como si el fuego hubiera pasado brevemente por ellos o los hubiera tocado: contaminado. Había algo realmente maligno en esa mirada, los ojos juntos contra la nariz. Recién hoy, después de varios años (lo había conocido cuando todavía era pescador de altamar, lo había visto partir a la madrugada de pie en la proa del bote, con los brazos cruzados en el pecho: y entonces lo respetaba), Eneas se daba cuenta que Felipe tenía algo de vampiro en la cara, algo lineal y estilizado que contrastaba con su cuerpo gordo y rechoncho, con su grueso cogote, sus manos de dedos cortos: algo que venía desde lejos en los siglos, esos

afilados colmillos de color herrumbre o yodo que parecían conservar viejos rastros de sangre. Felipe se reía enseñando todos los diente, la lengua entremedio. Y también esa lengua fina y puntiaguda y esa nariz cuerva y afilada tenían algo de vampiro y de nocturno.

-Me voy, me marchó. Carajo, me marchó.

Felipe cojeaba hasta el extremo del mostrador y se agachaba y algo rumoreaba, con una especie de ternura, masticando el sonido de su voz hasta reaparecer y salir hacia Eneas sosteniendo al gran gato amarillo dormido en los brazos, la campera debajo.

-No quiero morir asado, me marchó. Nos marchamos –moviendo un dedo señalaba hacia atrás, el mostrador-. Ahí le dejó la llave, no se me olvidó cerrar con dos vueltas cuando se vaya.

Pareció que adivinaba la intención de Eneas, lo que Eneas había estado pensando. Sonreía balanceándose, todo el peso de su cuerpo apoyado en la pierna sana:

-Y no voy a cobrarle lo de hoy –decía-. La casa ha invitado.

Seguía hacia la puerta y se volvía, girando despacio, su mano iba y venía por el lomo del gato y los ojos del gato estaban cerrados, la cola caída. Eneas casi creyó escuchar el suave ronroneo de placer del animal. Felipe parpadeaba como si la proximidad del incendio lo hubiera enceguecido. Y además envejecido. De veras parecía más viejo, hasta la rabia y la conciencia de los numerosos fracasos habían desaparecido de sus ojos, de su cara; sólo conservaba una especie de fatalismo burlón, casi ascético, quizá imprudente. “Diez años más viejo por lo menos –pensó Eneas-, hasta la voz se le ha cascado.”

-Y también coloque el cartelito en la puerta, haga el favor –la voz cascada remedó una especie de risa sin eco-. No se me vaya a olvidar.

-Está bien, podés irte tranquilo.

Eneas se hamacó, con las manos enganchadas por los pulgares en los bolsillos del pantalón. No había llegado a precisar si de veras se sentía borracho. “Andate de una vez –pensó-, hacete humo en el humo.” Apretó el vaso vacío en los dedos, se concentró en la idea de la botella intacta, virgen todavía encima del mostrador.

-Si quiere lo llevo. Media hora de tiempo tenemos –Felipe se encogía sin dejar de acariciar al gato, daba dos pasos breves y desiguales hacia la puerta, dudaba ceremoniosamente feliz: por borracho-. No me gusta la idea de abandonarlo en este horno. Y usted que no tiene coche.

“Se va a hacer puré en la carretera –pensó Eneas-, nadie puede conducir en ese estado.” Sintió una pena casi certera por el gato, sacudió sin fuerza la cabeza.

-No te preocupes, ya he aprendido a cuidarme solo, en caso de apuro me tiro al agua y listo. Sé nadar –señaló hacia la ventana y el cielo. También a los veleros que no veían-. Hay unos cuantos veleros allí cerca, puedo alcanzar uno si me hace falta.

Aliviado vio que Felipe se iba, supuso que tal vez había entendido.”Y conste que no lo hago por estar borracho”, pensó. Lo último que vio de la cara de Felipe –y lo último que vería jamás, ya lo sabía- fue una especie de sonrisa con los colmillos de vampiro al aire, los pequeños ojos encapotados. Lo vio taconear con aparatosidad y soberbia, acentuando la cojera como si fuera una gloriosa herida de guerra, lo vio acariciar el gato y vio que el gato se daba vuelta para mirarlo a él y que sacaba casi burlándose la lengua porosa. Después Eneas giró hacia el mostrador y agarró la botella y la destapó. Había pensado romper el pico contra el mostrador como hacían los piratas (algo que de niño quería hacer), pero descartó la idea. “No estoy acostumbrado a mascar vidrio –pensó-, no es bueno para las tripas.” Quizá estaba borracho a pesar de todo. Después de llenar el vaso hasta el borde armó un

cigarrillo y lo encendió. Descubrió que Felipe se había olvidado sus cigarrillos importados pero los despreció manoteando el aire. O tal vez Felipe no se los había olvidado. “Puede ser que el cretino haya querido regalármelos – pensó-, sería el colmo”. Y con un dedo empujó el paquete blanco y rojo hacia el suelo del otro lado del mostrador. Se acodó con fuerza en el vidrio y leyó el cartel que le había dejado Felipe, letras en lápiz repasadas con fuerza varias veces hasta horadar el cartón:

CERRADO POR INSENDIO

Se quedó un rato riéndose con el pucho colgado de una punta de la boca, la saliva seca pegada a los labios, el pucho apagado. Después bebió de un solo trago largo (hasta atorarse: se atoró) el contenido del vaso y escupió vodka y flemas en el piso de tierra. Pensó que vomitaría, definitivamente estaba borracho. Tapó como pudo la botella y se la calzó bajo el brazo. Saludó y empezó a irse, de espaldas, ceremonioso, haciendo reverencias. Desde la puerta volvió a saludar, al aire, al tiempo, al incendio, al calor, a los veleros que no veía, al humo, al fuego, al gato, a Felipe, a las dos láminas con toreros de las paredes, al gato amarillo de nuevo. Cerró de nuevo la puerta y saludó a su reflejo repentino en el vidrio sucio (se dobló como una bisagra para saludarse) y le pasó dos vueltas de llave a la puerta y se guardó la llave en un bolsillo del pantalón. La grava seguía ardiendo bajo sus pies y en la carretera cincuenta metros más hacia el lado del mar ya no había coches corriendo sino árboles caídos que ardían y humeaban y había humo y también, corriendo de un lado a otro, las siluetas azules, los cascos plateados de los bomberos. Saludó también a los bomberos y a los veleros, que eran ahora más numerosos que antes. Eneas contó nueve y perdió la cuenta (los veleros se movían y se multiplicaban y su brazo extendido también se movía y a veces se desdoblaba en dos brazos transparentes) y volvió a empezar pero se aburrió, contando veleros con un ojo cerrado; se rindió.

Apretó la botella bajo el brazo, el humo y el fuego también olían a pasto y a savia, ¿o era el viento?, los olores de siempre del bosque viajando en el viento liviano. Eneas ya escuchaba el fuego subiendo y cerca, lo veía debajo y lo presentía en lo alto, próximo al bosque tupido de la cumbre. Pronto el fuego alcanzaría esa cumbre, la cresta, lo más alto del Lomo de la Ballena y después se lanzaría hacia abajo entre árboles y casas y piedras y la gente que huía. Avanzaría, el fuego, para comérselo todo como una pavorosa boca abierta y hambrienta, con un hambre fragorosa y en vez de la lengua y los dientes las llamas. Un verdadero ogro, el fuego. Yendo hacia arriba por la ladera Eneas se dio vuelta para mirar el boliche una vez más, la última. Le dolía abandonar el boliche y ahora lo veía desde arriba; el techo de quincha (que sería lo primero en arder) se confundía con el color pardo rojizo de las rocas. Miró los veleros, la gran casa de tejas rojas y pronunció una palabra: “Sodoma.” Recordó, como para disculparse, que sus padres habían sido fervientes católicos practicantes, que a él lo habían educado en un clima de terror religioso, varas de mimbre, confesionarios y curas tenebrosos, aquellos curas que lo castigaban. Recordó que él mismo había colaborado con los curas en el acto de meter la hostia en la boca de los comulgantes, “monaguillo”, recordó, vagamente asqueado. Aquello ya no era ni siquiera parte de su vida, definitivamente no. Eneas seguía subiendo, seguía apretando la botella, tibia ya, bajo el brazo.

Subió casi corriendo el trecho que le faltaba para llegar a la cabaña. Se sentía aligerado, como si le hubieran nacido alas en los brazos, plumas de colores en lugar de los dedos. Desde la puerta de la cabaña miró sin sorpresa ni temor, casi como a un amigo esperado o a una mujer deseada al fuego que se iba aproximando, el incendio ya había ganado la cresta. Pensó que ahora mismo podía cerrar los ojos y acabar con todo y se dio cuenta que se estaba repitiendo. “Eso lo pensé hace un rato y no surtió efecto”, se dijo.

Sin embargo tenía el presentimiento de que ahora resultaría, ahora él sentía algo parecido a la fe. Por eso no cerró los ojos y luchó para mantenerlos abiertos, los dos, sin parpadear siquiera. Hasta que las lágrimas le ardieron y le nublaron la vista: entonces parpadeó.

Había dejado la puerta sin llave; nunca le pasaba llave, no hacía falta. Abrió y entró y cerró la puerta de un codazo. Lo primero que hizo fue agarrar un vaso de plástico de encima de la mesa de cármica y servirse. Después fue a la cocina y cortó dos churrascos y los puso a cocer en la churrasquera eléctrica. Terminó la vodka (no había llenado del todo el vaso) y un cigarrillo mientras los churrascos se cocían sin ruido. Pensó que por suerte el incendio aún no había cortado los suministros de corriente eléctrica. “Si no no hubiera podido comer”, se dijo y al darse cuenta se rió. Sacó los churrascos de la churrasquera y se puso a comerlos de pie, cortándolos con un cuchillo de monte y pinchándolos con un largo trinchador con mango de madera, el plato encima del mármol vetado y rajado de junto al lavabo. Con un trozo de carne en la boca, masticando (y pan también, pan de ayer mojado en el jugo rojo del churrasco casi crudo) fue hasta el living y se quitó la camisa, arrojándola sin mirar hacia el único sillón que había. Supo que había acertado, como siempre. Colocó un disco en el tocadiscos automático y apretó el botón de encendido. Después apretó otro botón que ponía en funcionamiento el mecanismo del aparato y reguló casi en el mínimo la perilla del volumen. Agachándose, pasando las manos por su pecho sudado, escuchó: Wagner. Silbando suavemente algunos compases de la obertura de El buque fantasma –que también se llama El holandés volador, recordó y le hizo gracia– regresó a la cocina para terminar con los churrascos. Al pasar miró la foto de su madre y su propia foto, peinado a la gomina, veinte años más joven, en la pared junto a una de las ventanas. Y por la ventana vio el fuego.

Ya no tenía hambre pero igual terminó los churrascos y mojó más pan en el jugo y también se lo comió. Metió el plato en el lavabo y abrió la canilla del agua caliente y mientras masticaba el último trozo de pan pensó que tenía que seguir bebiendo. No por miedo sino para no falsear sus costumbres. No tenía ganas, pero igual echó más vodka pura en el vaso de plástico (un vaso verde, sucio de polvo, manchado de dedos, rajado desde el borde hasta la base) y se acercó a la ventana abierta, despacio, moviéndose cuidadosamente dentro de las ondas de la música y del calor. Otra vez vio el fuego que se aproximaba pero no estaba pensando en el fuego. “Conste que lo voy a hacer sin saber del todo por qué”, murmuró, tal vez mintiendo.

Acercó el sillón a la ventana y se sentó encima de su camisa, se hundió en el sillón, uno de sus pocos viejos amigos. Siguió bebiendo, tenía ganas de fumar pero le daba pereza armar un cigarrillo. También tenía sueño. Bostezó y dobló y elevó los dos brazos, desperezándose. Por un momento se arrepintió por haber despreciado el paquete de cigarrillos que le había dejado Felipe, aunque en seguida sonrió. Se rió. Pasó la mano por la superficie lustrosa, barnizada de la tapa del tocadiscos. Después de un vaso de vodka otro vaso de vodka y después otro y después hasta que de la botella salió un breve chorro delgado, frágil, quebradizo y al final gotas que salpicaron desparejas en el piso de baldosa. Ahora sólo faltaba esperar, oír la música. Eneas Malaspina tiró al piso la botella, levantó el brazo más arriba que su cabeza y tiró la botella con fuerza, casi con rabia. Pero no escuchó el ruido del vidrio al romperse, porque un momento antes había subido al máximo el volumen del tocadiscos y el estruendo de la música le impidió escuchar el ruido; en cambio vio la botella que se deshacía, la vio estallar en silencio como algodón soplado por el viento. Miró una vez más por la ventana antes de cerrar los ojos, el incendio cerca y bajando, el calor, el vaso va-

cío y tibio en una mano. Wagner (alguien estaba agonizando en alemán). Y toda la música del mundo.

TARDE DE INVIERNO

Las tardes de invierno eran todas iguales, después del almuerzo la siesta, el abuelo que se iba a ninguna parte con su porrón de whisky encajado en un dedo, su madre que se alejaba como una sombra por el pasillo haciendo sonar contra el suelo los zapatos flojos, su padre que se quedaba hojeando revistas sentado en el sillón frente a la ventana en el salón grande, las piernas cruzadas, a veces con un vaso con grappa o vino en una mano, el pie derecho colgando en el aire, el tobillo moviéndose al ritmo de la música no dicha. Juanito subía a su pieza, agarrándose del pasamanos al ir montando la escalera, esperando escuchar algún ruido distinto, observar algún detalle que rompiera la monotonía de papel de calco de las tardes siempre iguales en invierno.

Tirado en la cama, con el mismo libro todas las tardes contra el pecho, viéndolo subir, abierto al medio, descender, al ritmo de su respiración, Juanito pensó de nuevo que las tardes de invierno eran siempre la misma, un hondo bostezo húmedo y silencioso. Hacía pocos días que su abuelo había vendido los últimos platos azules con filigranas de oro y ayer mismo su pa-

dre había empeñado relojes y collares, había comprado grappa y medallones de menta y chocolate con la plata del empeño, su madre había llorado, la vieja Concepción (la tía bisabuela, vieja como el mundo y mala como el diablo) se había reído sin dientes por debajo de un pañuelo apretado contra la nariz.

Juanito sentía la pobreza como una enemiga reciente, implacable y desconocida, y ya había empezado a odiarla. No entendía por qué se habían hecho pobres de repente y sospechaba que el esplendor de antes había sido un largo simulacro cada vez más difícil de representar. Tirado en la cama aceptó el desconcierto y la amargura, maldijo en silencio a las tardes de invierno todas iguales y pensó con pereza que asomándose a la ventana podría ver las nubes en el cielo, el murallón de ladrillos con madre selvas del jardín al fondo, el sol reflejado en los vidrios sanos del invernadero, tal vez a su abuelo paseándose entre los árboles con el porrón de whisky encajado en un dedo. Cerró los ojos para sufrir mejor el desencanto, se imaginó el llanto en su cara, un gato erguido como una sombra egipcia en lo alto del murallón del jardín en la noche, su padre midiendo los segundos de hastío con golpes de los dedos en las rodillas.

Cuidadosamente, como si estuviera llevando a cabo un acto secreto o una misión clandestina, Juanito se sentó en la cama, pisó con los pies descalzos el suelo de madera, apartó su rostro del rostro suyo en el espejo y buscó a tientas en el suelo los zapatos. Se los puso con dos golpes de talones, bostezó al erguirse, abrió la puerta y salió en silencio al pasillo. Miró la penumbra, adivinó a su madre loca haciendo solitarios tramposos con un mazo de naipes ya demasiado gastado por el roce de las manos, por el ácido frío del sudor de los dedos. Pasó por delante de la puerta entornada del dormitorio de su madre sin mirar y empezó a bajar despacio, uno a uno, apoyando primero el taco y después la punta de los zapatos, los escalones. En el descan-

so, en el recodo mal iluminado se detuvo a escuchar el silencio, acercó la cara al ventanuco apartando las cortinas y miró afuera, entre los barrotes verticales, la luz terrosa del sol entre los árboles, el gris pesado de las nubes bajas, los destellos opacos en el filo retorcido de los vidrios de botella clavados en lo alto del muro del jardín. Bajó la otra parte de la escalera con las manos metidas en los bolsillos, silbando una tonada remota, los labios redondeados soplando compases de aire sin ruido. Ni siquiera él mismo podía escuchar la melodía, apenas si podía sentir el sonido áspero del aire que salía humedecido en saliva de su boca en redondel.

Anduvo despacio por el corredor y se acercó en puntas de pies, encorvado, a la puerta del salón grande. Antes de asomar la cabeza por la hendidura de la puerta ya escuchaba: al principio le había parecido que el ruido venía de afuera, del jardín del frente, tal vez algunos niños pobres del otro lado del arroyo que se habían metido en el jardín para tirar piedras contra los vidrios del invernadero. Ayer mismo dos o tres niñitos con andrajos se habían metido en el jardín trepando las verjas de fierro y habían roto a pedradas algunos vidrios y el abuelo había salido con su porrón de whisky encajado en un dedo y les había gritado algunas cosas, sin rabia y sin ganas, mirando hacia el sol opaco detrás de las nubes (“Pensar que el abuelo era senador”, pensó Juanito) y los niñitos se habían marchado trepando de nuevo por las rejas como monos descalzos y saltando como monos sucios al otro lado.

Sin embargo el ruido no venía de afuera, Juanito se dio cuenta al acercarse, justo al meter la cabeza –sin saber por qué su propio sigilo, su propia cautela-, asomar el reborde de la cara por la hendidura de la puerta entreabierta. Todavía pensaba en salir al jardín, se imaginaba abriendo la puerta con una escopeta de dos caños apoyada contra el cuerpo, buscando con los ojos a los niños haraposos ahora escondidos entre los matorrales: cada disparo de la escopeta dejaba un agujero redondo en el ramaje achaparrado de los

matorrales y se escuchaban gritos que venían como del cielo y se veía a los niños heridos, las bestezuelas moribundas, saliendo de entre las matas y caminando a pasos bamboleantes, chorreando sangre, por los senderos de grava del jardín Juanito pensaba en la muerte, adivinaba cercana la alegría al meter la cabeza por la hendidja de la puerta y escuchar, el ruido veía de ahí dentro, un murmullo, y apretar los ojos y abrirlos y volver a cerrarlos y abrirlos de nuevo y empezar a ver: primero los contornos de los muebles que su memoria le ayudaba a situar, los aparadores altos, la silueta imprecisa de la mesa ovalada, los respaldos verticales de las sillas, las formas de sombra de los pesados sillones contra la pared. El ruido parecía uñas en una tela o dientes en un pedazo de pan duro: una cosa que rascaba y hería, tal vez unos pies arrastrándose contra el suelo. Eran pies contra el suelo, Juanito distinguió casi en seguida las siluetas, le costó reconocer a su padre que envolvía con su cuerpo a la sirvienta, le costó al mismo tiempo recordar cómo se llamaba la mujer, un nombre de campesina o de puta que se le mezclaba con el recuerdo de otras sirvientas de antes, caras entreveradas en la memoria. Recordó primero que la mujer se llamaba Azucena y de inmediato aceptó que la otra forma era su padre, lo vio sin sorpresa, sonrió con la mitad de la boca, la cara asomando por la hendidja de la puerta, al terminar de distinguirlo entre la penumbra del otro lado de la mesa, su cuerpo encogido sobre el cuerpo de la mujer, la mujer doblada hacia la mesa, uno de sus brazos echado hacia atrás, la mano adivinada abierta, los dedos invisibles arrugando el mantel. Juanito miró o creyó mirar la mano, distinguir las venas del dorso, las uñas al ras: sus ojos ya acostumbrados subieron por el brazo de la mujer hasta el pescuezo, se metieron por el pelo enmarañado y siguieron, bajando, los pasos de su padre, los avances: sus oídos escucharon o inventaron los chasquidos de las dentelladas y el estertor de los jadeos.

Los murmullos sosegados, casi rabia de repente, ahora sí, en las palabras masticadas de la mujer.

-Por favor, señor, suélteme, oh, ah, déjeme.

Los ojos de la mujer lo habían visto a Juanito en el espejo: Juanito podía ver en el espejo la sombra imprecisa de la sirvienta, podía verse en una sombra también, como un fantasma o un asesino asomando medio cuerpo hacia el misterio. Antes de alejarse Juanito vio las piernas separadas de su padre, las manos tapando la bragueta, abrochando lentamente los dedos los botones: vio brazos, la sonrisa, el gesto de hastío y burla: la misma mueca de cuando se sentaba en el sillón después del almuerzo a leer sus revistas con mujeres desnudas a medias, comer sus maníes partiendo la cáscara con los dedos sin mirar, beber despacio grappa o vino.

“Me vieron”, pensó Juanito al alejarse, después de cerrar la puerta, el chirrido de los goznes mal aceitados, el crujido de la madera contra la madera del suelo, el chasquido enmohecido de la cerradura. Caminó despacio por el corredor metiéndose de nuevo las manos en los bolsillos, empezando a silbar ahora con fuerza, escuchando en la cabeza y alrededor el silbido, el compás monótono de una vieja marcha que su abuelo también silbaba por la noche cuando conservaba dientes, ya perdido de borracho antes como ahora, con el porrón tal vez vacío encajado en un dedo, los pies resbalosos y la lengua resbaladiza yendo y viniendo por las habitaciones, las escaleras y los corredores. Juanito abrió la puerta de vidrios granulados y salió al jardín.

Anoche había llovido y los senderos del jardín estaban enfangados, había charcos en la grava y en los claros de tierra entre los pastos, olor a lluvia en los árboles y al pasar por debajo de las ramas Juanito sentía las finas gotas de la lluvia colgadas de las hojas que le caían a veces en ramalazos sobre la cabeza. Con las manos en los bolsillos todavía, silbando de a ratos

para dentro, aspirando compases de tango, y de a ratos para fuera, Juanito dio dos o tres vueltas entre los árboles, siguiendo el sendero de pedregullo y lajas que llevaba al invernadero, deteniéndose cada ocho o diez pasos a esperar, vigilando el silencio. Se había metido por una vuelta entre los ceibos cuando escuchó la puerta de vidrios que se abría y se cerraba, los primeros pasos, la voz que lo llamaba una vez sola.

Parado contra un ceibo, las gotas de lluvia descolgándose de las últimas hojas para golpearle la cara, recostando la espalda en el tronco húmedo Juanito escuchó a su padre venir, lo vio de repente doblando la vuelta del sendero y entreparándose con una sonrisa apagada, un ademán a medio hacer hacia la cabeza, un cabezazo no terminado, el cuello doblado a medias a un costado, una pierna en el aire y un brillo tenue en los ojos miopes. La pierna colgada en el aire, la cabeza aureolada en el sol.

-Me viste.

Su padre movió la pierna y la apoyó con una especie de premura contenida. Se rió. La risa sonó áspera y vacía y sus ademanes la repetían en la humedad, la desdoblaban y la transformaban en otra risa, igual pero otra: una risa gruesa y salivosa, pronunciada, eructada entre los dientes.

-Vi que me viste –dijo.

Acercándose, le pasó a Juanito un brazo por los hombros, lo empujó blandamente hacia un costado, metiéndolo de nuevo en el sendero de pedregullo y piedras planas que iba hacia el invernadero.

-Vos entendés. Tenés que entender.

Los ceibos goteaban contra sus caras. Su padre lo iba guiando entre las ramas bajas, esquivándolas los dos a los cabezazos. Ya los dos tenían la misma altura. “Yo tengo doce años y vos cuarenta”, pensó Juanito.

En otro recodo, cuando ya estaban delante del invernadero –los agujeros en los vidrios, los reflejos opacos del sol en los pocos vidrios sanos, los

cañaverales creciendo verticales contra las paredes de cemento y vidrio-, su padre se detuvo, miró hacia abajo casi con asombro, parpadeó al acercarse – su aliento olía a cansancio más que a vino, un cansancio de años mezclados con el vino de hoy recién, de ayer y mañana apenas-, al mirar hacia dentro de los ojos de Juanito con sus ojos miopes.

-¿Cuántos años tenés?

-Doce.

Su padre movió la cabeza entristecido, le metió una mano en el pelo hurgando con los dedos entre los mechones húmedos. Dio un paso atrás, sacó los cigarrillos de un bolsillo, se puso uno en la boca, volvió a meter el paquete en el bolsillo y sonriendo, moviendo a un lado la cabeza con las cejas subidas, como si de pronto se hubiera acobardado, volvió a sacar el paquete y ofreció.

-¿Fumás? –sacudió el paquete, un cigarrillo sobresaliendo, hacia la cara de Juanito-. Sé que fumás, no tengas miedo.

Juanito extrajo el cigarrillo, acercó la cara a la llama del encendedor con el cigarrillo en la boca, pitó y tosió sintiendo que la llama le ardía contra las cejas.

-No es para tanto. Son rubios importados. Muy suaves –su padre había vuelto a meter el paquete en el bolsillo de la camisa, cerraba el bolsillo con dos clips de metal haciéndolos sonar entre los dedos-. Son los que uso para convidar a las mujeres. Yo prefiero los negros.

Juanito frunció la cara tras el humo, desinteresado, mirando hacia donde miraba su padre, el cielo colgante de nubes, las copas ateridas de los árboles, tal vez un ventanuco exacto de la planta alta, una señal o una respuesta, una cara pegada al vidrio, una mano blanca asomando. Juanito miró al ventanuco rectangular de la sirvienta, las cortinitas corridas sobre los vidrios, orín y moho y la corrosión de los años chorreando la pared.

-Ya debe estar arriba –su padre señaló vagamente el ventanuco, encogiéndose de hombros, moviendo apenas la cabeza hacia lo alto, sin mirar directamente-. Llorando, en fija, asustada.

Juanito pensaba en su cigarrillo, lo hacía girar entre dos dedos mirándolo con una sombra de sorpresa, tratando de entender y resistir. Al tragar el humo se dio cuenta que él también tenía ganas de llorar y gritar, algo que hacía tiempo que no le pasaba, una sensación borroneada que lo recorría hasta los dedos a ras de piel. Su padre le había pasado de nuevo un brazo por los hombros y lo llevaba entre los ceibos hacia el estanque. Tiraba piedras –su padre- al estanque. Los pececitos de colores, rojo aplastados y amarillo y azul alargados subían coleteando hasta los círculos que hacían las piedras al golpear en el agua. Los peces recorrían la superficie del agua con los dos agujeros nasales hacia fuera, buscando inútilmente entre las hojas muertas y el lógamo viscoso que flotaba en el estanque, apenas lívido en el centro, como una piel, y duro como una costra añeja contra los bordes de piedra.

-Son tontos los pescaditos –su padre tiraba otra piedra-. Suben, bajan, dan la vuelta. Como nosotros, para un lado y para otro, porque sí, buscando nada, ninguna cosa.

Ahora apenas quedaban cuatro o cinco peces en el estanque (tigres casi, hienas de agua dulce que se alimentaban de pura carroña: los supervivientes): los demás, más débiles, se habían muerto podridos, envenenados en el agua estancada, aceitosa de mugre. Juanito trató de recordar la pecera con más peces pero no pudo: nunca miraba la pecera, nunca le habían interesado los pececitos de colores, lo único que ya hacía años lo había divertido era ver por las madrugadas al gatazo azul encaramado en el borde de piedra, acechando con una astucia primitiva, encogido del lado donde no arrojaba sombra. De vez en cuando lanzaba una zarpa y después saltaba en-

loquecido al pasto entre los senderos, rebuscando hasta encontrar el pececito caído. El gato ni siquiera era de la casa, era de unas vecinas, dos viejas solteras que vivían dos casas hacia la avenida, en un palacete rumboso con alminares redondos de color azul en las esquinas del techo. Un día el gato se murió, debajo de las ruedas de madera de un carretón tirado por caballos: ya estaba viejo entonces, hacía tiempo que no iba a cazar peces a la pecera de piedra.

Su padre tiró al agua el pucho y se pasó una mano por el pelo, acomodándose los mechones, llevando destellos azules hacia las sienas. Juanito también tiró el pucho al agua, lo vio flotar un momento y alejarse hacia uno de los rincones del borde de piedra, como si estuviera sobrenadando una corriente secreta.

-Ya ves –dijo su padre-. A mis años. Persiguiendo sirvientas.

Ahora estaba mirando otra ventana, Juanito sabía cuál. Movié también él el pescuezo para mirar hacia arriba y vio las persianas cerradas, los lijonzos del moho abriendo grietas oscuras en los listones de madera inflados de lluvias y soles.

-Sabés bien que tu madre –su padre hizo un gesto lentísimo, movió una mano adelante de la cara como si quisiera cubrir al menos una parte de la mueca, los años que tenía-. Hace tiempo ya, mucho tiempo que no, nunca.

Hizo un ademán obscuro con los dedos, metió una mano en un bolsillo del pantalón y sacó un billete nuevo de diez pesos. Lo hizo crujir doblándolo entre los dedos, lo dobló más veces ya metiéndose hacia dentro en el jardín por el sendero y llamó a Juanito con un cabezazo.

-No hay razón para que no lo sepas –su padre le pasó el brazo de nuevo por los hombros-. Además supongo que ya lo sabías.

Juanito había oído hablar. Se acordaba de un atardecer en el muro de la casa de la esquina, sentado con las piernas en el aire junto con unos amigos, esperando todos que pasaran cosas que no podían pasar: una muerte, una mujer desnuda, un fantasma, cualquiera de sus sueños de pronto verdad. Se acordó de la cara de Danielón von Gout, la sonrisa.

-Mi padre dice que tu padre anda con mujeres –dijo Danielón.

Se acordaba de los cuchicheos en el almacén de don Jaume y en la iglesia a la salida, cuando él iba con su madre, ya hacía años, a la iglesia. Después su madre loca del todo se había encerrado en su pieza y no había vuelto a salir más que para tomar té de tilo en el salón grande mirando las llamas del fuego en invierno, hablando sola tras las cortinas de pesado terciopelo que aniquilaba las dimensiones, inmóvil y pálida como una mariposa clavada a un cartón a la luz de una lámpara que deformaba las distancias: cada vez que entraba al salón en penumbras Juanito tenía la sensación de entrar a una superficie plana, un cuadro, una lámina o una foto amarillenta, los colores pintados a mano, planos y brillosos, sin relieves. Recién ahora se daba cuenta que su padre había vuelto a pasarle un brazo por los hombros y se apartaba encogiéndose las rodillas, se alejaba dos pasos, pateaba un pedruzco tirándolo adentro del pasto.

-Me gustaría que tuvieras diez años más –dijo su padre-. O tener yo diez años menos. No para ahora, para más adelante. Cualquiera día de estos te vas a dar cuenta que ya soy un viejo, vas a sentir lástima o desprecio, no sé.

Habían llegado al invernadero, Juanito veía las sombras escuálidas de las plantas descuidadas, los rosales empobrecidos que asomaban como pescuezos de moribundos a través de los agujeros en los vidrios, las flores mustias con sed y sin sol. Sabía que sólo al fondo había flores floreciendo, metidas en grandes macetones de tierra turbia, humus: las últimas rosas

amarillas (todos los domingos el abuelo cortaba una rosa amarilla con las tijeras de podar y se la clavaba en la solapa: iba a visitar a sus amigos, otros viejos, para hablar de muertos del pasado glorioso y de mujeres difíciles como sueños), el tesoro: las amapolas turcas, con el ojo de opio siempre abierto entre los grandes pétalos. Antes el invernadero olía a polen, a tierra, a flores, ahora, en cambio, sin entrar siquiera podía sentirse el olor a sucio, a polvo, a telarañas, como todo en la casa, en el jardín: olor a cosa vieja, reliquias abandonadas. “Y papá con la sirvienta”, pensó Juanito.

-Vos no sos viejo –dijo.

-Vos qué sabés.

Su padre le puso el billete de diez pesos, muy doblado, en una mano. Le cerró los dedos con sus dedos fríos: tenía estrías amarillas de nicotina en los dedos, las uñas relucientes y redondeadas, un reloj barato colgando flojo en la muñeca.

-Gastátelos en lo que quieras –dijo, forzando una sonrisa en el resquicio de la boca-. Cuando seas más grande te vas a dar cuenta.

Se separaba dos pasos y lo miraba una vez, desde el lado del invernadero, detrás el reflejo del sol en los vidrios sanos y en los pedazos de vidrio en los agujeros entre las barras de fierro y cemento.

-Y que no te vuelva a ver fumando –su padre enseñaba los dientes-. Si te llego a ver fumando te parto la cara a golpes.

Juanito lo vio marcharse simulando furia por el sendero entre los ceibos. Con la vista buscó las ventanas. Vio las persianas corridas en la ventana de su madre, pero estaba demasiado lejos para distinguir nada en el ventanuco bajo la ve invertida del techo del altillo: sólo las rayas de los barrotes verticales como las rejas de una celda en lo más alto de una prisión. Juanito también caminó por el sendero, se apartó dos pasos del pedregullo y las piedras lisas para buscar el mismo pedruzco de antes y volver a patearlo. Lo

pateó casi con amor, golpeándolo suavemente con la punta del pie y viéndolo dar dos saltos, rodar un poco por el pasto ralo. Cuando levantó de nuevo la vista su padre ya no estaba.

EL CALOR DE ENERO

Hacía calor. A las tres de la tarde, en el minúsculo departamento de techos bajos, el calor era como goma líquida enredada del aire.

-Hace calor –me dijo Silvana.

Había estado pintándose las uñas y ahora ponía sus manos delante de la cara y las soplaba, las uñas rojo sangre y los dedos encogidos con las puntas hacia abajo.

Yo me había quitado el saco sport y tenía lamparones pegajosos de sudor en la camisa contra los sobacos. No me hacía gracia la idea de que Silvana pudiera distinguir esas manchas sucias y húmedas en mi camisa, la piel adherida al perlón, por eso trataba de mantener los brazos bien pegados al cuerpo todo el tiempo, debía quedar bastante grotesco moviendo sólo las manos y los codos lo poco que podía. Para secarme el sudor de la frente, por ejemplo (y sudaba a chorros), tenía que inclinar la cabeza hasta el alcance de mis dedos estirados. Aguanté un bostezo con el puño (también tuve que doblar el pescuezo para hacerlo y el bostezo ya subía apretado por la

garganta torcida y moría sin ruido ni fuerza contra el calor de mi mano) y miré el horrible reloj de encima del aparador que estaba contra la pared y el cuadro campero más allá de Silvana, a su espalda: todavía las tres.

-Lo espero hasta las cuatro, ni un minuto más.

-Nunca se demoró tanto. –Silvana sonreía con las uñas hacia la cara, entre soplido y soplido-. No sé qué le habrá pasado.

Estaba sentada en una silla dura junto a la mesa redonda de comer y había más sillas y otra mesa –pequeña, de la altura de mis rodillas, con tapa de vidrio con manchas de vasos, un cenicero con dos puchos míos, un gran encendedor plateado y polvo aplastado al vidrio- entre los dos. Yo estaba sentado en uno de los sillones gemelos y el cuero sintético ya se había entibiado bajo mi cuerpo.

-Podrías ofrecerme algo para tomar.

-Sólo tengo coca cola –se sacudió de hombros y dobló el cuello, divertida-. Y agua helada.

Me pareció infantil, con esa calma opaca de un niño con miedo después que lo descubrieron en una travesura.

-Me quedo con el agua –le dije.

Tenía unos gastados pantalones blancos de playa, muy ajustados pero no muy limpios y una camisa roja arremangada, sólo abotonada una vez entre los pechos y anudada justo arriba del ombligo. Se veía una franja de piel tostada entre la camisa y los pantalones, un vago terreno terso, del ancho de mi mano, una zona brillante y profunda, que debía tener gusto a sal.

-Para vos también hay crema de menta, pero sólo un vasito.

Se había apoyado en el marco de la puerta abierta y doblada una rodilla medio inclinándose, algo así como una reverencia frágil y dudosa, peligrosa. Estaba casi al alcance de mis dedos. Pude distinguir dos medialunas

de piel blanca bajo la camisa, entre el ocre del cuello y el azul bruñido de los sostenes.

-La menta es mía, es un regalo de Javier.

-Sigo prefiriendo el agua.

En el pantalón tenía marcados los bordes de las bombachas, dos gruesos trazos con relieve que bajaban en diagonal contra las nalgas y se perdían, casi veloces, casi furtivos, entre las piernas. Recién de lejos, yéndose, olía al olor que yo le había imaginado, aceite y yodo, la loción para broncearse en la playa.

El calor era de veras macizo a esa hora, mis brazos al moverse parecían estar inmersos en una inalterable sustancia viscosa, una espesa trama de hilos de saliva. El calor venía de arriba, del techo y del cielo, en una especie de ola o de nube, y era húmedo y palpitaba a tiempos desiguales como el corazón de un gigante moribundo. O eran mis sienes las que palpitaban en el calor acumulado desde días en el apartamento, un sexto piso. Olor a cuerpos y a comida, a tabaco, a barniz derritiéndose y reventando en la madera de las verdes persianas del comedor.

Yo tenía los ojos cerrados cuando Silvana regresó, sentí su cuerpo que se acercaba hendiendo el calor pero no la había escuchado venir. Por eso me di cuenta que tenía que estar descalza y abrí los ojos y le miré los pies, juntos, largos, con las uñas también rojas.

-Tomá.

El vaso estaba mojado por fuera, el sudor del agua helada, y deliciosamente frío. Primero apreté una mano contra el vidrio refrescante y después la otra, las dos veces con los dedos abiertos para que el frío penetrara entre los dedos hacia el dorso. Me pasó el vaso por las mejillas haciéndolo rodar, humedeciendo un poco mi cara sin barba. Olí el frío del agua sin olor, bebí.

Silvana se había marchado tan silenciosa como había llegado y sus pies largos habían dejado dos huellas idénticas en la baldosa roja, como si alguien se las hubiera olvidado, el sudor de la planta del pie o la última piel despegada, algo leve y transparente que se desvanecía despacio, evaporándose. Me agaché y toqué una de las huellas, con dos dedos marqué una cruz inmediatamente precedera en la tibia humedad que se deshacía y volví a echarme hacia atrás en el sillón, conmovido y misteriosamente aliviado de un peso remoto y oscuro.

Sonriendo encendí un cigarrillo, comprobando, recuerdo, que quedaban unos pocos en el paquete.

-No te enojás si yo me tomo un vasito, ¿verdad?

Estaba apoyada de nuevo en el marco de la puerta y sostenía el vaso con líquido verde casi a la altura de los ojos.

-No me enojo, no tengo esa maldita costumbre –mentí-. Podés hacer lo que quieras que yo no voy a enojarme.

-¿No? Qué bien.

Bebió.

-Es que siempre me tomo un vasito, más o menos a esta hora. Dicen que es bueno para la digestión –movió la mano como descartando ese motivo-. Lo que pasa es que me gusta, pero sólo uno por día. O dos.

Volvió a sentarse en la silla dura y dejó el vaso sobre la mesa. Al parecer sus uñas ya se habían secado, porque ella golpeaba en la mesa con las puntas de los dedos, las uñas sonaban a metal lejano, a campanas como de sueño.

-Javier no puede demorarse mucho más. Ya tiene que estar en camino.

-Eso espero, yo no puedo quedarme aquí eternamente.

-¿No?

-La eternidad le pertenece a Dios –dije-. Y a los almanaques.

-Bobo –se rió, seguramente sin entender. Ni yo mismo había entendido.

-Dejé sola a mi mujer y debe estar empezando a preocuparse, a esta hora. Con apenas seis meses de casado no me gusta llegar demasiado tarde a comer. Le dije que a las dos y media iba a estar de vuelta y ya son bastante más de las tres.

-Llamala. Explicale.

Sólo tenía que estirar el brazo para agarrar el teléfono, ni siquiera me hacía falta doblarme o estirar el cogote, Pero me dio pereza.

-Me da pereza con este calor. Me da pereza discar.

-Yo disco por vos. Decime el número.

Se puso de pie y pasó sonriendo, creo que sonreía blandamente al pasar junto a mí. Se acuclilló al lado de la mesita con el teléfono y a la vez a mi lado y sin mirarme me dio el auricular. Despacio, le murmuré las seis cifras dentro de un oído, estábamos tan cerca que yo sentía el sonido de su respiración. Sosteniendo el tubo contra una oreja me incliné hacia Silvana y doy mi palabra de que lo hice sin pensarlo, por un instante me había parecido que ella se iba a poner a ronronear como una gata, ahí ovillada en el suelo, había imaginado que podía tocarla impunemente (lo había imaginado entre brumas que es como se imaginan esas cosas, sin emoción ni nada, en una especie de absurdo delirio, de oscura pesadilla) y de golpe la estaba tocando, uno de mis dedos subía por su brazo hasta chocar con la camisa reman-gada y seguía subiendo por la tela áspera hasta el hombro y seguía, el seudópodo de una ameba, una aguaviva empecinada, sin siquiera un temblor mínimo, ese dedo chato y húmedo seguía subiendo hacia la oreja escondida tras una nube de pelo. Justo en ese momento se rompió el vaso que yo había dejado contra el teléfono, se enredó en el cable y se estrelló suavemente en la baldosa entre la mesa y mi sillón. En vez de vidrio, el vaso pareció viento

o humo al romperse, apenas hizo ruido. Hizo ploc y después produjo un silbido como si se hubiera desinflado. Silvana ni siquiera se tomó la molestia de sobresaltarse, creo que tenía los ojos cerrados y no sonreía, mi mano estaba inmóvil detrás de su oreja, entre su pelo, y su cara estaba inclinada hacia mis piernas, el pelo me rozaba los pantalones. Silvana tenía la piel seca, tersa, resbaladiza como cera en el pescuezo.

No se movió, pienso que tal vez ni respiró mientras yo estuve hablando.

-Sí querida. Sí querida, a las cuatro y media a más tardar estoy de vuelta.

Mi mujer me sopló besos por teléfono y me pidió que se los devolviera. Para complacerla besé dos veces la baquelita caliente por mi propio aliento y tuve que esperar, después, mientras mi mujer insistía para que no me olvidara de comprar sus pastillas para los nervios. Entonces Silvana se rió y se apartó de mí y de mi mano. Pero la risa le venía de antes, de medio minuto antes, por lo menos. Le habían hecho gracia los besos sopladados y ahora se reía sin ruido, cubriéndose la cara con una mano, los dedos abiertos, y apoyando la otra mano en el suelo. Seguía en cuclillas pero ahora se había echado hacia atrás, en su pelo muy negro había reflejos de la luz que entraba a rayas por la ventana, las persianas a medio correr.

-Amanda es infantil –dije.

-¿Es bonita?

-Mucho.

-¿Más que yo?

Le contesté sinceramente, tratando de sonreír y de mirarla a los ojos:

-Mucho más.

-Me alegro por vos, entonces.

Seguía apoyada en el suelo, ahora con las dos manos y con el busto hacia delante, forzándolo, las piernas dobladas y separadas, el pantalón estaba gastado y desteñido en la parte de adentro a la altura de los muslos. Repitió “me alegro” y se levantó de un salto y de nuevo fue hasta la mesa pero ahora no se sentó. Agarró el vasito de crema de menta y bebió, su mano subía recta y rápida hacia la boca. Volvió esquivando la otra mesa y se plantó frente a mí con las piernas separadas, adelantando la pelvis y con una mano colgada del pulgar en la cintura del pantalón. La otra mano sostenía apretado el vaso cerca de los senos.

-¿En serio no querés probar un poco? Es rico.

-Es una bebida de hembras.

-¿Y qué? La melena también es cosa de hembras, como vos decís – con tres dedos, sin moverse ni agacharse, me tironeó fuerte de la melena.

-Si yo uso el pelo largo es por cuestiones de trabajo, bien lo sabés –le dije.

Y no mentía, soy músico de cabaret, vivo de eso, de tocar el piano para unos cuantos gordos y una cuantas putas. En el contrato me exigían la melena hasta los hombros y no tuve más remedio que dejármela crecer, tuve que plancharme el pelo.

-¿Querés o no querés?

-Está bien, traéme un vasito.

Se fue y en seguida volvió, con un solo vaso hasta el borde con líquido verde en una mano. Se sentó en el sillón junto al mío y después en uno de los brazos de mi sillón. Silvana es una de esas mujeres inquietas, con un bichito adentro que nunca les permite quedarse tres minutos seguidos en un mismo lugar, es de las que comen de pie, de las que son capaces de hacer el amor caminando o bailando, quietifóbicas.

Me ponía nervioso con sólo mirarla ir y venir, cerré los ojos para no verla y ya estaba subiendo el vaso despacio hacia la boca, el olor a menta venía antes como dedos hacia mi nariz cuando ella me detuvo el brazo con una mano engarfiada. Abrí los ojos, las uñas rojas parecían globos de sangre en el blanco casi transparente de mi camisa.

-Antes de tomarte la menta vas a tener que beber de mis labios.

Casi tiré el vaso al diablo, estoy seguro que temblé, reí un poco como un tonto.

-¿Qué?

-Ese vasito es el mismo que yo usé hace un momento.

-Ah.

-Más vale aclararlo desde el principio, dijo la hormiguita –dijo-. Podés encontrarle gusto a carmín y pensar que yo no lavo bien los vasos, que soy sucia.

-Si le encuentro gusto a carmín es porque no lo lavaste bien, de todos modos.

-No lo lavé. Y punto.

Se levantó riendo y se quedó de espaldas a mí, con las piernas separadas y la cara apoyada en la persiana verde, los ojos metidos en una de las ranuras de la persiana y mirando para fuera, sólo cielo y un poco de mar, lo que se puede ver desde un sexto piso más o menos céntrico, el humo retorcido de alguna fábrica y nubes y techos de cinc allá abajo, y ropa tendida.

A mí me había dado un poco de rabia la broma sobre los labios a beber: además la menta era mala, un mejunje ordinario igual que los muebles del apartamento y el vasito que yo tenía entre los dedos y Javier y todo, absolutamente todo excepto Silvana, aunque ella no lo sabía y no podría entenderlo.

-Tu marido debe estar con otra –era a causa de la rabia, de puro malhumor. De pura bilis acumulada, yo no tenía ganas verdaderas-. Y entusiasmado, por lo que tarda en soltarla.

-No te creas. Javier sólo se entusiasma conmigo –no se había dado vuelta para responderme, hablaba con la cara pegada a la persiana y de sus labios venía un vago resonar a madera, a tristeza-. Sólo conmigo.

De pronto giró y pasó junto a mí velozmente, casi corriendo, saltando por encima de mis piernas estiradas y sin darme tiempo para verle bien la cara. De todos modos creo que sonreía, al menos me pareció notar como si a su paso hubiera quedado flotando en el aire el destello de marfil de los dientes apretados, una sonrisa o mueca. El calor.

-En seguiditita vuelvo.

Una puerta que debía ser la del cuarto de baño se abrió pero no volvió a cerrarse. Hubo ruido de agua, un golpeteo vertiginoso y el murmullo del agua descendiendo por las cañerías. Después regresó el silencio, dorado y soñoliento, enero a las tres y media de la tarde.

De inmediato la puerta se cerró con un breve ruido, hubo dos o tres golpes de pies descalzos, mojados en la baldosa y Silvana apareció con la cabeza chorreándole agua, la camisa empapada bien pegada al cuerpo, chorros de agua humedeciendo, oscureciendo los sucios pantalones. Los pechos desbordaban la tela ceñida y entre la camisa y el pantalón la zona de piel oscura brillaba de sol y de agua. Por lo menos su olor era una cosa salobre, el agua había infundido vida al olor primitivo de la sal, líquenes y musgo, rocas contra el mar.

-Podés pasar a refrescarte si querés –se pasaba las manos por el pelo mojado achatándolo más contra la cabeza y el reborde de la cara-. Es lícito y es maravilloso, es la única manera de sacarse un poco de encima este calor del demonio.

-No me hace falta –mentí.

La rabia me seguía por adentro, tenía los labios resecos y ya no me importaba mucho que Javier apareciera o no, a las cuatro en punto yo me marchaba, en eso estaba pensando.

-¿Va a venir o no va a venir?

-¿Quién?

-Tu marido. Yo estoy esperándolo a él, no al Príncipe Azul.

-Supongo que va a venir, Blancanieves, yo qué sé. Nunca se había demorado tanto. Tengo papas con pato al horno para él, ¿quieres un poco?

-No, gracias.

-¿Por qué no?

-Porque los amigos no lo comparten todo, hijita. Y además mi mujer también me da de comer, aunque parezca extraño.

No era hambre, pero yo sentía un nudo en la barriga vacía. Ahora puedo imaginar que se trataba del calor, un espejismo. Miraba a Silvana y sentía, como en un mareo, que yo era capaz de traspasarla con la mirada.

-Lo comparten.

-No. Y para colmo el pato no me gusta. Demasiado seco.

-¿No hay nada que te guste, a vos?

-Sí, hay.

-¿Se puede saber qué?

Hice como que pensaba un rato, me divierte el suspenso y además a ella le estaban brillando los ojitos.

-Dormir –dije y bostecé-. Beber buen whisky, leer un buen libro de vez en cuando. Emborracharme para no estar triste, las películas de Visconti, Gardel. Matar un niño de pecho en luna llena, sólo como ejercicio mental.

-Asqueroso –susurró-. Y farsante, para peor.

Se había puesto de nuevo contra la persiana aunque ahora de espaldas a la calle y apoyando la cabeza en la madera. Cada vez que movía la cabeza, el pelo húmedo, como pinceles, dibujaba trazos veloces y oscuros en lo verde. No sé por qué me acordé de un libro de láminas que tuve cuando niño, en especial de una lámina con golondrinas recortadas como zarpazos contra el cielo. Pero ella no sabía nada de mis golondrinas, me miraba fijo, con la boca entreabierta, moviendo apenas la cabeza.

-¿Te gusta o no? –me preguntaba, decía-: Hacer el amor, digo.

-Digamos que sí. Sí.

Era rabia contra el calor y Javier que no venía y ese conato de hambre en las tripas, ese espejismo de hambre y la sed, pero también había algo más, no sólo el recuerdo de las golondrinas hundidas en el cielo demasiado azul como para ser cierto.

-¿Y a vos? –le pregunté.

-Claro, a quien no. A todo el mundo le gusta.

-Conozco gente a la que no le gusta, mucha gente que nunca ha pensado en eso siquiera. Gente que si lo hace es sólo por temor o dinero o deferencia. Por piedad, por alguna retorcida forma de interés.

-¿Tu mujer, por ejemplo?

Los ojos se le habían agrandado en el principio de una risa explosiva que murió antes de llegarle a los labios, murió simplemente, sin ruido. Hubo una falsa sonrisa y el dedo encajado de nuevo entre los dientes. Me estaba mirando y lo que esperaba era que yo me pusiera a insultarla. Pensé que tendría que hacerlo, sin rabia ya y también sin ganas, sin amor.

-Disculpame –le dije-. Pero te estoy mandando a la mierda.

-No necesitás ofenderte, era un opinión, nada más –seguía chupándose el dedo, la larga uña roja. Por un momento temí que cuando se sacara el

dedo de la boca sus labios gotearan rojo, sangre o esmalte.- Lo que pasa es que no tenés aspecto de satisfecho, esos ojos saltones.

-Siempre tuve los ojos saltones, hasta de niño –después medí las palabras, había algo que me estaba rondando el cerebro-. Tu marido falla por lo mismo, a tres años de casados. Tiempo de sobra tuviste, o tal vez justo falla por eso. Con mi mujer recién van seis meses, no sé si la cosa está clara para vos.

Se acercó, se había sacado el dedo de la boca y de sus labios no chorreaba nada rojo, ni sangre ni esmalte.

-Oh, carajo.

Con el mismo dedo que había tenido metido en la boca (el índice de la mano derecha, que después lo había refregado contra un costado del pantalón, para limpiarlo de saliva) ahora se despegaba la blusa húmeda de encima de los senos, metía el dedo en el vértice de la ve de la camisa y tiraba hacia fuera, la tela silbaba como papel rasgado al desprenderse.

-Vos no podés saber lo que le pasa a mi marido. Los hombres no pueden darse cuenta, sólo las mujeres podemos –de pronto se rió, digo: si es que aquello era una risa. Parecía querer arañar el aire, tratar de lastimarlo con los dientes y la lengua-. Yo me doy cuenta por las manos y por los ojos, esos ojos saltones que tenés. Perdoname si estoy equivocada.

-No sé, pero por lo menos a mí no me da por andar persiguiendo como un desesperado a todas las mujeres que se me cruzan por delante.

-¿No?

-No. Y a tu marido sí –debe haber sido a causa del calor, ahora que ya es invierno no puedo entender por qué actué de aquella forma, ya no comprendo por qué hablé-. Me imagino que sabrás que Javier te engaña. O que lo sospecharás al menos.

-Oh, ya sé. La actual se llama Helena, es una rubia vistosa. Linda.

Sacudía la cabeza, indecisa entre empezar a burlarse y ponerse a gritar, preguntarme. Al fin se separó de la persiana y se sentó en el sillón gemelo al mío, sus pies seguían dejando huellas húmedas en la baldosa.

-La he visto más de una vez, hasta los he visto juntos y agarrados de la mano como si fueran novios. Imagino que con las anteriores debe haber sido igual.

No me había movido en el sillón, me costaba moverme, aunque tal vez debí hacerlo entonces, tocarla o golpearla. Estaba echado hacia atrás y el vaso ya se había entibiado en mi mano, en mi sudor. Lo puse en la mesa junto al teléfono y encendí un cigarrillo, reconozco que me costó un esfuerzo enorme tratar de encenderlo aparentando indiferencia. Primero raspé el fósforo en la lija de la caja y después lo mantuve encendido a un centímetro del cigarrillo puesto en mi boca. Lo acerqué despacio y chupé despacio del cigarrillo y solté el humo muy despacio. Me sentí medio escondido detrás del humo espeso que había entre mi cara y la de ella.

-¿Y vos lo engañás?

-Sí, todos los días.

El humo seguía entre nosotros, ahora el de la segunda, larga pitada y además yo había descubierto otro sistema. Cerraba los ojos y los abría, los cerraba y los abría para verla nada más que inmóvil, como fotografiada en poses sucesivas.

-Decime la verdad, querida. ¿Alguna vez lo engañaste?

-Curioso, curioso. ¿Vos engañaste a tu mujer? ¿Ya? –además de estar sonriendo, la voz le salía a risa acumulada contra los dientes. Estaba gozando, la cretina-. ¿Querido?

No le contesté, esperé que se pusiera de pie, sentía que iba a hacerlo, de un momento a otro: es una mujer que no puede quedarse quieta ni dos minutos seguidos. Se puso de pie y se paseó a las zancadas, con las manos a la

espalda, como si fuera un hombre y estuviera preocupada, mirando el piso y dando vueltas alrededor de la mesa pequeña. Cuando me enfrentó parecía como si ya hubiera adoptado una decisión trascendental, se inclinaba hacia mí, jueza pecadora, y yo volvía a distinguir, ahora borrosas, las media lunas claras del principio de sus senos.

-¿La engañas o no la engañas?

Supe que tendrá que mentir de nuevo, y ya me estaba cansando de tantas mentiras. Crucé los dedos frente a la boca y los besé con un suspiro.

-Juro que no, que nunca lo he hecho. Son seis meses apenas.

-Así me gusta. ¿Sabés que yo tampoco lo he engañado a mi marido?

-¿No? –Traté de poner cara de asombro, creo que me pasé una mano cansada por los ojos. Yo lo sabía, ella no hubiera necesitado decírmelo, en la boca y en la cara y en las manos se le veía. Creo que yo ya estaba demasiado afectado por el calor-. ¿No?

-No, en serio. Y no sé si alguna vez lo engañaré. Pero si lo hago, si llego a hacerlo –y me imitó cruzando los dedos contra su boca, y los besó con un fervor que me dio hasta vergüenza –pienso decírselo. Lo juro –se balanceó en los talones-. No hay motivo para andar fingiendo.

-No hay.

El horrible reloj del aparador, una especie de sapo alargado y con agujas en la redonda boca abierta, marcaba casi las cuatro. Silvana había dejado de pasearse pero seguía moviéndose, ahora trataba en vano de refrescarse, escurría el agua de su pelo con los puños, retorciendo mechones de pelo mojado y procurando que el agua cayera en chorros intermitentes hacia dentro de su escote.

-¿En serio no querés mojarte la cabeza? El agua sale fría, te lo juro.

-No, gracias –dije, tosí-. Y basta de andar jurando.

-Estoy por creer que de verdad sos un valiente. Mi marido siempre habla de lo valiente que sos, de que una tarde te peleaste solo contra cuatro.

-Exagera –dije. Era cierto, pero yo quise ser modesto. Y además el calor.

-Estoy dispuesta a ofrecerte otro vasito de menta. En honor a tu coraje, ¿querés?

-Si es por eso, estoy dispuesto, yo también –casi involuntariamente agarré el vasito de la mesa del teléfono y lo olí, de veras olía a carmín, aunque se trataba de un olor mustio, apagado, como a flores viejas-. Voy a seguir bebiendo de tus labios.

-No, ahora yo voy a beber de los tuyos –me arrancó el vaso de la mano y una de sus largas uñas rojas me laceró la piel en el dorso. Ella pareció no darse cuenta de que me había lastimado, se había inclinado un poco para quitarme el vaso y de paso arañarme y ahora estaba de nuevo erguida, los senos como frutos a punto de reventar bajo la camisa mojada y cinco centímetros arriba de mi cabeza-. En este vaso voy a beber yo, es el único de esta clase que hay y es mío –lo apretó con la mano, lo escondió entre los dedos de largas uñas rojas.

-¿Otro regalito de Javier?

-¿Cómo lo supiste? –volvió a agacharse hacia mí, sus pechos a la altura de mi nariz, olor de mar, yodo y calor.

-Un tiro a ciegas, nomás. Aquí como me ves, yo soy medio adivino.

Estirando un brazo, otro tiro a ciegas, le toqué la carne. Había cerrado los ojos porque no quería verla, imaginé el cuello, tal vez la piel entre los senos. Sólo alcancé a tocarla con la punta de los dedos y su piel estaba ardiendo, el agua era vapor que no llegaba a estacionarse sobre la piel, era algo que le quedaba flotando encima, como niebla indecisa o nubes bajas. Silvana se apartó casi de un salto, adiviné que sonrió antes de reírse.

-Bruto.

Se fue y yo no abrí los ojos hasta sentir, por el olor de la loción para playa, por el calor desplazado de frente a mí, que había regresado. Me puso en la mano un pocillo de café sin platito siquiera y con el borde lascado.

-Perdoname, pero todos los vasos están sucios y el último limpio que quedaba vos me lo acabás de romper –se soltó de mi mano, yo había estado agarrándole los dedos sin darme cuenta-. Hubo una reunión el otro día, ñeja y humo y discos y esas cosas. A Javier se le dio por cantar, una piba se quiso tirar por la ventana. Yo todavía no tuve tiempo de lavar los vasos y las copas.

-¿El otro día?

-El sábado.

-Y hoy estamos a jueves.

-Yo qué sé –se encogía de hombros-. A la cocina, a limpiarla, yo dedico los viernes. Mañana me tocaría, carajo, y el calor.

-El calor.

-Ya no queda ni un solo plato limpio, ni un solo vaso. Apenas un plato de lata para el almuerzo de Javier cuando vuelva –le divertía atorarse con sus propias palabras y con la menta, hablaba velozmente y las palabras salían mentoladas de sus labios teñidos de un tenue color verde-. Si es que vuelve.

-Este calor infame.

-Y todos esos platos por lavar. Aunque tal vez pueda convencer a Javier para irnos a comer a lo de sus padres, mañana. –como si le costara creerlo, insistió-. Mañana.

-Es una idea, che. Estoy empezando a sospechar que sos inteligente, después de todo.

-Por supuesto, querido.

Repitió “querido” y con la lengua se chupó el jugo verde que se le había quedado pegoteado en el labio de arriba, como si se estuviera chupando el regusto de lo que me había dicho.

-Bueno –dije-. De todos modos salú.

-Salú-

Golpeó en mi pocillo con el vaso, con fuerza y quizá rabia. La mano me tembló y algunas gotas de menta me salpicaron el pantalón.

-Mirá lo que hiciste, boluda.

Silvana se rió, todavía sigo convencido de que me guiñó un ojo y amagó o engañó soplar me un beso, volvió a reírse.

-Perdoname, son los nervios –suspiró-. Javier nunca se había demorado tanto, nunca –y señaló casi melancólicamente el teléfono. Creo que entonces quise abrazarla, sólo quise. No me moví-, sin avisarme siquiera –y en seguida su risa era hueca, aire solo, un avatar de la costumbre, del arraigo-. No te preocupes porque esto no mancha –me decía: creo, al menos, que me estaba hablando a mí.

Se arrodilló en la baldosa frente a mis zapatos, ahora sus pechos estaban a la altura de mis rodillas, sus ojos miraban hacia abajo, a la mancha de menta que se iba escurriendo despacio, sobre la tela de mi pantalón. Me puso una mano en la pierna cubriendo la sustancia pegajosa, su mano era caliente y blanda, casi me pareció sentir contra la piel la poderosa línea de la vida que se extendía en un surco profundo, un semicírculo resquebrajado cortado abruptamente. Algo dijo que no escuché, después retiró la mano y se puso a lamerla, su lengua larga, puntiaguda, coloreada de verde subía y bajaba como una feroz pala contráctil. No se había puesto de pie, en seguida se sujetó del brazo de mi sillón, yo pensé “está borracha” al ver que se agachaba hacia mí y hundía la cara en la parte húmeda de mi pierna, sus pechos ya rozaban mis rodillas y yo sentía el contacto indesciframente frío de su

dientes y sus labios y su lengua contra mi pantalón y a través de la tela contra mi piel. Ella había dejado el vasito en el suelo y recuerdo que temí, casi con horror, que pudiera volcarse.

Después de sorber la menta Silvana recogió el vasito y se puso de pie, se pasaba la lengua mentolada por los labios mentolados, tenía luz de sol rondándole el cabello. Había dejado saliva en mi pantalón, un casi perfecto redondel de saliva en el sitio donde había estado la mancha pastosa de la menta.

Bebía de nuevo y se alejaba, de espaldas, dos pasos, tres hacia la mesa ratona, se volvía y bordeando la mesa iba hacia un mueble vidriera donde había, verticales, ostentosas porcelanas con relieves de escenas de caza y la caparazón enorme de una ostra y antiguas peinetas y una pavorosa llave ferrugienta y abanicos de colores raídos.

-Hace mucho que ustedes son amigos, ¿no?

-¿Quiénes?

-Javier y vos.

-Nos conocemos de niños, fuimos juntos a la escuela –le dije y pensé, “nos desvirgó la misma mujer”, sentí el viejo perfume de Grisel, sus manos, la vieja noche, Javier primero porque era mayor y en seguida yo, temblando, la pared con empapelado de flores, seis pesos por cabeza. Debía ser la menta, ese inmundo brebaje, y el calor de mierda: yo tenía la impresión de que Silvana era vagamente parecida a Grisel, o a una noche con Grisel hace quince o diecisiete años.

-Me lo imaginaba. Son iguales en muchas cosas, ustedes. Los años de amistad los uniformizaron.

-Punzante ahora, ¿Eh? Aguda. Él nunca te dijo nada, ¿eh?

-No le gusta hablar de sí mismo, ya lo sabrás –dijo. Yo moví la cabeza, lo sabía-. Yo no sé nada de él aparte de lo que he visto. Bueno, lo que he

oído, lo que él me ha dicho muy de vez en cuando.

Una de sus rojas uñas me señalaba.

-Varias veces me dijo que sos el único amigo que le queda, y una noche me dijo que igual sos una porquería.

-Tiene razón en las dos cosas –dije. Ahora era yo el que se divertía, eso del único amigo que le quedaba me pareció de veras gracioso.

Silvana había extraído un cigarrillo de una caja cilíndrica de madera dentro de la cual yo había supuesto lápices o caramelos o aire con pelusas. La caja estaba encima del mueble vidriera, Silvana la había agarrado, había sacado el cigarrillo y la había puesto de nuevo en su lugar. El cigarrillo con filtro colgaba entre sus labios pero yo no me moví para darle fuego. Ella tuvo que agacharse y encender el cigarrillo con el gran encendedor plateado que estaba en la mesa ratona, el cigarrillo era tan mentolado como la crema de menta y tampoco me agradaba. Silvana estaba concentrada en su cigarrillo como un niño con un juguete nuevo, lo sostenía con las dos manos como si temiera que pudiera caérsele en un momento de descuido o como si temiera tragárselo sin darse cuenta. Era el primero que fumaba en mi presencia y se veía que lo hacía sólo por aparentar, no por el placer del humo en la boca y en los pulmones sino (tal vez) para esconderse detrás del cigarrillo (es un viejo ardid, ése), para tener algo entre los dedos de largas uñas rojas. Casi no sabía cómo fumarlo, no se atrevía a tragar el humo y la cara se le congestionaba cada vez que pitaba. Los ojos le lagrimeaban cuando aguantaba más de un segundo el cigarrillo en la boca. Habló de pronto con la voz cavernosa a humo.

-Dice que sos el único que nunca le ha fallado.

-Él sí me ha fallado –ella me miró, la brasa de su cigarrillo también estaba mirándome-. Hoy. Me dijo que viniera a la una y media, me aseguró que iba a estar esperándome. Y ya son más de las cuatro.

-Carajo, oh –Silvana siguió con la boca abierta como si fuera a seguir hablando, los ojos le brillaban en una sonrisa que la boda no acompañaba, cuando empezó a doblarse recién me di cuenta que además de la risa la estaba atorando el humo. Me levanté de su salto, pese al calor, y golpeé despacio, con la mano abierta, en su espalda. Juro que fueron dos golpes, no dos caricias. Dos golpes que la sacudieron. Tosió y se enderezó lagrimeando, el cigarrillo se le había caído de entre los flojos dedos y no parecía haberse dado cuenta. Lo aplasté con un taco porque temí que ella le pusiera un pie descalzo encima

–Javier, ése es un farsante igual que vos –seguía lagrimeando aunque ahora sonreía y con el dorso de la mano se arrancaba las lágrimas-. Mierda, todos los hombres son unos farsantes –estábamos casi tocándonos las caras, sus senos hacían arder como a fósforo al aire ya ardiente entre su camisa y la mía, yo tenía la nariz metida en su fuerte aliento a mentol.

Tuve que apartarme bruscamente cuando iba de regreso a mi sillón, y porque miraba el techo, y porque el sudor de la frente me había resbalado hasta los ojos, tropecé con la mesita ratona, me la llevé por delante y empecé a saltar puteando y ella milagrosamente no se rió, adivino su boca abierta en el asombro, una mano sin atreverse a subir hacia la cara, nada más. Me senté, bebí un trago lo que quedaba de menta en el pocillo y la miré por encima del recipiente vacío, sólo la miré, qué otra cosa iba a hacer, pero ella pareció sobresaltarse, automáticamente se protegió los pechos con las manos cóncavas, como si temiera que yo fuera a pellizcarla o a morderla.

-¿Qué te pasa?

-Nada. Me da risa -era mentira, pero igual, por no traicionarse, se rió.

Casi me dio lástima lo pobre, lo superficial de su imitación de una risa, aquel absurdo remedo del coraje. En seguida se daría vuelta, pero antes de hacerlo ya había empezado a hablar y siguió hablando mientras giraba

sobre las puntas de los pies descalzos y siguió y al dar los primeros pasos hacia la puerta todavía seguía hablando. Yo le vía el pelo chorreando, largo y negro, aplastado a la camisa en la espalda, alternativamente veía cada una de las plantas de sus pies, sucios de polvo, una especie de barro mezclado con sudor.

-No te has dado cuenta, no te has dado cuenta, querido. Sos tan ingenuo, no creí que fueras tan ingenuo. Javier ya no viene, ya no va a volver. No lo esperes más, Javier ya no vuelve. Andá a comer la sopita con tu mujercita, andá a acostarte con ella –la última palabra fue un susurro apagado, pero yo sigo pensando que debió ser un grito, ruido de metales-. Andate.

De nuevo escuché la puerta del baño, el sonido del agua y también de manos fatigándola. Y al final aquel sonido de pies desnudos mojados veloces que ahora se alejaban, chas chas en la baldosa.

Cuando Silvana me llamó yo ya me había puesto de pie y me había desperezado y tenía el saco sport colgado de un hombro. Me había demorado encendiendo un cigarrillo, dando vueltas al encendedor de plata, muy pesado, entre mis dedos, un Zippo. Porque en cierta forma que me sigue costando confesar, yo estaba esperando que Silvana me llamara.

Dejé el saco sport colgado de la manija de la puerta, al alcance de mi mano para cuando me marchara y traté de recordar la distribución del apartamento (esa tarde yo no había pasado más allá del comedor, la sala de estar, y antes había estado allí sólo dos veces, en ambas borracho). El comedor, la salita de estar era una pieza doble partida al medio por una arcada semicircular donde antes hubo una cortina que sigo recordando muy limpia, nuevecita, con flores naranjas en un fondo azul (todavía perduraban, aquella tarde, los aros de metal dorado enganchados a un fierro horizontal cubierto de verdín) y tenía dos puertas, una que daba a un pequeño palier oscuro que daba a la puerta principal y otra, al alcance de mi brazo, que comunicaba

con un pasillo a lo largo del cual y siempre a la izquierda se sucedían las puertas, la de la cocina, la del cuarto de baño y la de un dormitorio. El pasillo terminaba en la puerta amarilla del otro dormitorio y había espejos, dos o tres, y repisas con adornos de cármica contra la pared derecha del pasillo. Supongo que entonces recordé todo eso aunque en seguida comprobé que los espejos y las repisas con adornos habían sido sustituidos por tapices que la oscuridad no me dejaba apreciar ni en dibujo ni en colorido.

Por la distancia de la voz, por aquella lejanía murmurosa comprendí que Silvana me estaba llamando de alguno de los dormitorios, y aunque no hubiera podido medir la distancia de la voz igual lo habría sabido. Me pareció que esperaba desde hacía un siglo ese momento y ya sabía (ahora sé que ya entonces lo sabía) qué era lo que iba a ocurrir. Había dos dormitorios porque desde que se casaron, tal vez desde antes de casarse ya estaba decidido que dormirían en cuartos separados, Javier era insomne y además, cuando dormía, tenía pesadillas, leía hasta la alta noche y a veces lloraba de rabia y falta de sueño y barbitúricos inútiles. Creo que también sufría de tos nerviosa.

Antes de ir al dormitorio (ya sabía cuál era porque era la única puerta que estaba abierta, al final del pasillo, al fondo) me metí en el baño y abrí la canilla y hundí la cabeza en el chorro de agua fría. Con el pelo aplastado sobre los ojos esperé que Silvana volviera a llamarme.

Y me llamó.

Ahora su voz estaba sofocada de calor y por algo contra la boca o entre los dientes. Tal vez era una mano aunque de lejos parecía tratarse de tela y estopa, sábanas y un colchón, quizá la almohada.

Estaba tirada en la cama y era su propia cama en su propio cuarto, había fotos de Javier por todos lados y un intenso e impenetrable olor a mujer. Recuerdo su pelo húmedo sobre la almohada empapada y creo que estaba

desnuda. Sigo creyéndolo, aunque nunca podré estar seguro. Yo tenía agua en los ojos y para colmo el calor y la sed y esa especie desconocida del hambre ya me provocaban leves mareos. De nuevo me llamó aunque ya me estaba viendo, me tenía delante de sus ojos y también recuerdo sus ojos muy abiertos, creo recordar la boca abierta llamándome. Justo a tiempo me di vuelta y no sé si me habrá escuchado.

-Hace demasiado calor –fue lo que dije.

Después, cuando ya había encendido el último cigarrillo del paquete y lo fumaba con ganas e iba hacia mi saco sport y la puerta principal entre puertas abiertas y tapices borrosos, escuché que se reía y entre las risas se despedía.

Setiembre, 1971
(Montevideo)

LA CEREMO- NIA

Fräulein Bertha hundió las manos en el esponjoso perfume de las flores, los pesados búcaros cargados de flores rojas y azules y amarillas aline-

dos en la repisa de madera labrada detrás del mostrador y encima del espejo, los tallos rectos y verdes y duros y espinosos creciendo contra las botellas de crema de menta y vinos del Rin, las etiquetas grises y negras y azules tajeadas longitudinalmente por los tallos y más arriba las corolas de colores, el olor espeso de las flores flotando como una nube sobre los picos de las botellas. Los dedos acostumbrados de la mujer acomodaron las flores y después siguieron subiendo en el aire hasta rozar los cristales lustrosos que protegían la porcelana reservada para las grandes ocasiones, tazas de té y teteras y platos y varias fuentes de loza con escenas de caza en bajorrelieve y bordes de oro. Fräulein Bertha saltó ágilmente del taburete y quedó de pie frente al espejo, mirándose, orgullosa y desafiante, como todos los días de semana a las cinco menos cinco minutos, tratando de descubrir en su cara alguna nueva arruga, en sus ojos alguna señal, en cualquier parte de su cuerpo o del mismo aire que la encerraba el primer vestigio de su edad, cuarenta y ocho años teutones y rubios camuflados detrás de las sonrisas y los dientes perfectos y los ojos celestes y más abajo el cuello largo, el busto pleno y muelle que todavía era una secreta delicia acariciar (Fräulein Bertha era una perfeccionista que durante el último cuarto de siglo jamás había olvidado masajearse cada noche con su loción de esencias perfumadas y cuando las yemas de sus dedos cubiertas de crema parecida a yemas de huevo subían y bajaban por sus pechos no podía impedir que una dulce caricia como de manos de viento la recorriera livianamente de los pies al cuello erizándole la piel) y más abajo las ancas poderosas y las piernas tal vez un poco gruesas de más pero fuertes todavía, firmes, vigorosas y sanas, sin arrugas ni huellas de várices. En unos minutos sonarían las cinco en el reloj de péndulo (ella lo estaba viendo al revés en el espejo y en lugar de casi las cinco parecía que marcaba las siete pasadas pero era de día aún y era invierno) encajado en la pared entre los dos cuadros con negros bailando que le había regalado

el doctor Figari y cuando sonara la última campanada, ese gong más largo y ya como cansado que la hacía temblar despacio y cerrar un poco los ojos y cruzar los dedos sin mirar hacia la puerta de entrada por más que sintiera el remoto tintineo de la campanilla de encima de la puerta anunciando que alguien había entrado (y todos los días a esa hora invariable Fräulein Bertha sentía el tintineo y después los pasos de los pesados zapatos y hasta el olor del hombre pero igual le daba miedo moverse todavía), entonces, cuando el eco del último gong se hubiera apagado ella abriría los ojos y rescataría de lo más hondo una sonrisa incommovible y enseñando los dientes se volvería y saludaría con un ínfimo cabezazo y al final, sacudiendo las manos en el amplio delantal con flores bordadas, se inclinaría hacia los tarros con jaleas y mermeladas alineados en el mostrador y empezaría a mover las manos como si de veras estuviera ocupada.

La ceremonia había empezado con la misma puntualidad de todos los días, ya había empezado: un segundo más tarde, y sin saber que estaba llevando a cabo los movimientos rituales intransferibles de una secreta ceremonia pagana, sin sabe que ella era una milagrosa sacerdotisa del amor (igual que Fräulein Bertha que sí lo sabía y que la maestra rubia que también remotamente debía saberlo), un segundo exacto después que el hombre se hubiera sentado Esperanza empujaría la puerta batiente que comunicaba con la cocina y se acercaría, sus rojas manos gruesas despedazarían la tibieza de flores y frutos y olor a mermelada caliente que había detrás del mostrador, la triturarían sin misericordia al aplastarse, duras, cobrizas, oliendo a jabón detergente y a cloro, encima de la mesita con ruedas y a ambos lados del tazón con aceitunas. Y la cara de Esperanza, estúpida y sin dientes y también sin esperanza, aguardaría. Y Fräulein Bertha igual sonreiría. Y se miraría furtivamente en el espejo, ya sin orgullo ni miedo antes de hablar, lo de todos los días:

“Sírvele el té al señor, Esperanza. Y llévaselo.”

Entonces Esperanza desaparecía por donde había venido y Fräulein Bertha debía esperar dos minutos largos siempre mirando el reloj, ahora de frente, mirando los torpes cuadros macizos y cargados de colores espesos que le desagradaban (recordaba apenas, como en un sueño, las nítidas, precisas, malsanas y retorcidas litografías de Albrecht Dürer que le habían atorado la niñez de pesadillas, aunque no sabía o ya había olvidado que aquellas planchas llenas de luz se llamaban litografías y que su autor se había llamado Albrecht Dürer), siempre pensando lo mismo, tratando ya de adivinar el color del vestido que llevaría hoy la maestra y había cuatro vestidos en juego, el lila, el azul, el negro con lunares blancos y el blanco con lunares negros. “El azul”, pensó, ya desde el principio segura que de nuevo se equivocaría, intuyendo como siempre que la tarde en que acertara el color del vestido que llevaría puesto la maestra sería la última tarde que la ceremonia se cumpliría. “El azul”, pensó y en seguida escuchó la puerta a sus espaldas y los pasos cautelosos de Esperanza, que ahora no iba hacia ella sino que, empujando con una rodilla la puerta de madera al extremo del mostrador y cargando con las dos manos la bandeja con la tetera y la taza, se alejaba. La vio ir balanceándose apenas entre las mesas vacías y detenerse a un lado de la mesa junto a la ventana. La vio colocar primero la tetera en la mesa y después la taza y recién en ese instante, como siempre, el hombre separaba los ojos de la ventana y la miraba y en su boca se formaban las silenciosas palabras. Fräulein Bertha no necesitaba escuchar para saber lo que el hombre estaba musitando, con una voz que era de esponja y de vidrio.

“Muchas gracias”, murmuraba el hombre.

Esperanza regresaría entre las mesas vacías ahora con la bandeja aplastada contra un flanco y al pasar junto al mostrador susurraría, “medio

litro” y seguiría de largo hacia la puerta de la cocina. Fräulein Bertha metería la mano en el único bolsillo de su amplio delantal y extraería la libretita negra de cantos dorados. También el lápiz.

En la libreta había varias páginas seguidas que repetían la misma cantidad, el mismo precio: medio litro, ochenta centésimos. Fräulein Bertha humedeció la punta del lápiz entre los labios y escribió, aplicadamente, apoyándose de codos en el mostrador, haciendo sombra en la libreta con el brazo izquierdo: medio litro, ochenta centésimos. Después devolvió libreta y lápiz al bolsillo y suspiró, sabía que ya nunca cobraría ese dinero, todos esos medio litros que ya eran como un río caudaloso y desbordado. Pero no importaba, eso también era parte del juego, la ceremonia.

El hombre abrió la puerta exactamente a las cinco y achicando los ojos miopes detrás de los lentes redondos empotrados en el medio de su nariz miraba las anchas espaldas de la enorme teutona que estaba detrás del mostrador. Sonreía brevemente, quizás removiendo viejas sensaciones borrascosas, sabores imposibles que no pasaban más allá de sus dedos y su piel. Con pasos cortos y lentos y pesados, negro y grueso y de pechera blanca como un gordo pingüino sofocado o moribundo iba hacia la mesa y se tocaba apenas el sombrero cuando la mujer se volvía para mirarlo y saludarlo. Apartaba dos sillas antes de sentarse y en una colocaba el sombrero y debajo la carpeta de cuero negro con los papeles y los apuntes y en la otra se iba colocando él, muy despacio, balanceándose y probando con las manos aferradas al borde de la mesa hasta que su gordo trasero encajaba sin resistencias encima de la estopa y entre los resortes. Con una mano llevaba hacia atrás y hacia arriba los faldones en punta de la levita y se sentaba, precisamente, milimétricamente, para no moverse de allí en una hora entera, en el hueco que los años y sus cien kilos habían trabajado para él en el silla.

Entonces sonreía de nuevo y esperaba, con una franela verde que acababa de sacar del bolsillo del pañuelo limpiaba pulcramente los vidrios de los lentes y se ponía a mirar por la ventana. Veía lo de siempre, enfrente la escuela con escalones y las casas con balcones de fierros retorcidos, más lejos y arriba la cresta en cruz de la Iglesia Matriz y también, si cerraba los ojos, con los ojos cerrados, ahora, el instante de una hora después, cuando la maestra, rubia y joven, bajaba casi saltando los siete escalones de mármol gastado y ennegrecido por multitud de zapatos infantiles.

“Muchas gracias” diría cuando la fámula medio idiota terminara de colocar encima del mantelito rosado la taza de té y la pesada tetera. Sonreiría, no haría un solo movimiento hasta que la fámula se hubiera marchado y sólo quedarán la alemana y él en el tibio olor a flores y frutas del local.

Dijo “muchas gracias” y esperó, ya sin mirar a la fámula, mirando de nuevo por la ventana, hoy nubes bajas que amontonaban lluvia. No necesitaba mirar a la fámula ni verla empujar la puerta de detrás del mostrador y ni siquiera le hacía falta escuchar, como ahora, el gemido pausado y distante de la puerta de vaivén para saber que al fin se habían quedado solos. Levantaba con las dos manos la tetera y sujetándola del asa con una mano y de la panza con la otra la inclinaba encima de la taza. Olía el chorro ocre y limpio, sin humo. Después bebía y apretaba los párpados y sacudía la cabeza, la boca ardiéndole. Al vaciar la primera taza sacaba una hoja en blanco de la carpeta y del bolsillo del pañuelo el moderno lapicero a tanque que le había regalado el cónsul francés. A veces la franela subía colgada del gancho de la tapa del lapicero y entonces el hombre aprovechaba para volver a limpiar los cristales empañados de sus lentes. Después escribía, sólo en el centro de la hoja, dejando los márgenes libres para perpetrar veloces monigotes grotescos, caballeros de galera y bastón y polainas y de vez en cuando, y casi a escondidas, una mujer desnuda de voluminoso pecho. En ese momen-

to, invariablemente, se acordaba de la alemana y la miraba, la miró. La alemana se había sentado en el alto taburete detrás del mostrador y algo hacía con las manos entre una fila de potes de porcelana. El hombre se sirvió otra taza y la bebió en dos tragos, después siguió escribiendo, su letra menuda y precisa corría apresurada por el papel. En pocos minutos, como todas las tardes, la alemana se acercaría a ofrecerle pasteles y él, como todas las tardes, elegiría dos de membrillo que apenas mordisquearía en las puntas, tratando de no clavar los dientes en el dulce caliente que le haría doler las caries durante días.

La ceremonia debía haber sido eterna, sin fin ni principio. “Anterior a mí –pensaba Fräulein Bertha-, más vieja que el mundo, proviniendo de Adán para prolongarse en las generaciones sucesivas y venideras, los hijos que no tuve, los nietos que no tendré, los biznietos.” Sin embargo la ceremonia tenía un principio y tal vez allí residía la falla, esa sensación de fracaso que no dejaba dormir a la alemana por las noches. “Si he conocido el principio es porque alguna vez conoceré el final”, pensaba, desvelada y desolada. Eso ocurría siempre de noche, no todas las noches pero muchas y cada vez más seguido: Fräulein Bertha se removía inquieta en la cama, agitada, convulsiva, riéndose. No se atrevía a tentar el sueño. Imaginaba la tarde en que la ceremonia concluiría, el hombre que sacaba un revólver y disparaba tres veces contra la ventana o que se lo ponía contra la cabeza y mirándola, sonriendo triste, apretaba el gatillo. O tal vez simplemente el hombre un día no se ladeara hacia la silla vecina para agarrar casi brutalmente el sombrero y calzárselo en dos movimientos rituales, exactos, justo en el momento en que sonaba el primer gong de las seis.

Porque hubo un tiempo en que Fräulein Bertha vivió sin saber nada de la existencia del hombre y también hubo una tarde en que el hombre apare-

ció.

Gordo y alto, contoneándose no por coquetería sino por pura torpeza, balanceándose como si estuviera encorsetado, igual que un pavoroso metrónomo descompuesto, con algo de duende y algo de pavo real, el hombre había avanzado aquella tarde derecho hacia el mostrador y había sonreído antes de quitarse el sombrero y sujetarlo, negro, sucio, la tela deshilachada en los costados, contra su pecho. Tenía la voz frágil y gangosa, Fräulein Bertha ya había adivinado el timbre de la voz (esa lujuria gutural, esa sensación de flemas y mal aliento) antes que el hombre hablara, dijera: “Usted debe ser la dueña.” Tímidamente había depositado el sombrero encima del mostrador y después, con un movimiento calculado, había acariciado hacia arriba, con las dos manos a la vez y sólo con los pulgares y los índices, las guías de los bigotes. Se había demorado intencionadamente mirándose en el espejo y aprobando con repetidos cabezazos y achicando los ojos acuosos detrás de los vidrios redondos de los lentes. Ya se le sentía el olor inconfundible y tenía los puños de la camisa resbalosos y blandos por la humedad de la mugre. “Sin embargo es un caballero” pensaba Fräulein Bertha. Se había dado cuenta que era un caballero nada más que con verlo entrar, observarlo de abajo arriba mientras el hombre se iba acercando, los grandes zapatos deslustrados, los pantalones arrugados y sucios, la bragueta con dos botones desprendidos, la pechera marcada de huellas de dedos y tinta violeta y restos de tuco o de salsa, la pelada incipiente. Era un caballero a pesar del olor, de los negros rebordes en las uñas, de los dedos amarillos y macilentos, lo era sin duda, a pesar de lo que le estaba proponiendo.

Fräulein Bertha aceptó, quizá desde el primer momento intuyó la ceremonia, algo desconocido, fatal y profundo, una red de simetrías que trastornaría u ordenaría su vida para siempre. Movi6 despacio la cabeza, con un de-

do nervioso golpeteó levemente la madera del mostrador antes que el hombre hubiera terminado de proponer y lamentarse.

“Le aseguro que en algún momento podré pagárselo todo junto. No voy a seguir siendo pobre por mucho más tiempo.”

Después se ajustó la corbata pajarita, se puso el sombrero, saludó ceremoniosamente y se marchó. Al otro día irrumpió con la última campanada de las cinco y esperó sentado a la mesa junto a la ventana, la taza de té y la tetara llena con coñac hasta la mitad.

Entonces Fräulein Bertha ya conocía a la maestra, aunque sólo de verla bajar casi saltando los siete escalones de mármol de la escuela, joven y rubia y ágil y hermosa, tal vez ella misma quince o veinte años atrás. Hoy dejó de jugar con las tapas de los potes de mermeladas, dejó de oler adentro de los potes y acomodándose el peinado empujó la puerta de madera alta hasta la cintura y fue, entre mesas vacías, hacia la mesa del hombre y la ventana.

La ceremonia seguiría cumpliéndose con precisión de cronómetro, porque no quedaba otro remedio: Fräulein Bertha se detendría junto a la mesa y el hombre y aguardaría que el hombre alzara los ojos de lo que estaba escribiendo y la mirara para recién saludarlo y probar un comentario al descuido sobre las frutas o el clima, hoy las nubes y la amenaza de lluvia. Con el lapicero suspendido a un centímetro del papel, el hombre movería la cabeza, se reiría, desconsolado y tal vez procaz, enseñando los dientes sucios y picados, el vislumbre de un canino de oro. “Feo –diría-, esperemos que no llueva hasta la noche.” Después bebería de la taza, a sorbos pequeños, como si en realidad fuera té lo que estaba tomando y la infusión caliente le ardiera en la lengua y después de paladear ofrecería, sin siquiera una sonrisa, sin el menor vestigio de burla. “¿Gusta una taza? Podría acompa-

ñarme, aunque sea por hoy.” Y Fräulein Bertha ya sabría lo que hacer, lo que decir, porque estaba repitiendo lo mismo, los mismos gestos y las mismas palabras desde de un tiempo casi sin memoria. Sacudiría rápidamente la cabeza, se permitiría una sonrisa fugaz, supondría la confusión, el orgulloso y absurdo malentendido, repetiría casi con fruición la broma secreta. “No gracias, prefiero el té chino”. “Entiendo”, respondería el hombre y esperaría, porque había que esperar, siempre con el lapicero apuntado a la hoja garabateada de letra menuda y precisa, los retorcidos monigotes como haciendo de custodios de las líneas derechas y perfectas, insoslayablemente paralelas. “Venía a ofrecerle unos bocadillos, pastelitos recién hechos, hay de varias clases de dulce.” El hombre elegiría de membrillo, sólo dos que apenas probaría y Fräulein Bertha permanecería ahí aún otro momento, mirándolo, oliéndole el olor de todas las tardes, intacto y paciente.

El hombre olía a encierro, a pieza húmeda sin sol, a la humedad de libros amontonados por todas partes, papel viejo y polvo y orina de gatos, un olor lastimero y fantasmal que desde la primera tarde había dejado de ser nauseabundo, el olor también era parte del juego. Fräulein Bertha se hama-caba en el olor, con las manos entrelazadas sobre el delantal, la cara hacia la mesa, la mano del hombre, el lapicero que había vuelto a correr sin ruido por el papel.

Fräulein Bertha empujó la puerta de la cocina y entró: ese lugar limpio y fresco, brillante y ordenado, con ventiladores de aspas en el techo y varios respiraderos y muchas flores y muchas cortinas siempre la hacía feliz. Miró los cubiertos alineados en el mármol y los juegos de té cada uno en su bandeja y las bandejas dispuestas en cuatro filas parejas sobre la mesa grande. Miró hacia el horno empotrado en la pared entre azulejos y después las cinco montañas de pasteles que Esperanza acababa de sacar del horno.

Eligió uno de dulce de leche para ella y lo mordió despacio, saboreándolo y dejando que la pasta le ardiera en la lengua casi hasta quemársela y después puso dos pasteles de membrillo en un plato redondo con más flores, ahora pintadas a mano. Otra vez estaba tratando de adivinar el vestido que llevaría la maestra y de nuevo insistía en el azul porque ya no podía retractarse, tal vez fuera el lila o el negro con lunares blancos pero ella debía seguir creyendo en el azul, campanudo y vaporoso, con las mangas largas hasta las muñecas y el escote cerrado en el cuello, Fräulein Bertha ya lo conocía de memoria, como si lo hubiera usado muchas veces, como si el vestido formara parte de su propio, exiguo guardarropas.

Hoy también había pensado en espiar a la maestra cuando llegara, colocarse unos minutos antes de las dos detrás de la ventana con los visillos corridos y esperar, mirando entre dos de las tablitas horizontales, el momento en que la maestra apareciera, de azul o de lila o de negro con lunares blancos o de blanco con lunares negros y saber de antemano el color del vestido de esa tarde y así, de esa forma, dar por terminado el juego para siempre. “Kaputt” había pensado. Hoy lo había pensado igual que todos los días, porque pensar la traición también era parte de la ceremonia, lo mismo que retractarse, pensar entonces que el hecho de espiar a la maestra cuando llegara habría sido un retorcido acto de traición, una pequeña y triste cobardía y recordar en voz alta, en alemán, que a ella, Fräulein Bertha Gründt, le habían enseñado a no mentir y a no traicionar, a no dejarse tocar ni en las manos por los hombres y a no beber licores fuertes, a ser piadosa y comedida, a andar siempre con la frente alta, a ahorrar lo que se pudiera y a visitar al menos una vez al mes un templo luterano. Fräulein Bertha todavía estaba masticando dulce de leche envuelto en masa de hojaldre al salir de detrás del mostrador llevando el plato con los dos pasteles en una mano. Después se acercaba a la mesa del hombre y la ventana, las nubes.

“Sus pastelitos, señor.”

“Danken, Fräulein Bertha.”

El hombre, distraído, mordisqueó uno de los pastelitos, miró las nubes bajas y cargadas y pensó que la lluvia estaba esperando sólo que pasaran las seis para vaciarse sobre la tierra con todo su furor. Bebió, pensó que hoy se sentía consustanciado con los elementos y la frase le gustó y la anotó en uno de los bordes de la hoja, alrededor de un monigote flaco de bastón y galera. Trató de recordar el momento en que la maestra aparecería, la había visto aparecer tantas veces, rubia y esbelta en lo alto de la escalera, que ya todos los días a las seis de la tarde, desde hoy hasta morir, eran parte del recuerdo. Pensaba que no moriría a esa hora exacta porque si no ya lo hubiera sabido, ya conocería la forma de su muerte, quizá ya estaría muerto. Una vez más descreyó de lo que estaba escribiendo, de su vida entera, hasta de las nubes que veía y de la lluvia inminente e incluso del amor, del instante que estaba viviendo y, encogiéndose de hombros, sintiéndose vagamente transparente corrigió como al descuido el comienzo de una frase, tachando con cruces lo inservible y escribiendo dos milímetros arriba de lo tachado, con mucha lentitud, bostezando. Empezó a dibujar otro monigote abrupto de bastón y galera, el monigote sonreía porque el hombre que lo dibujaba estaba sonriendo, seguramente con tristeza disfrazada por los severos bigotes pero sonriendo.

Ya había adivinado el color del vestido que llevaría la maestra esa tarde y sentía que ahora sólo le restaba esperar diecisiete minutos, dibujando monigotes lineales en los bordes de las hojas y bebiendo, fumándose el centímetro y medio de puro de La Habana que su médico le había autorizado, como límite diario, después de la pleuresía. “El vestido blanco con lunares negros”, murmuró, sabiendo que no podía equivocarse, que no debía, por-

que un error le hubiera costado perder para siempre a la maestra y todo lo demás, la paciencia seguramente enamorada de Fräulein Bertha, los seis campanazos redondos del reloj, el coñac y los monigotes y sobre todo lo otro, lo prestado, lo efímero, lo maravilloso: esa sensación de miel y saliva, de brujas danzándole en la sangre, la piel cayéndosele a tiras, el fervor. Porque un minuto antes de que la maestra apareciera él podría rescatar, desde los huesos, la honda cadencia que le subía caliente hasta la piel y las puntas de los dedos, una especie de temblor que recién moriría, muy despacio y sin ruido, como flores o sapos reventándole en las entrañas, como un profundo bostezo, en el momento mismo en que el primer gong de las seis sonara sin estrépito, como si también formara parte del aire que él respiraba. Dolorido, fragmentado por el dolor, tal vez feliz cuando el péndulo empezara a sonar, el hombre se doblaría hacia la silla vecina y agarraría el sombrero con los dedos calientes y se lo pondría.

La ceremonia duraba justo una hora, de cinco en punto a seis en punto de la tarde, sesenta minutos, tres mil seiscientos segundos durante los cuales Fräulein Bertha había dejado de pertenecerse a sí misma, dejaba, dejaría de obedecer los principios inculcados en ella, como marcas de fuego en la sangre, por sus padres y sus abuelos teutones, por el aire puritano con el que se había llenado los pulmones en la lejana infancia y en la olvidad adolescencia. Era una hora entera de cada día de lunes a viernes de cada semana durante la cual Fräulein Bertha Gründt se reconocía extrañada, arrancada, ambigua, arrastrada como de los pelos hacia un territorio mágico de contornos imprecisos. Desposeída, violada, vejada, muerta y renacida, vecina, cómplice, compañera del hombre de negro que miraba por la ventana, fumaba largamente su puro, bebía coñac ardoroso en la inocente taza de té, ese hombre que, igual que ella, a las seis menos minutos, menos segundos, ya no se

atreví a sonreír ni a parpadear. Ahora Fräulein Bertha tenía los ojos clavados en el reloj de péndulo dorado, miraba las pesas de bronce que subían y bajaban lentamente, oía el tic tac a metales y a bruma. Igual que todas las tardes empezaba a sentir que algo se le retorció adentro, un hijo de aire, algo que se movía y pataleaba debajo de su ombligo, una cosa vegetal que parecía desperezarse y subir por los conductos del aparato digestivo, que parecía trepar afanosamente buscando la luz, como una vertiginosa planta creciendo.

Fräulein Bertha golpeaba tres veces en la madera del mostrador y no necesitaba mirar hacia atrás para saber que Esperanza había aparecido y aguardaba. Tonta, robusta y hombruna, Esperanza se quedaba junto a ella, sin preguntarle, esperando lo mismo de siempre, que Fräulein Berta suspirara y pidiera su taza de té bien cargado. “Tráeme mi té Y las sales.” Entonces Esperanza se marcharía, dejando atrás su horrible olor a limpio. Y volvería al minuto, con la taza de té, una sonrisa boba, una mano torpe como cinco palos que pondría la taza delante de las narices de Fräulein Bertha. Y Fräulein Bertha bebería unos sorbos y olería las sales aromáticas tratando de mitigar el ardor de su cuerpo entero, esas oscuras ganas inconfesables y el recuerdo candente del hombre junto a la ventana, porque el hombre estaba allí pero a la vez también era un recuerdo, todas las tardes iguales que ya habían pasado, todas las tardes iguales por venir.

Con el primer gong el hombre se puso el sombrero. Ya había aplastado el puro en el cenicero de vidrio y se inclinaba hacia la silla vecina y agarraba el sombrero y se lo ponía, acariciándolo. Recién con el último gong, el sexto, volvería la cara hacia la ventana y miraría.

Al aceptar la propuesta del hombre, Fräulein Bertha no sólo había traicionado los acendrados principios de sus antepasados sino que también

le había mentado a la ley, porque había una ley, de número impar, que le prohibía vender alcoholes de alta graduación, aunque los vendiera en tazas de té, disfrazados en panzudas teteras, aunque no los cobrara. Fräulein Bertha había actuado deliberadamente, quizá sabiendo que podía haberse negado y nada de lo que estaba sucediendo habría ocurrido, la maestra habría seguido siendo una maestra más, sólo que más joven y más bonita, la silla junto a la ventana estaría vacía a esta hora. Sin embargo había aceptado formar parte de la ceremonia y vestir las galas de sacerdotisa del amor sólo para que cada día exactamente a las seis, ahora, con el sexto golpe de campana del reloj, cuando el eco no se había desvanecido todavía, mientras el eco seguía resonando cada vez más liviano la maestra bajara casi saltando los siete escalones de mármol gastado de la escuela, la cara de la maestra vuelta hacia ellos, buscando, mirando a la ventana y al hombre que había detrás de la ventana y esperando, porque a todos les llegaba el turno de esperar en este juego.

Fräulein Bertha veía al hombre y por la ventana, del otro lado de la calle, a la mujer rubia con su vestido blanco con lunares negros y un poco se sentía esa mujer en el momento en que el hombre se llevaba la mano al sombrero y se sacaba el sombrero con tres dedos y lo hacía chocar, de copa y sin ruido, contra el vidrio. La maestra respondería el ceremonioso saludo con un leve cabeceo distraído que no era en absoluto un cabeceo distraído y seguiría de largo, en tres pasos flexibles de sus largas piernas ya estaba fuera del alcance de los ojos empañados de Fräulein Bertha, ahora había otras mujeres jóvenes y viejas y algunos niños bajando la escalera pero el hombre ya no saludaba ni saludaría. Ni saludaría: no había vuelto a ponerse el sombrero en la cabeza sino que lo había colocado de nuevo, con todo cuidado, en la silla a su lado y ahora bebía. Fräulein Bertha sonreiría lagrimeando, se pasaría una mano por los ojos y pensaría, igual que todas las tardes de lunes

a viernes a esta hora, que de nuevo se había cumplido rigurosamente la ceremonia, ahora debía empezar a pensar en otras cosas, en el negocio, en sus obligaciones, pronto llegarían los primeros clientes y habría que atenderlos como si nada hubiera ocurrido, como si la tarde de hoy hubiera sido una tarde igual a otra cualquiera, sonreírles a los viejos y a las viejas y preparar muchos litros de té y descorchar las botellas de crema de menta y vinos del Rin y fatigarse yendo de mesa en mesa de halago en halago como si la de hoy hubiera sido una tarde cualquiera, de sonrisa en sonrisa de reverencia en reverencia.

Ahora sólo faltaba que el hombre terminara de una vez de beberse lo poco que debía quedarle en la tetera y guardara sus hojas garabateadas en la carpeta y metiera el lapicero en el bolsillo del pañuelo y fregara una vez más los vidrios redondos de los lentes con la arrugada franela verde pálido y se pusiera de pie y se pusiera el sombrero para no volver a quitárselo ya ante nadie y se marchara sin despedirse siquiera, tal vez sin darse cuenta muy bien de lo que estaba haciendo porque se tambaleaba en la acera del otro lado de puerta, Fräulein Bertha lo veía tambalearse y sonreía, conmovida y aplacada, miraba hasta perderlo de vista al hombre que se iba haciendo eses, muy borracho pero de sombrero.

Setiembre, 1971
(Montevideo)

DOS

LA ONDA AZUL

I

Retoño inesperado de una pasión de primavera, Gonzalo de la Barca nació en la Ciudad Vieja, a la luz de una farola de aceite de ballena, en una casa patricia de veinte habitaciones, con las paredes ennegrecidas, los techos muy altos y los pasillos tenebrosos al morir mayo de mil ochocientos setenta y cuatro.

Su madre, Isabel García de Quiñones, descendía de nobles españoles y ostentaba una profusa genealogía ilustrada por insólitos virreyes godos de antes de la Conquista. Su padre, Virgilio de la Barca, pasó a la historia como uno de los muchos Judas sudamericanos: a la historia negra: fue quien traicionó al viejo Anacleto Castro en la última revolución de las lanzas, dos años después del nacimiento del bastardo.

Cuando joven, Isabel conoció la Europa liberal del despotismo ilustrado y los Napoleones de segunda mano que la regían: conoció París, que era entonces sinónimo de Europa. Hugo (Victor), viejo, la besó en las mejillas, Musset (Alfred de), borracho, le hizo un poema, uno de los Goncourt (¿Edmond? ¿Jules?) la persiguió, tal vez fructuoso, por salones y campiñas, Courbert la retrató en una penumbra de rescoldos. Al término de uno de sus viajes, Isabel salió a recorrer los cafés y las tabernas de los bohemios y los poetas. La acompañaba el (entonces) coronel Máximo Iturbide, que años después (ya general) se convertiría en uno de los presidentes más sangrientos y prolongados que tuvo la república, pero que en aquella época era sólo embajador, un hombre barbudo, artero y violento, con el monóculo colgando del cuello y un rebenque chasqueando nervioso contra las botas milita-

res: la barba escondía el rastro horrible de una bala a bocajarro que le había destrozado todo un lado de la cara.

Por el día, el coronel firmaba documentos, escribía informes o dormitaba en su despacho ampuloso de la Rue de Toulon y, por la noche, salía a perseguir mariposas callejeras por los tugurios y las galerías del París viejo. En aquella ocasión, haciendo de alabardero de un apellido ilustre y obligado por un remoto parentesco del que se jactaba –magnetizado, además, por la belleza intocable de la muchacha (intocable para él, se entiende)- el coronel se resignó, de mejor gana que lo que aparentaba, a acompañar a Isabel en su periplo poético.

Huraño, sentado a una mesa en un cafetucho de piso de tablones, con un gran plato humeante entre los brazos, había un hombre de bigotes poblados y mirada profunda, un teutón ambidiestro –comía al mismo tiempo que escribía- de edad indefinible, ademanes altaneros y francés vacilante. Tenía los bigotes goteando salsa roja como sangre y los ojos helados como dos pedazos de vidrio ocre. Isabel observó que todos los concurrentes al café lo saludaban y que los mozos lo trataban con un cierto temor. El hombre de los bigotes devolvía los saludos con desdén y respondía con metódica impaciencia a la solicitud de quienes lo servían. Isabel llevó a cabo una breve indagatoria, verificó en el bolso la gran capeta de autógrafos y pidió al embajador que invitara a la mesa al hombre de los bigotes. Chapurreando francés, con más asombro que malhumor, el coronel Máximo Iturbide hizo lo que se le pedía y comprobó, con cierta alarma, que el germano cabeceaba un asentimiento distraído, se llevaba la última cucharada a la boca, se limpiaba los labios con la servilleta, cerraba el cartapacio cubierto de apresuradas anotaciones en tinta y se ponía de pie con una grave y ceñida reverencia, dispuesto a seguirlo.

Muchos años más tarde, tras enloquecer y morir, el hombre de los bigotes sufriría exégesis y revisiones y, en una cata a su amigo Richard Wagner, aparecería esta frase inquietante:

“Anoche cené con dos sudamericanos, un militar de aspecto silvestre doblgado de medallas y una joven muy hermosa que rozaba su rodilla con la mía por debajo de la mesa.”

Más cuerda, más explícita, Isabel García de Quiñones hizo constar en su diario:

“En cuanto a M. Frederick Nietzsche (dicen que es famoso), debe confesar que me aburrió. Habla el francés y se nota que piensa primero en alemán y después traduce. Me parece que no le gustan las mujeres.”

Cuando no viajaba por Europa, Isabel, huérfana rica, se quedaba en su casa, en la cama, en compañía. Al principio fueron los uniformes con galones dorados, después los bellos forasteros nórdicos o sajones que llegaban cada tanto a la ciudad en algún bergantín más o menos pirata, más tarde los poetas (tísicos mejor) y por último los revolucionarios acosados.

Virgilio de la Barca reunía en su persona todos los atributos amados por Isabel a lo largo de una vida: era alto y rubio como un sajón, vestía uniforme –la guerrera gris lunar de las revoluciones-, escribía poemas y lo perseguían. Le faltaba la tisis, pero Isabel pasó por alto esa carencia. Más por deseo que por piedad lo refugió en su casa para ayudarlo a escapar de la patrulla de milicianos que le seguía los pasos, compartió con él la cena, los violines húngaros de una orquestina contratada especialmente, el lecho y el desayuno y, sin hacerle preguntas, le puso una bolsa con dinero en una mano y le hizo jurar que volvería.

Las huestes desafortunadas del viejo Anacleto Castro se habían soliviantado de nuevo y Virgilio de la Barca, ya derrotado en tres revoluciones encabezadas por el Viejo, tenía el propósito de unirse una vez más a los rebel-

des. Eludiendo patrullas indígenas y esquivando poblados y guarniciones llegó al campamento del Viejo algunos días más tarde. Recibió abrazos, alcohol, fusil, balas y lanza y pidió papel, tinta, pluma, inspiración. Casi a diario, entre batalla y cabalgata, entre sueño e insomnio escribía sus poemas, a los ojos de Isabel, a sus labios, a sus senos, a “ese triángulo fatal que une y multiplica sus caderas”.

Varios meses más tarde, prófugo y hambriento, con la guerrera en jirones, tirando de las bridas de un caballo cojo, por cuarta vez derrotado Virgilio de la Barca regresó, alto y rubio, con versos a flor de labios. Fue recibido con lágrimas y risas, en seguida la bañera humeando, las fuentes de plata con carne y verduras, las sábanas perfumadas, la almohada mullida, el cuerpo escurridizo de la mujer.

Tres meses de dormitorio con Isabel hicieron de Virgilio de la Barca una piltrafa humana. Salió de aquella casa con la cara tumefacta, las piernas desarticuladas y el corazón encogido. No sabía que la mujer que lo saludaba para siempre desde detrás de los cristales de la ventana llevaba dentro un hijo suyo, aunque adivinaba, sin agravio, que nada más regresar a la penumbra a sándalo del caserón se habría olvidado de él, con una leve tristeza. Al salir de aquella casa, Virgilio de la Barca tenía un talego con monedas de oro en una mano –“el precio del olvido”, pensó- y ganas de emborracharse. Vivió dos años en un delirio alcohólico –su hijo había nacido y él ni siquiera lo sabía-, sin salir de las cercanías del puerto, mirando los barcos con ojos acuosos, durmiendo con ramerías pseudofrancesas, escribiendo poemas cargados de odio y altivez. Al enterarse, una noche, que el viejo Anacleto Castro se alzaba de nuevo, Virgilio de la Barca pensó en hazañas y sangre, se maldijo en silencio y al poco rato partió furtivo de la ciudad, en un caballo robado. Después de dos días de cabalgata consiguió unirse a los rebeldes.

Antes gozaba las batallas como una embriaguez, sufría el hombre y la sed como un martirio esclarecedor, se enorgullecía en la diaria comprobación de que su mente y su cuerpo resistían las calamidades de las fugas, la sangre, las heridas, el horror de los amigos muertos y la inevitable derrota final. Ahora, sin embargo, la comida campesina que antes lo colmaba le resultaba asquerosa, el olor de sus camaradas se le hacía insoportable y las largas jornadas a lomo de caballo le producían llagas y grietas dolorosas en la piel. Después de una parálisis de miedo que le impidió glorificarse en la derrota de Tres Ombúes, Virgilio desertó. Cabalgó tres días y tres noches sin probar agua ni alimento y, al llegar al primer puesto militar, bajó lentamente del caballo, dijo nombre y procedencia y contó todo lo que sabía. Con un dedo sin vacilaciones señaló, en un mapa rudimentario, escondrijos y pasajes, traicionando lealtades, familias, arsenales y refugios. No lo recompensaron ni lo felicitaron. Ni siquiera saciaron su hambre y su sed. Viéndolo tan alto y tan rubio –barbudo y espléndido como un vikingo desterrado-, el comandante Isacio Rastrojo –pequeño, canijo, barrigón, con todos los dientes saltados y la cara comida por la viruela- lo mandó encerrar en la mazmorra más oscura y, a los dos días, lo hizo fusilar.

Debilitado por el hambre y la fiebre, Virgilio, al parecer, creyó que el pelotón eran ángeles y murmuró entre dientes –al son del clarín del alba y el canto decrepito de los pájaros- una frase que su hijo, con el tiempo, perfeccionaría:

-Dios mío –dijo-, ya escucho las trompetas.

II

Gonzalo de la Barca, fruto prodigioso del escándalo, se mantuvo fiel hasta la muerte al blasón de su nacimiento. Desdeñoso de todo lo que lo ro-

deaba, empezó por no llamar nunca por su nombre a la ciudad maldita en la que vio la luz. Hizo inmortal su desprecio designándola, primero, con un peyorativo indeciso, “Las casas” y luego, ya poeta, con un insulto cabal: “La Toldería.”

En la actualidad, la maciza arquitectura francófila de las casas patricias, con sus vastos salones y sus techos en bóveda y sus patios redondos rematados en claraboyas y sus pasillos tortuosos y sus escaleras de mármol prodigando ángulos y anfractuosidades y sus balcones de fierro con filigranas y flores, se resigna a albergar museos inocuos de pelucones y arcabuces, lupanares, pensiones abigarradas de mala fama, clubes de viejos, casa de citas para marineros y prostitutas portuarias y oficinas de oscuras dependencias municipales.

Al principio del siglo, la zona de la ciudad delimitada por el mar, las murallas y los espigones, radiando callejas de adoquines desde la plaza frente a la Catedral, era el centro de la mínima actividad mundana y de las torpes bravuconadas poéticas que daban aliento de cosa europea a La Toldería. Entre sombreros de copa, carruajes a caballo, sablazos de honor al alba y tertulias de café y club, tratando de pensar en francés y adoptando con regocijo todas las modas parisinas cuando en París ya habían pasado de moda, la buena sociedad murmuraba a media voz los últimos entresueños de una larga siesta patricia. En ese mundo fortuito, como de segunda mano, empezó a moverse Gonzalo de la Barca.

A los veinte años, huérfano flamante y heredero de una fortuna considerable, ya mártir de la soberbia y jinete en una nostalgia desconocida, Gonzalo de la Barca completó el estigma de su nacimiento con dos decisiones de espléndida arrogancia: primero adoptó el apellido infamado e infamante de su padre y después, deliberadamente, se hizo poeta. Antes que la locura lo recluyera para siempre entre las paredes planas de un manicomio,

Gonzalo de la Barca escribió tres volúmenes de versos (“Primavera errante”, “Cautivo de ti” y La onda azul”), una oda (“Oda infinita”), un opúsculo (“Veneno de caminantes”) y un salmo (“Salmo al sol”). No es su obra poética lo que interesa a este relato, pero como no quiero dejar de lado ninguna faceta de tan simpático personaje, transcribo ahora la opinión del profesor Santiago Pir, sin duda el más autorizado de nuestros críticos:

“Aunque coincido en época y espacio con Gonzalo de la Barca –dice Pir-, no me siento incapacitado para emitir un juicio crítico, supongo que certero, respecto a su obra. Por regla general, la literatura necesita de un período de sedimentación y fermentación, como los buenos vinos, para poder ser saboreada plenamente, de ahí que se haga necesario el paso de los años para que el juicio sobre una obra de arte pueda calificarse de definitivo. Sin embargo, con la obra reciente aún de Gonzalo de la Barca ocurre algo muy distinto, la excepción que confirma la regla. Sus tres poemarios –de los cuales el mejor sin duda es el segundo, “Cautivo de ti”, fruto del intelecto y no de la pura pasión como el primero y el tercero- reflejan una cualidad mayestática y remota que los equipara, sin que por ello haya que entrar en comparaciones siempre odiosas, a la obra de un Byron, un Hugo o un Lamartine, por no citar más que a tres de los genios que han insuflado aliento épico y romántico a la obra de nuestro vate. En cuanto a su “Oda infinita” digamos tajantemente que es, sin duda, una de las obras cumbre de la poética finisecular sudamericana, digna de compartir la gloria de las mejores creaciones de Darío, Lugones, Chocano, Herrera o Nervo. ¡Lástima que el vendaval de la locura haya segado tan tierna a esa planta de la que aún podían esperarse los mejores frutos!” (De “Carnet crítico”, segunda edición corregida y aumentada, págs. 114-115. Ed. “Sur”, Buenos Aires, 1943).

Fundador del partido unipersonal anarcoaristocrático, sibarita profundo, viajero incansable en sueños, soñador perverso, terrorista de salón, pro-

fesional de la injuria y maestro de ceremonias de su circo de bravatas, púgil invicto del sensualismo (como se autodefinía), Gonzalo de la Barca empezó a escandalizar las mentes liberales de la sociedad de entonces con la sencilla artimaña de envolverse en una capa roja o amarilla sin llevar nada debajo. Rodeado de señoras gordas y señores con corbata de lazo y señoritas cargadas de color en edad de merecer, en los cafés y en los clubes, Gonzalo de la Barca alborotaba recitando a Verlaine en francés a toda voz, mascullando chistes obscenos en los oídos menos apropiados, bebiendo ajeno en jarras de cerveza y enseñando a todo el mundo los brazos marcados por pinchazos de morfina. Recorría las calles envuelto en la capa, con un enorme sombrero sombreándole la cara, revoleando el bastón, saludando a parientes y vecinos con reverencias ampulosas.

Aceptaba con una sonrisa de sorna los desprecios y las ofensas y, a veces, por pura bravuconería, tiraba del estoque que llevaba envainado en el bastón

Cuando Máximo Iturbe, el general-presidente, murió a manos de un pintor anarquista, Gonzalo de la Barca compuso un poema al magnicida. Una patrulla policial lo descubrió, la noche siguiente al crimen, envuelto en una capa de oro y púrpura y pegando pasquines con el poema impreso en las paredes de la ciudad. Lo detuvieron y pasó seis días incomunicado. Cuando lo soltaron, se quejó en cafés y tertulias por haber recibido tratos indignos en las mazmorras policiales e injurió, públicamente, al jefe de Policía, llamándolo “rata de albañal” y “producto maltrecho de los amores de cloaca de una ramera cuarentona y un maricón albino”, agregando que tenía la esperanza de que “el coronel Baldovinos atribuya a su inexistente honor el minúsculo derecho de exigir cuentas de sangre, que estoy dispuesto a rendir cuando sea y como sea, a sable o con pistola”. Ése fue el primer enfrentamiento abierto entre Gonzalo de la Barca y la ley. Años más tarde, el poe-

ta seguía manando acusaciones y sarcasmos contra el cuerpo policial, aunque con el tiempo su tono se había hecho más austero y, por lo mismo, más eficaz y peligroso. En cierta ocasión insinuó, en uno de sus artículos dominicales, que el jefe de Policía –entonces don Vitrubio González, a quien llamaba indistintamente don Vituperio o don Vericuetto- era asiduo concurrente a lupanares en los que se traficaba con adolescentes, don Vitrubio González exigió reparaciones a la ofensa y, al no ceder el poeta, el duelo se llevó a cabo al amanecer, a la vista de cuatro padrinos, un juez y un cura., en un terreno baldío en las afueras del perímetro de la ciudad. Gonzalo de la Barca hirió dos veces a su contrincante, arrojó despectivo el sable, se envolvió en su capa, entonces negra –rubio vampiro sombrío- y se marchó. Noches después, dos esbirros de la ley –esas fueron sus palabras- se le abalanzaron en una esquina, “dando alaridos mal copiados a los apaches parisinos”, pero tuvieron que huir ante los embates del brillo puntiagudo del estoque.

Prodigando un aspaviento de estocadas, Gonzalo de la Barca relataba su aventura a un nutrido grupo de oyentes cuando descubrió, en la fila de atrás, metida entre dos barbas, la cara de Virginia Lazaga, que con el tiempo se convertiría en mi tía abuela. Gonzalo de la Barca dejó de hablar, envainó el invisible estoque, besó fugazmente una mano de la “divina aparición” y corrió a refugiarse en su casa. En tres noches febriles le escribió un libro entero de poemas: “La onda azul.”

III

¡Oh, luciérnaga errante que iluminas mis pasos
Con tu andar vacilante de mariposa infiel!
¡Oh clepsidra sedosa, oh paloma funámbula,
Pronto nos fundiremos en la agonía sensual!

(Poema titulado “Sin voz ya”, publicado por primera vez

en el suplemento dominical de “El Intransigente”
el 22 de julio de 1907 y más tarde incluido
como cuarteto de apertura, ya sin título, del poemario
“La onda azul”, ed. Bakunin, La Toldería, octubre de 1907.)

Dedicado en grandes caracteres góticos a Virginia Lazaga Regoyos, “Safo fecunda, Númen erótico, Artemisa púber”, el volumen de versos constituyó el escándalo más perfecto de los muchos que tuvieron a Gonzalo de la Barca como protagonista y promotor. En pocos días, nadie de la buena sociedad había dejado de leer el volumen, cuyos ejemplares el poeta se dejaba olvidados, con certera distracción, en las mesas de todos los clubes y cafés elegantes.

Hija de un banquero, nieta de un militar, biznieta de un chacarero enriquecido, Virginia Lazaga era una de las jóvenes más codiciadas del momento. Familiares y amigos la llamaban “Memé”, en otro vano afrancesamiento. Yo la conocí de vieja, una mujer pequeña, con el frágil esqueleto recubierto de grasa y tristeza, los ojos azul pálido velados por una oscura mansedumbre. Pintaba flores y regalaba sus cuadros a los familiares, a los amigos, al vecindario, los ofrecía siempre a las obras de caridad, para rifarlos. Al morir, con ingenuidad conmovedora donó su obra al Louvre, miles de floreros abigarrados que ahora yacen olvidados en sótanos y buhardillas. Poco recuerdo de la tía Memé, apenas verla venir de la rambla con el sombrero negro sujeto al moño con alfileres, el abrigo de piel apolillada desmesurando la suave gordura, la cartera apretada en una mano, el andar indeciso. Creo que nunca se fijó en mí más allá de besarme en una mejilla, ofrecerme distraídos caramelos, pasear una mano de vieja por mi cabeza con rulos.

Pasada la treintena, con todos los trucos ya gastados por muy vistos, Gonzalo de la Barca, como si fuera un mago viejo, había cambiado la capa

de oro por un traje de chaleco chillón, el sombrero por una poblada melena, las botas por polainas y las reverencias ampulosas por un gélido desprecio. Lo único que conservaba de su antigua presencia era el estoque furibundo envainado en el bastón. En esta segunda época, iniciada al regreso de un único viaje a Europa (donde, decía, cautivó a Lina Cavalieri y retó a duelo a D'Annunzio) y rematada con la locura y el manicomio, la artillería del poeta se hizo más sinuosa y retorcida. Ya no hablaba a gritos en los cafés sino que murmuraba en las esquinas. Ya no soltaba epitafios burlones a las mujeres sino que las seducía. Ya no bravuconeaba anarquismos en los clubes sino que conspiraba en los tugurios del puerto: alto y rubio como su padre, sensual y soberbio como su madre, astuto como ambos y despiadado y lúcido como ninguno, Gonzalo de la Barca provocaba reacciones encontradas entre sus conciudadanos: los maridos con mujer apetecible lo odiaban, los padres de jovencitas lo aborrecían, la Policía desconfiaba de sus conexiones con los bajos fondos, los políticos sentían desagrado por sus velados ademanes conspirativos, y a la vez muchas señoras lo idolatraban, algunas doncellas lo adoraban en secreto, había poetas más jóvenes que lo (mal) imitaban y espadachines consumados que le temían.

Enrique Lazaga, en cambio, era un hombre anodino. De niño empezó a trabajar en el banco de su padre, a los veinticinco años se recibió de abogado, a los veintisiete hizo el obligado viaje a Europa, a los treinta se casó con una prima lejana, dos años después su padre lo nombró gerente general del banco de la familia con un sueldo irreprochable entonces: noventa pesos al mes. El tiempo, como queriendo compensar su concienzuda mediocridad con éxitos mediocres, lo llevaría más adelante a la Presidencia del Jockey Club, al grado Treinta y Tres de la Gran Orden de Oriente, a la Cámara de Senadores, al Ministerio de Hacienda, a la Presidencia de Honor de la Liga Antialcohólica, a una, por fin, columna obituarial llena de elogios de segun-

da mano al morir, a los ochenta y siete años. Yo me acuerdo del tío Enrique con más precisión que de la tía Memé, aunque de lo que más me acuerdo es de un retrato suyo con una banda celeste y blanca cruzándole en diagonal el pecho y una mano metida a lo Napoleón entre dos botones del chaleco. El tío Enrique era un hombre alto, de apagada hermosura, que miraba alrededor con la cara siempre ceñuda, en un gesto de furor eterno, seguramente porque no terminaba de entender nada de lo que lo rodeaba.

Enrique Lazaga leyó “La onda azul”, en un café, a la vista de tres o cuatro amigos que habían dejado a propósito el libro a su alcance para disfrutar espionando sus reacciones. Bebiendo té con limón a sorbos pequeños, sin que sus facciones se alteraran ni un instante, acariciándose los bigotes en un hábito pueril que conservaría de viejo, Enrique Lazaga leyó el libro a páginas salteadas, hasta el final. Lo dejó sobre la mesa, probó el té de nuevo y se levantó.

-Sólo un cerdo puede escribir esas cosas –dijo; y desabrochándose el saco enseñó la culata de la pistola-. Voy a matarlo en cuanto lo vea.

En la ciudad de principios de siglo era imposible que pasaran muchos días sin que aquellos dos hombres se encontraran. La gente, a la espera de un desenlace con sangre, los seguía a distancia, tanto al poeta ofensor como al banquero ofendido, formando una especie de coro ambiguo que anunciaba de antemano la tragedia. Sin embargo, por reticencias mutuas quizá o simplemente por casualidades sucesivas los enemigos tardaron un mes entero en encontrarse. Para entonces los curiosos empezaban a cansarse y abandonaban uno después de otro las tareas de vigilancia. Sólo unos pocos afortunados incansables fueron testigos directos del enfrentamiento.

Parece como si aquella tarde, después de tantos años de ademanes y bravuconadas, Gonzalo de la Barca hubiera elegido la menor de las muertes. Viendo venir hacia él a Enrique Lazaga, sabiéndolo armado y dispuesto

a la venganza, hizo ademán de extraer el estoque, aunque no llegó a sacarlo. Enrique Lazaga, a diez metros, empuñó la pistola y disparó dos veces.

-Si ese estúpido no hubiera tratado de desenvainar me habría contentado con darle un par de sopapos –diría después el tío Enrique, atónito todavía por lo que había hecho tantos años antes.

Creyéndose herido de muerte, Gonzalo de la Barca no pudo remediar un último gesto teatral. Dejó caer el arma, se tambaleó y, viendo ya borrosa la gente que se acercaba, recordando seguramente la última frase de su padre frente al pelotón de fusilamiento y en la certeza de mejorarla, alzó los brazos al cielo y, al tiempo que doblaba las rodillas lentamente, representando su propia muerte mientras se moría (o creía), exclamó:

-Esta noche voy a cenar con los dioses.

IV

Pero el divino encuentro se postergó sesenta largos años y los dioses, en vez de recibir un nuevo Ganimedes, recibirían un viejo achacoso, que se orinaba encima y balbuceaba incoherencias.

Con las dos balas alojadas en el pecho, Gonzalo de la Barca fue trasladado en volandas a una botica cercana donde se le practicó una cura de urgencia. Pocos días después, ya restablecido, andaba por las calles malditas de La Toldería luciendo el chaleco amarillo con los dos agujeros de las balas, lamparones oscuros de sangre endurecida.

Enloqueció al poco tiempo, después de dos años de cónsul en una ciudad del trópico “plagada de mosquitos y excrementos”. Lo internaron en un manicomio el mismo día en que salía de imprenta el último de sus libros publicados, el salmo: “Psalmo al sol”. Dentro del manicomio el poeta ru-

miaba frases sin sentido en los jardines y escribía febrilmente, por las noches, en su celda de cuatro metros por tres. Entre otras cosas escribió un tratado sobre la conservación de los suelos –él, que nunca había salido de los adoquines de La Toldería salvo a Europa una vez y a Buenos Aires otra-, una nueva constitución para la república y cuatro sonetos, escritos con la sangre de un gorrión y titulados “Fulgor del alba”.

Salió del manicomio cumplidos los noventa años, después de pasar casi sesenta años recluido. Al salir empezó a cobrar una pensión del Gobierno que omitía sus méritos reales y le pagaba, como una limosna, algunos pesos al mes por viejo, loco y poeta. Una vaga parienta soltera lo sacaba a pasear al mediodía por las mismas calles estrechas que lo conocieron en su esplendor, sólo que las caras ya no eran las mismas, ni las casas, ni el olor de las esquinas. Lo recuerdo, nítido y negro como un cuervo ciudadano, con el gran sombrero recuperado en la cabeza y la espalda encorvada, avanzando a paso lento, los ojos clavados en el suelo, recortado contra el fondo gris piedra de la catedral. La solterona lo llevaba de un brazo y le decía cosas al oído. Hoy hay una calle que lleva su nombre.

Abril, 1976 (Ibiza)

EL REY MAGO

El viejo estaba echado en la cama, la cama contra la pared, fotos arrancadas de Playboy clavadas en la pared, a veces una cara barbuda asomando como un voyeur de turbia mirada líquida entre los desnudos en colores, una foto más sobre una mesa redonda, la mesa junto a la cama, un cenicero repleto de colillas encima de la mesa y al lado la foto apoyada contra la nariz partida de un ídolo de piedra, los duros ojos ancestrales asomando a los lados de la foto: en la foto, el hombre de la cama treinta años antes, los labios protuberantes desdeñando sonreír, un vacío completo alrededor salvo por una foto colgada en una pared y en la foto él mismo treinta años atrás, los pantalones cortos de tirantes y los labios gruesos de algún perdido antepasado negro aflojando con desdén una sonrisa sin nada de infantil.

Ahora era verano, mediados de un mes de enero, en la ventana un cielo azul de mediodía eterno, ocho pisos más abajo y cuarenta metros hacia delante, después de una doble fila de autos la playa, las olas lamiendo salitre en los cuerpos de los bañistas. En la calle el alquitrán derretido, la gente que sudaba maldiciendo, buscando sombra en los árboles y paredes, en el café de la esquina se despachaban decenas de litros de cerveza por minuto. En el octavo piso, el viejo echado en la cama, tapado con frazadas a cuadros de colores hasta el pescuezo, los ojos cerrados a medias, un brazo hacia el suelo, la mano rozando una línea en el polvo acumulado. El viejo estaba borracho, las botellas de vino. De pronto el viejo se movió, irguiéndose con dificultad apoyado en un codo, buscando bajo la cama con la otra mano,

sacando el vaso. Lo levantó hasta la boca, bebió haciendo una mueca de asco y dejó caer al suelo el vaso lleno a medias. Era un vaso de plástico que apenas hizo ruido al golpear en la baldosa, el líquido se derramó y el viejo lo miró con una mirada apagada antes de tirarse de nuevo en la cama y cerrar del todo los ojos, tapado hasta el pescuezo. Ahora su dedo trazaba líneas efímeras en el charco de vino.

El viejo pasaba por un período de soledad entre mujer y mujer y seguramente de ahí lo empecinado de la tristeza. Estaba acostumbrado a tener una mujer al lado por lo menos, enfermera y esclava, mujeres siempre parecidas aunque las edades fluctuaran entre los dieciocho y los cincuenta, mujeres-niñas sin edad definible, semejantes en el físico y en el alma: altas, de pelo claro, con ojos claros de aspecto miope y andar enérgico, casi ninfómanas unas y como vírgenes eternas otras, pero eso era lo de menos: desde el principio todas debían resignarse a perder invariablemente y a perdonar siempre, sin recibir a cambio ni una sola victoria, ni un solo perdón.

Aquella tarde sonó el timbre de la puerta, el viejo lo escuchó y sacudió una mano como si de esa forma pudiera callarlo. Cuando despertó, después de un rato de sueño en blanco, el timbre volvía a sonar, otro visitante o el mismo, un minuto entre timbrazo y timbrazo o medio siglo. El viejo despegó de su cuerpo las sábanas dejando un rastro de sudor como una piel en jirones. Recién al levantarse se dio cuenta del calor y, encogiendo el metro noventa, vacilando sobre las patas flacas, se olió alternativamente las axilas, metiendo la gran nariz en el sudor a vino y verano.

En la puerta un hombre joven, con un impecable traje de hilo blanco, corbata blanca contra una camisa oscura, una sonrisa a medias amistosa y a medias desafiante, ojos brillantes de burla o rabia. Dos pasos detrás la mujer, la muchacha, ni rubia ni alta pero con ojos claros de mirada miope: los ojos miraban como sin ver, apenas dos líneas celeste pálido entre los párp-

dos entrecerrados. El viejo tardó tres segundos en reconocer al hombre: hacía años que no lo veía y la última vez era (seguía siendo) el hijo de un amigo al que también hacía años que no veía y al que ya nunca volvería a ver porque estaba muerto.

-Hola –dijo el viejo, lentamente.

-¿Podemos pasar?

El hombre, que se llamaba Javier o Jorge o Joaquín (el viejo no se acordaba: él siempre lo había llamado simplemente el Indiecito: al padre le decían el Indio), entonó la pregunta casi como un canto, de nuevo entre la burla y el desafío. Tal vez se llamaba Jacobo, o Jeremías, o Julio. “O Juan”, pensó el viejo, “No, Juan no”.

-Claro, claro.

El viejo se hizo a un lado para que entraran, miró descaradamente las piernas de la muchacha apenas asombrado por su osadía y después la miró a la cara. Vio que lo de los ojos no era simple miopía, la chica estaba en tensión, con miedo quizá. Estaba rígida, como si no supiera qué hacer con sus manos ni con su cuerpo. Miraba a todos lados, furtivamente, como buscando el primer lugar propicio donde esconderse.

-Ésta es Malena, mi novia –dijo el Indiecito-. Nos vamos a casar el mes que viene.

El viejo aceptó la noticia levantando las cejas. Por un momento pensó que se repetían unas líneas de una de sus primeras novelas (una áspera novela de amor ya olvidada, publicada o no –no podía acordarse-, que de golpe le volvía a la memoria), pero en seguida se desprendió de la soberbia, encogiéndose con lentitud los hombros, pensando: “dicen que la naturaleza imita al arte”, repitiendo nombres: “¿Lo dijo Wilde? ¿Chesterton? ¿Shaw? ¿Quién mierda?”, y al final: “¿Qué mierda?”. No tenía nada que ver con la vieja novela rescatada, no entendía.

-Quería conocerte –dijo el Indiecito, señalando a la muchacha, novia o lo que fuera.

-Claro.

El viejo les dio la espalda a los otros dos y los guió hasta el dormitorio, entre botellas vacías –miles, alineadas a las paredes con perfección de arquitecto-, pasando por encima de papeles arrugados, sin pisarlos, el viejo con los pies descalzos y los otros dos con zapatos –papeles de cartas fallidas y de capítulos fracasados-, tratándolos con un amor que ni valía la pena. El viejo miró la mesa frente a la ventana, la pila de hojas en blanco, la máquina de escribir a un costado (la máquina, un adorno: nunca había aprendido a teclear en ese aparato diabólico), el mate y el termo. Pensó que la yerba llevaba ya días dentro del mate y sintió asco al pensar. Sin rabia, casi representando, pateó con un pie descalzo uno de los papeles arrugados y se golpeó el dedo gordo, en el envión, contra el filo de la puerta.

-La puta –dijo.

El Indiecito se rió.

-Así son los creadores –dijo.

El viejo se tiró en la cama, apartando las frazadas. Sabía que se le veía una zona de piel y vello entre el saco y el pantalón del pijama (un viejo pijama grisáceo, con huellas de cigarrillos y borracheras: agujeros deformes de reborde duro, manchas amarillas de vino) pero no podía remediarlo. Se sentía casi feliz, en su cama, apoyado en un codo mirando a la muchacha.

-Malena siempre habla de vos –dijo el Indiecito-. Leyó todos tus libros.

-Pior pa'ella –dijo el viejo.

Había descubierto de golpe su propio nombre en letras amarillas contra los pechos de la muchacha: la muchacha llevaba el libro apretado a los pechos, entre los brazos, los brazos en cruz, las manos contra las cla-

vículas, los dedos doblados. “Engarfiados”, pensó el viejo, sin saber por qué la repentina alegría, leyendo su nombre visible a medias en la ve entre los brazos en cruz de la muchacha, el título invisible aplastado a lo pechos.

-Ya ves –dijo el Indiecito-. Tenés una admiradora.

-¿Una sola? –preguntó el viejo y, como si no lo sintiera, aprovechando las trampas de su viejos deseos fracasados de ser actor, alargando triste la larga cara-. Estaba convencido de que eran más.

-¿Tenés vino? –preguntó el Indiecito.

Miraba fijamente el charco de vino entre la cama y la mesa, el vaso de plástico volcado.

-Cocina –dijo el viejo, señalando hacia la puerta, sin ganas de hablar, pronunciando como en golpes de clave morse, punto raya raya punto-. Vasos.

-Gracias.

El Indiecito se levantó. Al viejo le pareció que la suya había sido una respuesta telegráfica perfectamente adecuada y lo miró casi con ternura: de espaldas el Indiecito se parecía a su padre. Lo vio levantarse, tirar hacia abajo de los pantalones y salir. El Indiecito, demasiado seguro de sí mismo, como su padre (y de espaldas de veras se le parecía, tal vez un poco más alto, más erecto, con menos borracheras encima: el Indio había muerto de cirrosis) ni siquiera dio vuelta la cabeza. Y la muchacha seguía allí, igual, fija como un mármol o una lámina, con leves dimensiones, como asomando de una pintura vieja: el libro apretado contra los pechos todavía y la misma mirada de susto, los ojos –sólo los ojos- yendo de pared al piso del piso al techo como siguiera buscando una imposible madriguera. El viejo, mirándola, le sonrió.

-Calor –dijo.

-¿Me lo firma? –dijo la muchacha, alargándole el libro, levantándose tres centímetros de la silla destartada-. Por favor.

-¿Ah?

-El libro –dijo la muchacha, con un brazo estirado, el libro en la mano, los pechos renacidos: grandes y redondos, tensando la tela de la blusa-. Cualquier cosa.

El viejo agarró el libro, lo abrió, se sintió tentado a olerlo, mete la gran nariz entre las páginas, adivinar perfumes y sombras. Sacudió la cabeza rechazando sus ideas y destapó la lapicera. Ya estaba afiligando las primeras letras de la dedicatoria, con todo cuidado, letra a letra, el nombre, Malena, la mano temblándole y sin saber del todo qué poner cuando el Indiecito volvió.

-Todos los vasos estaban sucios –dijo el Indiecito, sonriendo-. Tuve que lavar dos.

-Es que aquí no hay mujer –dijo el viejo.

De pie, con los dos vasos en las manos, el Indiecito miraba las paredes, las fotos de barbudos y mujeres desnudas. Encogía lentamente los hombros con un vestigio de desprecio y miraba sonriendo hacia abajo, a la cama, el hombre echado. En ese momento el viejo se dio cuenta que eran enemigos.

-Me hace falta una mujer –dijo.

-A tu edad va a ser difícil –dijo el Indiecito, después de sentarse, sin cambiar la sonrisa, sin mirar a la muchacha-. ¿Qué te parece una casa de salud? Conozco una, barata y limpia.

El viejo sacudió la cabeza, desechando una respuesta. De golpe se acordaba: ayer había mirado el almanaque: hoy era día de Reyes.

-Ayer fue noche de Reyes –dijo-. ¿No me trajiste ningún regalito?

-Creo que sos demasiado viejo para esas cosas.

-Nadie es demasiado viejo para soñar –dijo el viejo.

“Frase cursi”, pensó, pero creía: sabía que era verdad.

-Todavía creo en los reyes –dijo, pensó: “¿Vos quién sos? ¿Gaspar? ¿Melchor? ¿Baltasar?”

-¿El vino? –preguntó el Indiecito.

El viejo movió un brazo señalando bajo la cama.

-Ahí.

Vio al Indiecito fruncir la cara, afearse en una mueca de asco deliberado, de perfil a la muchacha, enseñándole su asco, trasmitiéndolo. Lo vio levantarse cuidadoso, estirar un brazo cauto, adivinó la mano apretada a la botella, el meñique en el aire. Tan cerca, le olió al perfume a lavanda para hombres, la limpieza. Supuso que el Indiecito olería su sudor, vislumbró que en cualquier momento haría acercarse a la muchacha para que también ella oliera el olor rancio a vino y a verano, a días sin lavarse.

-De haberlo sabido hubiera traído algo mejor –decía el Indiecito, de nuevo sentado, leyendo la etiqueta de la botella con los ojos lineales, como si se tratara de descifrar un mensaje-. Esto es veneno puro, ché.

-Es el que a mí me gusta –mintió el viejo, sonriendo la mentira, inclinando de nuevo la cara, los ojos saltones atrás de los lentes, la larga mandíbula hacia el libro, retomando la moción de la lapicera que parecía moverse sola sobre el papel: “A Malena, con amor y desagravio.” Leyó de nuevo lo escrito y pensó en tacharlo, pero no podía. Lo firmó despacio, casi con miedo – Tomá.

Malena se levantó para agarrar el libro cerrado y lo apretó de nuevo contra los pechos sin abrirlo. Miraba fijamente el perfil lineal de Indiecito, mezclados el temor y la vergüenza. “Le tiene miedo a él, a ése”, pensó el viejo, sin asombro pero sin entender. El Indiecito era demasiado bien educa-

do, iba demasiado bien vestido como para que nadie pudiera temer actos suyos pretéritos o futuros.

-Mierda –dijo el viejo, por decir cualquier cosa.

-¿Estás escribiendo? –le preguntó el Indiecito.

-Me estoy muriendo –dijo el viejo.

-Hierba mala nunca muere –dijo el Indiecito.

-Ojalá –dijo el viejo.

Distraído, veía a la muchacha abrir el libro casi furtiva, leer: vio el pánico en los ojos de la muchacha y quiso ver el agradecimiento.

-¿A ver? –el Indiecito, siempre de perfil a su novia, como una moneda romana clavada a una pared, estiró un brazo.

La muchacha miró al viejo primero, el viejo hizo un prolongado movimiento de asentimiento con la cabeza, llevando arriba y abajo la cara larga de caballo con lentes y la muchacha le entregó el libro al Indiecito.

-Siempre el mismo, vos -dijo el Indiecito, entre una risa y otra, cerrando de un golpe el libro-. A las mujeres no se las conquista con palabras, viejo. Ya estás viejo, se nota.

-Me estoy muriendo –repitió el viejo, sin sabe si hablaba en broma o en serio.

-Dale un beso –dijo el Indiecito, confiado en sus pocos años, su olor a limpieza, su traje de hijo blanco, sin mirar a la muchacha: “Tan seguro de sí mismo, pobre idiota”, pensó el viejo-. Agradecele el cumplido por lo menos.

El Indiecito bebió un trago de vino, prolongándolo, los ojos astutos espiando por encima del borde del vaso. La muchacha se levantó, se acercó al viejo rodeando las botellas alineadas, se inclinó hacia el viejo y lo besó en la frente, como a la imagen de un santo o un dios pagano, los labios

fríos. Los ojos espantados se alejaron del viejo y su olor, la boca sonrió en un vago gesto de complicidad o culpa.

-Misión cumplida –dijo el Indiecito.

Se levantó y agarró a la muchacha de un brazo, casi impetuoso.

-¿Se van? –preguntó el viejo.

-Ahora ya viste lo que es –el Indiecito señalaba al viejo con un desdén confiado; señalaba las paredes, el charco de vino en el piso, la mugre, las botellas alineadas; de nuevo fruncía la cara en el recuerdo del olor-. Ya lo ves.

-Que se diviertan –dijo el viejo. Pensó, de nuevo:”Pobre idiota.”

Escuchó los pasos que se iban, el portazo. Miró los dos vasos vacíos encima de la mesa, la foto, la botella con el corcho sobresaliendo. De golpe estaba sobrio y lúcido. Agarró el reloj despertador parado desde hacía días y le dio cuerda. Se lo puso contra la oreja para escuchar el bombeo metálico del aparato y lo dejó de nuevo sobre la mesa, ente el busto de piedra con la foto apoyada y la botella tapada. “Le doy quince minutos para que vuelva sola”, pensó, taponando en un puño un bostezo. “De aquí en un cuarto de hora va a volver, a quedarse.” No era rubia y alta, tal vez era demasiado joven, era miope: limpiaría y barrería, lo bañaría, le daría de comer. Los ojos con el mismo terror, un hermoso terror corto de vista ya imposible de arrancar.

RÉQUIEM FOR
YOU

El mismo día que mataron a Kennedy uno de los héroes de mi infancia se moría de viejo. Tenía veinte años, medía sesenta centímetros de altura, se llamaba Zorro y era perro, un pastor alemán que al morir valía en oro más de lo que pesaba: llevaba dos gruesas placas de platino en vez de omóplatos.

Como el mío es un país ficticio –no porque nunca haya existido sino porque ahora parece que ha dejado de existir- no me queda más remedio que hacer una breve presentación de Zorro, héroe olvidado. Si se tratara de Lassie o Rintintín no sería necesario, pero Zorro nunca fue estrella de cine, por fortuna o por desgracia. A contrapelo de su incorruptible ascendencia germánica Zorro nació en un país italianazo en el que a los pastores alemanes se los llamaba perros policía.

De cachorro, Zorro ingresó en el plantel de perros de la policía, donde lo educaron en una sola vertiente del coraje: morder y no soltar nunca la presa. Pasó años recorriendo calles suburbiales al extremo de la correa que empuñaba el cabo –después sargento- Arquímedes Redondo. Nunca había pasado de ser un policía vulgar, atento y furtivo como los otros, hasta la noche en que, haciendo valer años de fustazos y monigotes de paja, hincó los dientes en un malhechor que acababa de asaltar a una vieja en una esquina nocturna. El malhechor clavó cuatro veces el puñal ciego en la sombra silenciosa que lo había derribado, pero Zorro no aflojó la tenaza de las mandíbulas.

Desangrándose, lo trasladaron a una clínica donde le desinfectaron las heridas, le hicieron transfusiones de sangre humana y lo vendaron, sin atreverse nadie a la breve piedad de sacrificarlo. Veterinarios y enfermeros se daban cuenta que acababa de nacer un héroe público –aunque ya se estaba muriendo- y ninguno quiso asumir responsabilidades ante la historia. Hubo conversaciones entre ministros y periodistas y dos días después, ya célebre,

operaron a Zorro, le introdujeron en el cuerpo dos placas de platino, le pusieron al cuello una cinta azul y blanca con una medalla a los acordes del himno, le sacaron fotos, lo besaron una tras otra doncellas de la alta sociedad y el jefe de Policía puso una foto del perro en su despacho.

En el parlamento, el diputado comunista denunció que, con el dinero invertido en las placas de platino, se hubieran podido construir cinco kilómetros de carreteras, pero nadie le hizo caso. Desentendido de honores y flashes, un poco más olvidado cada día aunque recibiendo tributos polvorientos como un viejo guerrero envejecido, Zorro prolongó su existencia hasta la vejez, con las placas de platino en el cuerpo y la medalla colgada del pescuezo, echado eternamente en un cojín azul imperio en una pieza lustrosa y callada del Cuartel para Perros de la policía. A los veinte años y pocos días se murió, ciego, con sarna y parálisis y la boca desdentada.

Lautaro Jiménez era profesor de historia y catedrático adjunto de ciencias Políticas. Menudo, calvo, miope y de andar nervioso, se sentía mullido e irrenunciablemente inglés a pesar de haber nacido en un suburbio subtropical cortado por un arroyo pestilente. Desfilaba por las calles con el bombín y el paraguas, tanto en invierno como en verano, y entonaba el castellano con un brumoso acento británico y hacía gracias que nadie entendía, tal vez por muy inglesas, tal vez porque no eran graciosas. En los boliches de la zona alta del Barrio de los Pocitos, entre gánsters ínfimos y jockeys retirados, añoraba un club inexistente, el Times entre las manos, la copa de oporto o brandy en el brazo del sillón, los pies en la banqueta frente a la estufa a leños, el silencio soñoliento del atardecer londinense envuelto en humo de pipas y crepitar de madera de pino, de tarde en tarde un coronel retirado, veterano de múltiples campañas en Bengala, gotoso y bruñido, sentándose entre bufidos en el sillón vecino, la niebla fuera, los campanazos re-

dondos del Big Ben. Por supuesto, el profesor Lautaro Jiménez nunca había estado en Londres.

Como si el Departamento de Estado tuviera la certeza de que el idilio liberal de después de la gran guerra contra Hitler se vería quebrantado, antes o después, por la tempestad inevitable de la sangre y la violencia, la Embajada americana, ya entonces, era una precavida y cautelosa fortaleza. Tenía tres pisos, ventanas alargadas cruzadas por barrotes, pavorosas antenas giratorias en el techo, torretas blindadas en las esquinas, un jardín con flores en cruces y ochos amurallado de piedra y cemento. Aquella tarde, la bandera estaba a media asta, marcada por un crespón, los centinelas a la entrada llevaban una banda negra en la casaca, los pasillos siempre bulliciosos de edecanes, espías y secretarias estaban en silencio. Sólo se escuchaba el tableteo administrativo de alguna máquina electrónica sin alma ni sentimientos patrióticos detrás de una espesa pared acolchada.

El profesor entregó el pase verde, se paró acostumbrado delante de la máquina de rayos equis, comentando pesadumbres y augurios se dejó palpar por un guardia adormilado, una vez más se estremeció sin poder evitarlo al contemplar la boca redonda de las ametralladoras y avanzó a paso seguro hacia la puerta accionada por células fotoeléctricas. Cada quince días acudía puntual a la Embajada, con el bombín, el paraguas y la corbata de elástico, el maletín con libros y apuntes bajo un brazo. Desde detrás del mostrador de caoba una secretaria impoluta le entregaba un sobre gris con el emblema de una fundación con apellido de pirata millonario. Después de contar los billetes, con una mano en el bolsillo del saco, los dedos palpando todavía esa tersura única de los dólares, el profesor Lautaro Jiménez se recluía en la biblioteca, devolvía los libros que se había llevado dos semanas antes y presentaba la lista de los que necesitaba llevarse ahora. Estaba escribiendo una

monografía sobre el presidente Monroe visto, decía, creía, “con los ojos imparciales de un súbdito británico”.

La monja era joven, rubia, con los ojos azules. La cara que surgía de la cofia era muy pálida y casi hermosa. Formaba parte de una misión del Salvation Army y residía, por oscuros designios misioneros, religiosos o políticos, en la propia Embajada, en alguna de las piezas idénticas que se alineaban en el último subsuelo, a lo largo de pasillos alfombrados, justo encima del corazón mecánico del edificio. Aquella tarde, la monja estaba sentada sola en un largo sillón de uno de los incontables salones de la planta principal, entre la biblioteca y la capilla anglicana. Estaba en la penumbra, alumbrada apenas a destellos por el resplandor catódico del aparato de televisión instalado en una esquina. Tenía la cara inundada en lágrimas, el cuerpo estremecido a destiempo por el hipo, el rosario corriendo entre los dedos entre suspiros entrecortados de avemarías en inglés.

Al profesor le gustaba la monjita, quizá por su aspecto pulcro y definitivo, por esa apariencia de cosa lejana, frágil y bondadosa. Le gustaba la carita con pecas que asomaba, blanca como una flor de invernadero sajón, entre los pliegues oscuros de la cofia. Aquella tarde, al verla a solas y llorando, el profesor Lautaro Jiménez sintió la obligación británica de pronunciar algunas palabras de pesar y consuelo. Hombre solemne, acostumbrado al tráfico ritual de velatorios y funerales, el profesor conocía a la perfección las palabras que había que decir, la composición que debían adoptar las facciones, el tono de voz que había que usar, el destello exacto que se debía otorgar a la mirada. En aquella ocasión, sin embargo, el profesor se sentía vacilante, aterrorizado por primera vez en su vida de inglés errante ante la posibilidad de dar un paso en falso.

Al contar la historia diría que es muy distinto darle el pésame a una viuda que a una monja, condolerse por la muerte de un marido o un padre que por el asesinato de un presidente. Hasta aquel día, Lautaro Jiménez sólo había cambiado frases opacas de saludo con la monja. Lo que más le gustaba era verla, nada más, como un leve anacronismo medieval en la sólida simetría de los pasillos y los salones. Ahora, frente a ella, el profesor sentía que las palabras se agolpaban quebradizas a su boca. Descartó la oratoria y prefirió una expresión abrupta y sincera, como buen súbdito de Su Graciosa Majestad.

-No sabe cuánto lo siento, hermana –dijo.

La monja alzó hacia él la cara chorreada en lágrimas y cabeceó dos o tres veces, con un impulso infantil, sin dejar de hacer correr el rosario entre los dedos.

-To die like this (Morir así) –dijo.

Hago notar que el profesor me transcribió el diálogo en inglés, haciendo gala del acento impecable que había obtenido después de años de imitar cadencias y entonaciones escuchando discos de Richardson, Gielgud y Olivier. Cada tanto, hacía la oportuna traducción, en beneficio a mi presunta ignorancia.

-It's horrible (Es horrible) –dijo el profesor-. So young (Tan joven).

-Not so young (No tan joven) –dijo la monja-. For a dog, you know, twenty years are many years (Para un perro, usted sabe, veinte años con muchos años).

El profesor contaba lo que le había pasado con una leve sonrisa de Lord o mayordomo inglés. Yo le escuché la misma historia muchas veces, en rueda de amigos, el bombín y el paraguas colgando de un perchero, la papada escondiendo a medias la corbata de elástico al cabecear los finales de frase. La última vez ya hacía años que Zorro y Kennedy habían muerto y

el profesor, por fin, había hecho realidad su sueño dorado de visitar Londres y perderse en Piccadilly entre multitud de flemáticos compatriotas.

Después de muerto, a Zorro lo habían embalsamado y su cuerpo se conservaba, todavía, en una sala especial del Museo de la Policía, la medalla al pescuezo y el cojín azul imperio bajo las patas. Alguien –nunca se supo quién, cómo- había extraído las placas de platino del cadáver antes que se le practicara la disección. Se hicieron investigaciones que no llevaron a nada, como siempre, y los comunistas de nuevo se quejaron en el parlamento. En aquella época ya eran dos. Cuando el profesor me contó por última vez la vieja historia los diputados comunistas eran cuatro y además había un senador. El país estaba empobrecido y un amigo mío había muerto días antes en una batida policial: eran los primeros encontronazos sangrientos.

Ya hacía tiempo que el profesor Lautaro Jiménez había publicado, con el auspicio de la Embajada, su monografía sobre Monroe y ahora, volcado a la izquierda, recopilaba datos para un libro sobre la economía agraria en la época de la Independencia.

-Pienso hacer una defensa de los indios –decía: y ya hacía cien años que no había un solo indio en el país.

La Embajada americana se había trasladado a una fortaleza todavía más gris y más sólida, frente al mar, y la monja sin duda había vuelto a los Estados Unidos. El sargento Arquímedes Redondo seguía haciendo guardias en cualquier esquina de la ciudad, el garrote a un lado y la pistola al otro, bostezando, sin perro. El profesor y yo estábamos bebiendo whisky en una confitería de la rambla, cerca del Yacht Club. Había ruido alrededor y una percanta borracha o drogada bailaba sacándose ropas lentamente entre las mesas. Manos sudadas aplaudían un ritmo inexistente. Jimmy Villanueva me vino a buscar y me fui. De lejos saludé al profesor y recién en ese momento me di cuenta que ya no usaba el bombín ni el paraguas ni la cor-

bata de lazo con elástico. Estaba en mangas de camisa, con una golilla blanca al cuello y, por una vez, parecía horriblemente inglés.

ANGELITO

Asomado a la ventan, Juan Miguel vio venir a Angelito por la vereda de enfrente: lo vio, con el porrón de vino en una mano, el saco azul en flecos, los pantalones amarillos demasiados grandes y chillones, la cara haciendo muecas cada vez que eludía un obstáculo invisible.

-Angelito –gritó Juan Miguel-. Cantame algo.

Angelito levantó la cara al cielo, hizo un vago ademán y siguió andando, inseguro, con el canto atragantado, tosiendo y escupiendo entre sonido y sonido.

Campaneo en mi catrera
Y la encuentro desolada
Sólo queda de recuerdo
el cuadrito que está ahí.

Juan Miguel lo vio arrodillarse en los tres metros cuadrados de césped alrededor del árbol de la esquina, soltar el porrón y abrazarse al árbol, deslizarse con la cara contra la corteza y caer arrollado como un muerto, ovillado como un feto, ablandándose de golpe y resonando en la tierra dura como una piedra o una botella sin abrir: un golpe seco y vibrante al mismo tiempo.

Pero Angelito no estaba muerto, no era un feto. A los pocos minutos se removió sobre el pasto, levantó los brazos flacos y cantó, una estrofa en-

tera de otro tango cascado. antes que el vómito lo ahogara boca arriba. Juan Miguel lo vio girar en el pasto, manosear el aire, de nuevo ponerse de rodillas, respirar en espasmos, hacer varias veces la señal de la cruz y golpearse el pecho con las dos manos, salmodiando nombres de santos, como si de verdad pudiera arrepentirse, como si hubiera cómo, por qué.

Juan Miguel aguantó la risa.

Era mediodía de domingo, la calle estaba vacía, hacía calor, los lamentos de animal enfermo de Angelito se extendían por la calle como un rumor maligno, el principio de una degollatina: Juan Miguel se acordó de las visitas cuando más niño a casa de un tío cerca de un matadero, los gritos humanos de las vacas al alba al meter el cogote en el serrucho. Apuntaba con los dedos a Angelito, disparando balas de aire que acertaban infalibles en la cara y en el pecho. Esperaba, sin embargo, que el canto renaciera, que Angelito de nuevo se pusiera a cantar entre trago y trago a la botella: todos los domingos a esa hora lo veía, de vuelta del almacén y de misa de once, Angelito parado frente a la puerta de la capilla de atrás del parque vendiendo estampitas por monedas, con los pantalones amarillos casi irreverentes y el saco azul de corte militar colgando en flecos. Después de misa iba al almacén, cambiaba monedas por vino y venía a dormir la borrachera, a cantarle a nadie los tangos que nadie escuchaba. Juan Miguel lo vio encogerse, sacar el tapón de corcho del porrón y beber chorreándose. Fue entonces que distinguió la cara triangular de la Mariposa asomada a la ventana de su casa, en el ángulo de la esquina: vio los ángulos de la cara aplastados al vidrio, su vista joven descubrió el odio aunque no pudo darse cuenta que no se trataba de un odio espontáneo por la siesta interrumpida sino de un odio de años, una sensación más que un sentimiento, algo que no involucraba sólo a Angelito sino que incluía, probablemente, a la humanidad entera. Juan Miguel no lo supo pero lo intuyó, sintió que un dedo helado le recorría los

huesos verticales de la espalda y le erizaba la nuca, pensó: “Va a llamar a los milicos” y por un instante tuvo la intención de bajar corriendo y avisarle a Angelito pero no se atrevió.

Juan Miguel fue en puntas de pies a su dormitorio, no quiso mirar la cama donde su hermana dormía, medio desnuda en el calor y, guiándose por el instinto, agarró el reloj despertador de encima de la mesa. Volvió en seguida a la ventana, miró el árbol, Angelito despatarrado durmiendo la borra- chera, y calculó el tiempo, ya sabía: pasaron cinco minutos y medio antes que se escucharan lejos las sirenas, un minuto y medio más antes que la ca- mioneta verde –su hermana las llamaba “camellos”, con la joroba luminosa destellando rojo en lo alto del lomo- doblara la esquina haciendo chirriar los frenos y se detuviera con un suspiro, un sacudón, un último destello y un úl- timo alarido contra el borde de la acera, a tres metros de donde estaba An- gelito.

Los soldados saltaron de a uno de la camioneta, con el fusil en la ma- no, la bayoneta calada. Uno era negro: Juan Miguel lo vio y lo odió en se- guida. Los contó: eran cuatro, uno con rombos de sargento en el brazo; el que daba las órdenes. El sargento hizo señas a los otros y se quedó atrás, apoyado en la camioneta, con el walkie-talkie pegado a la boca, diciendo cosa a algún lejano teniente o capitán que lo escucharía –Juan Miguel lo imaginó como a un malo de película- haciendo correr distraído un palillo de dientes de un lado a otro de la boca, en mangas de camisa, los brazos ense- ñando tatuajes de anclas e insignias. Los tres soldados rodearon a Angelito, uno de ellos se agachó y lo levantó como una pluma, otro le pegó dos gol- pes en la cara con la mano abierta. Angelito abrió los ojos, abrió redonda la boca y cantó:

Un viejo verde malgasta su dinero
emborrachando a Lulú con su champán

El soldado volvió a pegarle y Angelito, como si fuera una vieja máquina parlante destartada que sólo funcionara a golpes, insistió:

Y hoy le negó el aumento a un pobre obrero
que le pedía un pedazo más de pan.

Hasta ese momento, el negro se había mantenido aparte, mirando la punta de su bayoneta, como si Angelito no existiera. Al verlo dar el primer paso adelante, Juan Miguel cerró los ojos, pensando, por primera vez en su vida: “No, Dios mío, no”, sin saber del todo por qué. Cuando volvió a abrir los ojos, despacio, con una especie de horror anticipado, el negro ya había clavado la bayoneta en el pecho de Angelito y la retiraba con una calma hipnótica. El soldado que sostenía a Angelito lo siguió sosteniendo por un instante y después lo soltó, abriendo simplemente los dedos que lo sujetaban de las axilas. El que le había pegado se llevó las manos a la cabeza. El sargento dejó de hablar por el walkie-talkie y se acercó al negrocasi en puntas de pies, como si eludiera cautelosamente charcos o inmundicias, mirando el piso antes de cada paso. Aquello parecía un cuadro que de golpe empezaba a moverse, figuras de cartón: una película muda en cámara lenta. El sargento le entregó el walkie-talkie al soldado que poco antes sostenía a Angelito por los brazos y se dio vuelta, muy lentamente, girando en los talones de las botas, para enfrentarse al negro. Juan Miguel, desde la ventana, escuchó las palabras:

-¿Qué hiciste, animal?

Vio la mano del sargento que subía y golpeaba dos veces la cara del negro, vio la cara, de nuevo o siempre, de la Mariposa aplastada a la ventana. A Juan Miguel le aterró darse cuenta que, a pesar de la victoria, la cara de la vieja conservaba intacto el odio: ahora sus ojos envenenados miraban con odio a los soldados. Juan Miguel vio al sargento que daba órdenes, volvía a agarrar el walkie-talkie casi arrancándolo de las manos del soldado, se

lo pegaba a la boca y decía cosas, alejándose hacia la camioneta. Imaginó al capitán en mangas de camisa ahora apenas más nervioso, interrumpiendo por un segundo el viaje del palillo entre los labios, deslizándolo por fin, lentamente, con un golpe de lengua hacia un extremo y contestando con la voz un poco más ronca, solo en una pieza que debía oler a tabaco y sudor apelmazados, el olor horrible de los hombres grandes. Juan Miguel no supo adivinar qué había contestado el capitán, aunque imaginó palabras ásperas de orden o de amenaza, alguna palabrota. Vio que los otros dos soldados cargaban al muerto –porque Angelito estaba muerto: había dejado de cantar, y el porrón caído contra el árbol- como si fuera un fardo livianísimo y en silencio, procesión macabra, lo metían en la camioneta. El negro se había quedado atrás, mirando la ventana en la que ya no se veía la cara de la Mariposa. Después de unos segundos el negro se encogió de hombros, se agachó y restregó la bayoneta contra el pasto. Se irguió y caminó sin prisa hacia la camioneta: Juan Miguel le adivinaba una sonrisa con todos los dientes en la cara.

Agosto, 1976
(Madrid)

SERENATA A LA LUZ DE UN FAROL

El Chino estaba solo en la tarima, erguido, con las piernas separadas, los ojos cerrados hacia el único foco que le cambiaba la cara de azul a verde, a rojo, a violeta. Muy despacio alzaba los brazos borracho y en trance, el clarinete en la mano izquierda y la otra mano abierta, los dedos separados, la palma hacia las mesas, como si quisiera solidificar para siempre el silencio. Hacía más de una hora que estaba tocando sin parar y ahora iba a arremeter contra el número final, el mismo de todas las noches desde hacía muchos años, siempre el mismo, desde mucho antes que la fama y el dinero lo enloquecieran del todo.

Sentado frente al piano, sin mirar la tarima, Renato Prada esperaba el primer chillido peor que humano del clarinete para empezar a machacar las teclas. Aplastaba el pie en el pedal de la sordina, aburrido, con los dedos en el aire sobre el teclado, las puntas hacia abajo, ablandando las manos ya demasiado blandas y cansadas, moviendo en círculos las muñecas. El áspero sonido del clarinete le vibró en la cabeza, como todas las noches al llegar ese momento. Golpeando suavemente las teclas, haciendo correr los dedos al revés de los agudos a los graves y de los graves a los agudos, Renato Prada se puso a hacer cálculos y cuentas. Ya llevaba dos meses de atraso en el alquiler, tenía que pagar la factura del sanatorio, el almacenero de la esquina acosaba día a día a su mujer por los roñosos mil quinientos pesos que le debían, tal vez ya mil setecientos o dos mil, tanto daba.

A veces Renato Prada jugaba un poco en el piano, aprovechando la oscuridad del anonimato, la penumbra de la indiferencia. Sabiendo que nadie se fijaba en él, que nadie protestaría, probaba los dedos en alguna escala difícil o intercalaba un trozo de Bach o Chopin entre los acordes siempre iguales y las escalas de graves a agudos y de agudos a graves. Esa noche, sin embargo, no sentía ganas de experimentos, no sentía ganas de nada. El Chino lanzaba aullidos con el clarinete, se bamboleaba en la tarima, golpea-

ba la madera con un pie en un ritmo desaforado. De vez en cuando se sacaba el clarinete de la boca babeante, arrancaba hilos de saliva con el dorso de una mano y gritaba dos o tres frases de alguna vieja canción de jazz imitando a Louis Armstrong y remedando por puros sonidos el idioma inglés. Cuando empezaron a sonar los aplausos Renato Prada dejó de tocar, giró en la banqueta y desde la triste penumbra del fondo se inclinó hacia las mesa, agradeciendo un fervor que no le correspondía. En lo alto de la tarima, sus ojos dos metros por encima de la gente, el Chino se doblaba como una bisagra tortuosa y gigantesca, su orgullo desmedido se inflaba en los aplausos. El Chino, el clarinete contra el pecho, con las dos manos, resoplando, borracho y extenuado, emergiendo poco a poco del sopor del trance, cada vez más falso: había tocado igual de mal que todas las noches desde hacía años pero tenía cinco mil pesos más en su cuenta corriente. Se pasaba una mano por el sudor, ridículo en el smoking ceñido, volvía a doblarse hacia los aplausos y , andando para atrás, desaparecía en el cortinado.

Como todas las noches, Renato Prada cerró la tapa del piano, se peinó con un peine que sacó del bolsillo del smoking –un smoking idéntico al del Chino sólo que un poco más viejo, un poco más ajado- y eludiendo mesas, saludando a escasos conocidos que se dignaban saludarlo, fue hasta el mostrador.

-Un whisky –pidió.

Tenía derecho a cuatro consumiciones gratis por noche y nunca desperdiciaba ninguna: hoy por suerte tenía ganas de beber. Más: necesitaba beber, aunque el sueldo no le diera para emborracharse.

-Tengo un dato –le dijo el Gallego, al ponerle el vaso delante.

-Soltalo.

-King Crimson, mañana en la quinta. Es fija. Paga entre quince y veinte seguros. Posiblemente más.

-Apuntame con doscientos.

-Dámelos.

-¿Ya me cortaste el crédito? –Renato sonrió con una sonrisa ambigua, como si a la vez hubiera estado esperando ese momento y no se lo pudiera creer.

-No puedo seguir fiándote –compungido el Gallego-. Vas en mil trescientos.

-Podés descontártelo todo si el dato es seguro, como decís.

-Nunca hay nada seguro, hermano –el Gallego sacudía apenado la cabeza-. Ni Dios allá arriba ni el Diablo aquí abajo.

Señalaba el techo primero y el suelo después, con un dedo.

-Olvidate entonces –Renato Prada bebió de un trago la generosa medida de whisky puro y volvió a sonreír, tratando de no traslucir la tristeza, el desencanto-. Poneme el otro.

Una mujer se había sentado en el taburete vecino y ponía los codos en el mostrador, las manos en copa, la cabeza encima de las manos abiertas, las uñas rojo sangre aplastadas a la carne como pústulas malignas. Era nueva en el local, recién llegada, pero ya para siempre sería vieja, sin remisión, como un mueble gastado, en todas partes, fuera donde fuera, se escondiera donde se escondiera. Renato Prada la miró sin lástima, le hizo una mueca de complicidad en la desgracia. La mujer descorrió lentamente los labios mostrando los dientes. Tenía la piel correosa, las grietas apuntando en el reboque color carne, los dientes afilados de animal de presa.

-¿No pican? –preguntó Renato Prada, sin interés, por decir algo.

-Qué va. Esta sarta de...

El Gallego puso el último whisky delante de Renato Prada y miró a la mujer, burlón, con la cabeza ladeada.

-¿La señora?

-Dame dos aspirinas y un vaso de agua –dijo la mujer, con una voz pastosa, como de segunda mano, y en seguida, como hablando sola: -Tengo hambre.

-Aquí a la vuelta hay un boliche muy barato –dijo Renato Prada, demorando el whisky sin probarlo, haciendo girar el líquido en el vaso con leves golpes de muñeca-. Si querés...

La mujer abrió más los ojos, con el interés despierto, la barriga vacía. Agarró el vaso de agua de arriba del mostrador y bebió un sorbo. Se metió las aspirinas en la boca, bebió más agua y echó la cabeza hacia atrás al tragar.

-¿De veras? –preguntó.

-Me llamo Renato Prada –dijo Renato-. Soy el pianista.

-Ya sé.

-Vas y les decís que vas de mi parte. Tengo cuenta, no hay problema.

Las facciones de la mujer se alteraron. Fue un cambio imperceptible pero Renato lo advirtió, sus años de tugurios y mujeres baratas y copas y pequeñas muertes cotidianas y resurrecciones al amanecer lo captaron: captaron lo que pensaba la mujer y más, fueron hacia atrás hasta el principio entre un golpe de párpado y otro y volvieron, los años, la paciencia aprendida noche a noche y acumulada peso a peso, la rabia vacía, las ganas de reírse porque sí.

Los ojos de la mujer se empequeñecieron, su boca sonrió rápida y circunspecta como la de alguien que ha recibido un insulto o una proposición deshonrosa.

-No, gracias –dijo la mujer.

Se levantó y se fue.

Renato ni siquiera se dio vuelta para mirarla. “El maldito orgullo –pensó-, hasta las putas viejas.” De un trago se bebió el whisky, como siem-

pre, sacudiendo la cabeza al tragar. Era ya el último, lástima. Se bajó del taburete. Le hubiera gustado seguir bebiendo, quedarse por lo menos diez minutos más ahí adentro. Detestaba la idea de tener que salir a la calle, subirse en el frío las solapas del sobretodo, caminar solo hasta la avenida, esperar pateando el suelo que pasara un taxi, cerrar los ojos durante el trayecto adivinando calles y curvas, subir los cuatro pisos hasta el apartamento, desvestirse en silencio para no despertar a su mujer, a las niñas, empezar a dar vueltas en la cama sin sueño, asustado en lo oscuro, pensando en cuentas por pagar y el dinero que no llegaba, imaginando farsas y tragedias que podrían salvarlo o condenarlo y al rato, sin darse cuenta, quedarse dormido.

El Gallego lo miraba apenado: era un hombre joven todavía, seguramente ambicioso, que tal vez seguía creyendo en alguna forma de amistad o de la solidaridad.

-Perdoname –decía-, pero no puedo. De ser por mí, ya sabés.

-No te hagás mala sangre.

Renato movió la cabeza sin pesadumbre, bostezó sin sueño. Le hubiera gustado tomarse un whisky más, pero no podía. Se esforzó en pensar en sus dos hijas, en su mujer. Trató de recordar gestos y palabras de todos los días. “El alquiler, el almacenero, la cuenta del sanatorio”, recitó, sabiendo que olvidaba deudas.

Empezó a andar hacia fuera.

-Renato –escuchó.

Se paró, sin volverse. Le pareció que lo habían llamado pero no estaba seguro.

-Renato, esperá.

Reconoció la voz y se dio vuelta, despacio, con el odio creciendo. Odio y miedo mezclados.

-¿Qué pasa?

Meruéndano se balanceaba en los talones, con las manos en los bolsillos, el cigarrillo colgando de la boca. Estaba a dos metros apenas, Renato podía oler su perfume, verle el fondo de palidez lunar de los ojos. Meruéndano era flaco y pequeño, tenía los ojos celestes agua, amarillo cielo, gris luna, la nariz delicada, un bigote finito de macró de los años veinte. Llevaba un smoking negro con una faja roja en la cintura, zapatos puntiagudos amarillo agua aceitosa, cielo sucio, luna, corbata de resorte, camisa con puntillas. Era el gerente del club, con quince o veinte mil pesos al mes y derecho absoluto de pernada. Renato Prada lo odiaba desde hacía años, desde el primer momento, antes que el Chino empezara a tocar en el local. El último viernes de cada mes, día de pago, Meruéndano hacía pasar uno a uno a su despacho a todos los empleados y les pagaba sacando dinero de un cajón del escritorio, desparramando los billetes en la sobrecubierta de cuero con adornos. Apenas hablaba, sólo sus ojos de agua, cielo y luna decían, parecían decir, con un desprecio envuelto en vaselina, desde la distancia del sillón acolchado, el cuerpo perfumado, los quince o veinte mil pesos al mes (coimas aparte), las amantes platinadas, diferentes cada noche: “Sos una mierda, todos ustedes son una mierda.”

-¿Qué pasa? –repitió Renato Prada, dulcificando el odio, parapetando el miedo detrás de la pregunta áspera, casi despectiva, encogiéndose de hombros-. Estaba a punto de irme.

-El Chino quiere verte –dijo Meruéndano-. Me pidió que te viniera a buscar.

Renato sacudió la cabeza, sin aceptar ni rechazar. No se movió, ni adelante ni atrás. Los ojos pálidos de Meruéndano se apartaron de su cara para recorrer mesas y paredes y volvieron, aguachentos y tristes y crueles.

-Está en mi despacho –indicó Meruéndano, apuntando hacia los cortinados del fondo con el pulgar, por encima de un hombro-. Me dijo que que-

ría hablar a solas contigo.

-Está bien.

Renato Prada pasó junto a Meruéndano, casi tocándolo, oliendo el perfume penetrante, alguna flor: lilas o violetas o jazmines.

-Esperá –dijo Meruéndano.

Renato se paró, las manos en los bolsillos, mirando a las mesas: la mujer con hambre estaba sentada sola a una mesa contra la pared del fondo. Por un momento Renato deseó acercarse, hacerse disculpar, decirle cualquier frase amable y alentadora.

-Tomá – Meruéndano le puso una botella de whisky en una mano-. Me pidió que le llevaras esto.

-¿Está muy borracho?

-Insoportable –los ojos pálidos de Meruéndano se habían solidificado en hielo, en un cielo de cobre-. Si no fuera por lo bien que toca el aparatito ese...

-Prefiero no verlo.

-Pidió que fueras.

-Por eso mismo –Renato se calzó la botella bajo un brazo, mirando hacia abajo al otro hombre-. Un tiempo fuimos amigos.

-Ya sé, ya sé. Vos lo trajiste aquí.

-Para que no se muriera de hambre –confesó Renato-. Nunca pensé...

Meruéndano lo agarró por un brazo y lo llevó hacia el mostrador. Chasqueó dos veces los dedos y levantó en seguida la mano, el índice y el mayor hacia arriba y separados, como si estuviera haciendo una señal de victoria. El Gallego se acercó con dos vasos.

-A mí sin hielo –dijo Renato Prada, como si hiciera falta: estaba empezando a hacerse cargo de su posición y la explotaba a desgana.

-Conozco tus vicios –dijo el Gallego: miraba con cierto asombro las dos caras que tenía adelante, como si no terminara de entender.- Los doscientos están puestos, viejo. Los banco yo mismo.

Renato hizo una mueca burlona, sacudiendo en el aire una mano. Bebió el whisky de un trago y en seguida hizo una seña para que el Gallego le sirviera otro.

-¿Vas a ir a verlo?

-No sé, no me gusta la idea –Renato sacó un cigarrillo del paquete que Meruéndano había dejado encima del mostrador y lo encendió. Pensaba: “Supongo que yo también puedo ser un chantajista”-. Hace tiempo que apenas si nos hablamos.

-Por favor –dijo Meruéndano-, tenés que ir. Vos entrás en el juego, te guste o no te guste. Quiere marcharse, no quiere tocar más. Y si se va, ya sabés.

-Ya sé. Pero de todos modos no entiendo qué pinto en todo esto, qué tengo que decirle.

-Me dijo que quería consultar contigo, que sos su amigo –los ojos de Meruéndano eran lágrimas de nuevo, agua terrosa ahora, una humedad como de lágrimas sucias-. Es tu amigo, o lo era. Decile que no puede piantarse y dejarte en la estacada.

Renato tragó el whisky, dejó la botella sobre el mostrador, tiró el cigarrillo al suelo alfombrado y lo aplastó con un taco.

-¿Qué querés? –Meruéndano hablaba con dulzura, con aceitosa violencia-. ¿Guita querés?

-Tengo que pagar dos meses de alquiler –susurro Renato, con voz de letanía-, la cuenta del almacenero de la esquina, la factura del sanatorio. Hace poco mi mujer parió una niña. Tres kilos doscientos.

-¿Cuánto?

-Ocho violetas.

-Es demasiado. Vos no ganás eso en un mes.

-Vos preguntaste. Yo contesté. Es lo que necesito. ¿Cuánto creés que puede perder el club si el Chino deja de tocar? Si se va con su música a otra parte, ¿cuánto?

-Está bien –Meruéndano chasqueó los dedos y habló para el Gallego, sin mirarlo: miraba hacia la puerta de entrada, por encima de un hombro de Renato-. Apartá ocho billetes antes de hacer la caja, es posible que me hagan falta.

-Los quiero ahora –dijo Renato.

No entendía cómo se animaba. “Tal vez soy menos honrado de lo que suponía, tal vez estoy más desesperado de lo que quiero reconocer”, pensó. Había vencido al miedo, sentía el odio cambiarse en desprecio, en certidumbre.

-Poneme otro de éstos –dijo.

Dáselos –dijo Meruéndano.

Renato esperó, de repente sin atreverse a decir más nada, temeroso de equivocarse y estropearlo todo, casi en tensión. Agarró los billetes, los contó, se los puso en un bolsillo, bebió el whisky y giró lentamente hacia Meruéndano, con la botella de nuevo calzada bajo un brazo.

-Gracias –dijo.

-Me debés ocho mil –Meruéndano entornaba los párpados sobre los charcos borrosos, los pedazos de luna mojada, el brillo detrás de una nube-. Tratá de convencerlo, nos conviene a los dos. Y no me gusta que la gente me falle.

-No amenazas –dijo Renato, apartando al otro levemente, con la punta de los dedos, como si fuera una cortina o una puerta entornada-. A mí no me gusta que me amenacen.

Avanzando, perfilándose al pasar junto a la tarima ahora vacía, al empujar la cortina entre la tarima y el piano, todo el tiempo Renato Prada sentía los ojos de Meruéndano fijos en su espalda, pensaba: “Me odia, al fin se ha dado cuenta y me odia, estamos iguales, el odio necesita ser recíproco.” Se metió con alegría por el pasadizo y abrió la puerta sin golpear, leyendo al abrir las letras doradas en relieve sobre la madera:”Gerencia. Llamar antes.”

El Chino estaba de pie, de espaldas a la puerta, ostensiblemente de espaldas, con deliberación, las manos entrelazadas detrás, las piernas separadas, mirando los cuadros en la pared opuesta. “Seguramente escuchó mis pasos”, pensó Renato, imaginando al Chino al acecho detrás de la puerta, encorvado contra el ojo de la cerradura y perfeccionando de inmediato la indiferencia. Renato tuvo la sensación de conocer al Chino mejor que a sí mismo, como si fuera una figura o un dibujo. “Es como si lo conociera de antes de nacer, como si lo hubiera inventado yo”, pensaba. Cerró la puerta de un golpe y esperó.

El Chino se volvió con lentitud exagerada, sin destrenzar las manos, en una pose falsa de mala película de vaqueros. “Un Gary Cooper de tercera fila, gordo y viejo y borracho, esperando al enemigo”, pensó Renato entre la lástima y la risa. Dejó la botella de whisky sobre el escritorio.

-¿Querías verme?

-A vos no. A ése no –el Chino lo señaló con un dedo-. Quiero ver a un amigo mío que se llama Renato Prada. A usted no.

Renato destapó la botella, por intuición recorrió una tapa entre las falsas bibliotecas y sacó dos vasos limpios. Se miró en el espejo detrás de las botellas y los vasos y tiró hacia la nuca un mechón rebelde que le tapaba una oreja. Destapó la botella haciendo saltar la rosca con un chasquido, echó whisky en los vasos, deslizó uno por la superficie resbaladiza de la cubierta de cuero del escritorio y agarró el otro.

-Me dijo Meruéndano que querías dejar esto –dijo.

El Chino no contestó. Renato levantó la cara, los ojos del vaso y lo miró. El Chino estaba llorando, pero no con un llanto humano. Era el llanto callado y copioso de una bestia que no entiende, un llanto de animal moribundo, de perro enfermo. Renato se acordó de un mongólico al que había conocido de niño: el mongólico lloraba igual, sin ruido, sin temblores, agua nomás, la saliva espesa chorreando entre los dientes y los labios.

-Mejor que tomes el whisky –Renato señaló el vaso sobre el escritorio-. Te va a hacer bien.

-Vámonos –dijo el Chico-. Vámonos de este lugar.

Había dejado de llorar de repente, con un hipo parecido al estertor de una cañería vieja. Sacó un enorme pañuelo del bolsillo de atrás del pantalón y se secó la cara, se sonó las narices. Tiró al suelo el pañuelo, agarró el vaso con las dos manos y se lo llevó a la boca. En ese momento Renato se dio cuenta que el Chino temblaba entero. Lo miró beber, chorrearse –saliva, lágrimas y alcohol mezclados- el cuello y la camisa: ahora llevaba puesta una camisa azul y amarilla a cuadros, pantalones bolsudos de sarga, zapatillas de basket. Era igual al Chino de hacía veinte años, cuando tocaba el flautín de lata y pasaba el plato en los boliches de la Ciudad Vieja, sólo que ahora con veinte o cien años más. “Y esos horribles anillos en los dedos”, pensó Renato.

-Vamos –dijo el Chino: tiró el vaso al suelo y lo miró quebrarse, casi con amor-. Que el cerdo se encargue de arreglar esto.

Escupió en el suelo: un escupitajo cargado, de color gris verdoso.

Renato vació de un trago su vaso y lo puso con todo cuidado encima del escritorio.

-Vamos –dijo.

Moviéndose casi veloz, con rapidez imprevisible para su cuerpo y su edad y su borrachera acumulada en años, el Chino se abalanzó hacia la mesa y tiró el vaso al suelo de un manotazo. Después sonrió.

-Así está mejor –dijo.

Agarró de encima de un aparador el estuche del clarinete y abriendo la puerta se volvió y sonrió: una sonrisa ancha, que mostraba agujeros entre los dientes.

-No te olvides del combustible –dijo.

Con la botella calzada bajo el brazo Renato siguió al Chino, que ya había empujado las cortinas y entrado al salón, y con una mueca empujó también él las cortinas, pasando de la penumbra gris del pasadizo a la penumbra rosa pálido del otro lado. El Chino había sacado el clarinete y se lo ponía en la boca. Andaba hacia la puerta entre las mesas, soplando horriblemente el instrumento, arrancándole sonidos entrecortados y chirriantes. La gente lo aplaudía. Al pasar junto a Meruéndano, Renato guiñó un ojo y levantó una mano con el índice y el pulgar en redondel. Meruéndano asintió con un cabezazo distraído, apartando sólo un instante los ojos de la espalda del Chino: los ojos de agua y piedra sin sol.

En la calle, frente a la puerta, en el frío, con el sobretodo puesto y las solapas subidas contra las orejas, la botella calzada bajo el brazo, Renato Prada pensó, forzado, en su mujer, las dos niñas, los ocho mil pesos que llevaba doblados al medio en el bolsillo. El Chino había dejado de soplar el instrumento: estaba recostado en un árbol, jadeando, con el clarinete en una mano y el estuche de cuero en la otra.

-¿Viste esos imbéciles? –dijo-. Me aplaudían.

-Ya vi.

-¿A vos te parece que soy bueno? –el Chino se balanceaba, arrancándose del árbol-. Decime la verdad.

-No. Ya no. Lo fuiste.

-Ése es el amigo –dijo el Chino, los ojitos brillando en lo oscuro-. Ése es mi amigo.

El Chino se apartó del árbol impulsándose hacia delante con las dos manos y se abalanzó hacia Renato. Lo abrazó, sus manos resbalaron por el sobretodo. Arrodillado en la vereda, con el clarinete a un lado y el estuche vacío, abierto, al otro, el Chino empezó a llorar igual que antes, en seguida de un hipo, llorando copiosamente, en silencio y sin pudor, con la cara hacia arriba.

Renato recogió el clarinete, lo metió en el estuche y ayudó al Chino a levantarse, agarrándolo por las axilas.

-Arriba, Chino –dijo.

-Estoy borracho –dijo el Chino.

-Se nota.

-Vamos a un boliche.

-Están todos cerrados, por aquí.

-Conozco uno –los ojos del Chino brillaron con astucia detrás de la humedad-. ¿Sabes manejar?

Se alejó bamboleándose y apoyó la mano en el techo de un coche sport rojo estacionado a veinte metros: su coche. Renato lo había mirado con envidia todas las noches desde hacía meses, pensando siempre igual, como una música: “Ese pobre infeliz, no se lo merece.”

-¿Qué te parece el bote? –el Chino abría las manos, suplicante-. Tenés que manejarlo vos. Yo así no puedo.

Rebuscaba en un bolsillo, sacaba las llaves, las tiraba al aire hacia la luz del farol. Renato se agachó, recogió las llaves y fue hacia el coche haciéndolas saltar en la palma de la mano.

-Vamos –dijo-

Abrió la puerta del coche, se sacó el sobretodo y lo tiró al asiento de atrás, tiró también la botella, se sentó y abrió la otra puerta, todo con movimientos mecánicos, más aburrido que cansado, con ganas de sentarse en algún sitio y beber, nada más. El Chino resopló al acomodarse en el otro asiento. Renato puso en marcha el motor.

-¿Dónde?

-Al centro –dijo el Chino, recostado en el asiento, con los ojos cerrados-. Esto sí que es vida, viejo.

-¿De veras pensás dejar el club?

-El club y todo. No pienso tocar más.

-¿De qué vas a vivir?

-¿Te acordás cuando vendía botellas?

Renato asintió con la cabeza, haciendo una mueca que el Chino no pudo ver, ni el movimiento de cabeza ni la mueca: tenía los ojos cerrados, apretados.

-Entonces éramos amigos –dijo el Chino-. Supongo que me pondré a vender botellas de nuevo. Como en los viejos tiempos. Pero antes se me tiene que terminar la guita, tengo más de medio millón en el Banco.

Lo dijo casi con pena, como si tener que gastar todo ese dinero fuera un obstáculo en el camino hacia alguna cosa. “¿La felicidad quizá?”, pensó Renato, aguantando la risa. Prefirió concentrarse en manejar: ya hacía años que no manejaba un coche y había perdido la práctica. Los neumáticos chirriaron al doblar una esquina, el coche dio un salto, el Chino abrió los ojos, erguido de golpe, refregándose lágrimas secas con los puños.

-¿Sabés cuánto valen estos anillos? –preguntó, haciendo girar las manos delante de la cara-. No bajan de diez lucas cada uno. Son feos, ¿eh?

-Más bien sí.

-Si pudiera los tiraba, los regalaba, no sé. Pero no me salen de los dedos –el Chino apretó los puños-. ¿Dónde metiste la botella?

-La tiré al asiento de atrás.

El Chino giró en el asiento, se echó hacia atrás, rebuscó resoplando y volvió a sentarse derecho, con la botella en una mano.

-No podré tomar más whisky, supongo –se encogió de hombros, desdenoso-. No creas que me importa. Siempre preferí la caña. Con bolitas de pitanga, ¿te acordás?

-Con cáscaras de naranja.

-Con higo.

-Con guindas.

-Con limón.

-Con ferné.

-Caña pura –el Chino bebió con ganas, como si aquello fuera caña, se pasó la manga de la camisa por la boca, tembló-. Hace frío.

¿No trajiste abrigo?

Me olvidé el gabán en el club –el Chino se rió-. No importa, el frío no va a matarme.

-Vos decís que sos mi amigo –dijo Renato: habían entrado a Dieciocho de Julio, donde empezaban los semáforos-. ¿Y ahora?

-Dobla en la primera a la izquierda. No, en la segunda –el Chino apretaba la botella entre las piernas-. Sé perfectamente dónde querés llegar.

-¿Dónde?

-Si me rajo te dejo sin laburo.

-Ecco.

-Ya pensé en eso –el Chino suspiró, tragó aparatoso de la botella.

Renato temió que se pusiera de nuevo a llorar. Era un temor lejano, como si el otro fuera un perro que en cualquier momento podía ponerse a

ladrar molestando al vecindario. Más que miedo al llanto sentía vergüenza de que otros lo vieran con el Chino y el Chino llorando. “Igual que en los viejos tiempos”, pensó. Y en seguida: “Aunque en los viejos tiempos el Chino no lloraba, daba vergüenza estar con él, simplemente, su olor a madre, su jeta.”

¿Qué pensaste? –preguntó.

Te vas a venir a vivir conmigo.

Tengo mujer, dos hijas.

No importa. Podés llevar a tu madre, si querés, a tu abuela. La casa es grande.

¿Y cuando se te acabe la guita?

Me pondré a vender botellas. Vos irás a tocar el piano a los cafetuchos del bajo, esos pianos roñosos. Como antes. Pasar el platito.

-Antes yo era solo.

-Siempre sos solo, siempre estás solo.

-No te pongás profundo, ché –dijo Renato-. No te pega ni con goma arábica.

-Es verdad, viejo, te lo juro –el Chino cruzaba los índices contra la boca, los babeaba-. Me pasó esta noche. Horrible. Darse cuenta de golpe que estás solo. Toda esa gente y solo, los aplausos y solo, Malena en casa y solo, mi amigo Renato Prada y solo, un millón de personas alrededor y solo, diez millones y solo. Ni el clarinete ni nada, ni el medio millón en el Banco ni el whisky. Solo, viejo, como un perro.

-¿Recién hoy te avivaste? –preguntó Renato, cansado: tenía la impresión de estar representando una comedia muy vieja y muy mala-. ¿Recién ahora?

-Sabés que siempre fui un poco lerdo de la melenítica –el Chino se golpeaba la cabeza-. Tengo pocos voltios en la sabiola. Lo único que sé ha-

cer es soplar la flauta esa.

-Sabías.

El Chino hipó, doblándose en una risa que interrumpió de golpe, después de dos carcajadas silenciosas. Igual que cuando lloraba, como si alguien invisible hubiera apretado un botón.

-Ya ni eso –dijo-. ¿Te das cuenta? Ni la flautita de mierda.

-En una época fuiste muy bueno –dijo Renato, emocionado a su pesar, entusiasmado en el recuerdo-. Ahora sólo hacés ruido.

-Es lo que le gusta a la gente, que ponga los ojos en blanco y me re-tuerza, que imite a Satchmo y grite y llore.

-Ganás guita –dijo Renato, como si hubiera que disculpar, pensando: “Es increíble”-. Tenés auto, casa en Carrasco, medio millón en el Banco.

-La mejor mujer del mundo –el Chino rió-. Te la robé.

Bebió de la botella, esperando, espiando de reajo.

-¿De veras te la robé o me la diste? –resoplaba-. Me gustaría saberlo.

-Fueron la guita, la fama. Vos no.

-Pará aquí –dijo el Chino: lo miró-. En cambio vos siempre fuiste malo con el pianito. No tenés problema, no sufrís. Para vos no hay un pasado que recuperar.

-Podrías volver a tocar bien, si quisieras. Hay momentos en que parece que volvés. Pero no.

-No me interesa. Odio esa flauta, ¿sabés? La odio.

Renato maniobraba con el volante, la falta de práctica de tantos años sin manejar era evidente. Le costó demasiado colocar el coche contra el borde de la acera y le dio rabia. “Este gorila con semejante bote y yo andando a pie, en ómnibus”, pensó.

-Tenés una mala noche. Es eso, nada más –dijo.

-No pienso volver a tocar, ni en el club ni en ningún sitio.

Renato apagó el motor, abrió la puerta, salió. Esperó al Chino en la vereda, nervioso, golpeando el puño derecho contra la palma izquierda.

-Meruéndano me dio ocho mil pesos hoy –dijo-. Para que te convenciera.

-Que se joda.

No me gusta la idea de deberle a Meruéndano.

Tengo medio millón en el Banco.

Tampoco me gusta la idea de deberte a vos.

El Chino enseñó los dientes, los agujeros entre los dientes: tenía los labios deformes de tocar el clarinete, las mejillas caídas de tanto soplar noche tras noche.

Nunca me debiste nada –dijo-. Nunca me deberás.

No creas.

Yo a vos te lo debo todo. La guita, la casa, el coche, Malena, la fama. Vos me descubriste, ¿no? Vos me llevaste al club –el Chino aflojaba la boca en la risa mecánica, interrumpiéndola de golpe con un hipo como el chasquido de un interruptor-. Vos, infeliz.

El boliche quedaba en la esquina, una escalera de maderos tortuosos, un sótano mal iluminado, un mostrador deliberadamente rústico a un costado, mesas pequeñas de madera, sillas de madera de aspecto inseguro, ponchos y sombreros de gaucho adornando las paredes: facones, boleadoras, espuelas, cintos de cuero con adornos plateados. Renato se entretuvo entreleyendo y adivinando inscripciones del Martín Fierro, versos de Yupanqui, citas de poetas camperos que hablaban de cielos y amor al terruño. Le dio un poco de asco todo eso.

-¿Conocías? –le preguntó el Chino.

-No.

-Es una mierda. Puros barbudos y lesbianas. Izquierdistas, claro, con panfletos en los bolsillos. De los que se cagan encima cuando ven un milico –el Chino se rió-. ¿Te acordás cuando tocábamos gratis juntando guita para el partido? Yo empezaba a ser famoso, viejo. Qué tiempos aquellos. ¿Vos seguís bolche?

Renato sacudió la cabeza, ni sí ni no.

-Vamos a sentarnos –dijo.

-Yo hace tiempo que dejé –el Chino soltaba un hipo y empezaba a reír o llorar: a estas alturas era lo mismo-. Ahora tengo casa en Carrasco, viejo. Y auto.

Renato miraba alrededor las caras aburridas. Había dos mujeres solas a una mesa. Les sonrió y movió una mano. El Chino habló por un costado de la boca, infatuado en el lunfardo postizo, en el falso acento del bajo, representando:

-Ni las junés, hermano, son tortas. Mirá que truchas tienen. Jermu y dorima, en fija.

Renato se acercó a la mesa de las mujeres, apartó una silla, se sentó. No podía seguir solo con el Chino ni un minuto más. Las mujeres eran jóvenes; no llevaban maquillaje ni colgajos; las dos tenían el pelo cortado muy corto, el pecho plano, las uñas de las manos sin pintura limadas al ras.

-¿Qué buscás?

-Mi amigo es famoso –dijo Renato-. El Chino Roldán. Sabrán quién es, supongo.

Una de las mujeres miró hacia el Chino y cabeceó un asentimiento aburrido, representando también: miró al Chino y ya no pudo apartar los ojos. “La fama”, pensó Renato, “la maldita corneta”, adivinando: ¿dieciocho años? ¿veinte?

La otra mujer, con unos pocos años más tal vez –o por lo menos con cara de haber vivido más cosas-, encendió un cigarrillo, alargando la mano, el paquete.

-Gracias.

Renato sacó un cigarrillo del paquete, haciendo una mueca que no llegaba a completarse en sonrisa.

-Yo me llamo Laura y ésta Amalia –dijo la que fumaba: tenía la voz gruesa, varonil.

-Yo soy Renato. Renato Prada.

Laura frunció las cejas como si quisiera acordarse de algo.

-¿Por qué no llamás a tu amigo? –pregunto la otra: Amalia.

-¿El pianista? –preguntó Laura.

-¿Cómo?

-Si vos sos el pianista.

-¿Así que yo también soy famoso? –preguntó Renato, sin entender.

-No –dijo Laura-. Mi padre era amigo tuyo. Te imaginaba más viejo.

-¿Tu padre?

-Hablaba mucho de vos. Julio Marchina.

Renato asintió.

-Fue diputado –dijo-. Me acuerdo. Hace años que no lo veo. ¿Cómo anda?

-Yo también hace años que no lo veo –dijo Laura, con la voz más espesa, más profunda pero menos hombruna. “Ahora parece más mujer, menos hombre”, pensó Renato y escuchó y sacudió la cabeza como si le importara-. Él no quiere verme a mí. Ya ves. Le salí torcida.

-¿Por qué no llamás a tu amigo? –insistía Amalia-. Dicen que los clarinetistas son tipos muy eróticos.

-El clarinete como prolongación del falo –dijo Laura-. Exhibicionismo sexual disfrazado.

-No creo que el Chino sea nada de eso –dijo Renato, de espaldas a la puerta y el mostrador, adivinando cerca la presencia del Chino, sintiendo el calor desplazado por el gran cuerpo borracho que se acercaba-. Me parece que es impotente.

-Impotente tu abuela –resopló el Chino.

-¿Trajiste el clarinete? –preguntó Amalia.

-Escondido en la bragueta –dijo el Chino.

Se sentó.

-Ésta es Laura, ésta es Amalia –dijo Renato-. Laura es hija de Julito Marchina.

-Lindo hijo de puta –dijo el Chino-. Y cornudo, además.

-¿Ah, sí? –Laura lo miraba con una mueca de interés disfrazado de burla.

-¿Vos sos hija de Mariángeles? –el Chino no esperó la respuesta: tenía los ojos muy abiertos clavados en la cara de Laura Marchina, pero no miraba nada-. Yo me voltié a tu madre. Y éste también.

Señaló a Renato con un dedo y se puso a golpear pesadamente la mesa con las manos.

-Tu amigo es un cerdo –dijo Laura, sin dejar entender a quién se dirigía, a quién se refería.

-Whisky –gritaba el Chino-. Traigan whisky. Una botella.

-¿De veras no trajiste el clarinete? –preguntó Amalia.

-Ya te dije dónde podés encontrarlo –dijo el Chino-. Me gustás.

-Y vos a mí –dijo Amalia-. Me gustaría que me tocaras algo.

-¿Una teta? ¿El culo? ¿Qué?

-Algo con el clarinete –dijo Amalia-. Por favor.

-Lo perdí –dijo el Chino.

Alzó la cara, hipo y empezó a llorar. Amalia lo agarró de las manos, lo miró, le soltó las manos, lo agarró de la cara y empezó a besarle las lágrimas, a bebérselas.

-¿Celosa? –preguntó Renato.

-Qué va –dijo Laura, con un gesto de desprecio-. A ése no le funciona.

-Preguntale a tu madre si no.

El Chino había dejado de llorar y le devolvía los besos a la muchacha, entre resoplidos.

Un barbudo joven se acercó a la mesa con una botella en una bandeja, cuatro vasos, un cubo de metal para el hielo, un sifón. Miró con asco al Chino antes de dejar las cosas sobre la mesa. Miró con asco a Amalia: inclinada hacia delante, Amalia se desabrochaba la blusa, agarraba una mano del Chino y la aplastaba contra sus senos diminutos.

-Qué chiquitas –dijo el Chino-. Parecen uvas.

-¿Te gustan? –preguntó Amalia.

-Malena las tiene así de grandes –el Chino ponía las dos manos a quince centímetros de su pecho, las palmas hacia adentro, los dedos apenas doblados-. Es rubia y alta.

-¿Te gustan? –jadeó Amalia.

-Me gustan mucho, querida –el Chino aplastaba de nuevo las manos contra los senos de la muchacha-. Te lo juro.

-¿De veras?

Renato señaló a Amalia.

-¿Es siempre así o está borracha?

-Las dos cosas –dijo Laura-. Es mi hermana.

-¿Tu hermana?

Laura asintió.

-Perdoná. Yo pensé.

-No importa. Muchos piensan lo mismo –Laura señaló al Chino moviendo la cabeza-. Detesto a ese payaso.

-Yo también –susurró Renato.

-Vos no –Laura golpeaba su vaso con un dedo-. Vos le tenés lástima.

-Lo necesito –dijo Renato-. Trabajo para él. ¿Te gustan los hombres?

-¿Por?

-Te pregunto.

-Alguno, de tanto en tanto. Cada vez más de tanto en tanto.

-Me gustaría acostarme contigo.

-¿Hoy?

-¿Por qué no?

-Tengo que cuidar a mi hermana.

-Tu hermana puede cuidarse sola.

-No puede. Ves bien que no puede, no sabe –Laura bajó la voz, el vozarrón: ahora parecía el zumbido de un pesado insecto moribundo-. Tiene dieciséis años. Es virgen.

Renato miró al Chino –la cara del Chino enterrada entre los senos mínimos de Amalia- y se levantó. No eran senos siquiera: dos frutas verdes, dos cabezas de alfiler. Renato agarró el vaso lleno hasta la mitad y lo vació de un golpe, sacudiendo la cabeza. “Soy un cretino”, pensó.

-Chino –dijo-. Nos vamos.

El Chino sacó la cara de entre los senos de la muchacha con un chasquido húmedo y lento. Miró la muchacha, la botella.

-El whisky –dijo.

-Dejalo para las señoritas –dijo Renato-. Tenemos otra botella en el coche.

Sumiso, como en los viejos tiempos, el Chino se levantó. Bajó la cabeza y se alejó arrastrando los pies, sin mirar para atrás ni una vez. Su pesado cuerpo bamboleante hizo crujir en el silencio los maderos de los escalones. Renato escarbó en el bolsillo, apartando los billetes de mil. Sacó los últimos tres de cien y los dejó sobre la mesa.

-Supongo que esto cubrirá –dijo.

-Dejalo de nuestra cuenta –dijo Laura-. Por favor. Tenemos dinero. Y perdoname.

-No importa –Renato agarró los billetes y se los guardó.

-Otra vez será –dijo Laura.

-Vamos con ustedes –dijo Amalia: se había abrochado la blusa y estaba llorando con la cara hacia arriba: casi parecía de veras una niña de dieciséis años.

-No, lo siento –Renato se sacó un imaginario sombrero-. El Chino es un hombre casado y yo también.

Se dio vuelta y se fue. Subió lentamente los escalones, escuchando a sus espaldas el ruido que volvía al local. Recién ahora, por contraste, se daba cuenta del silencio de antes. “Todas esas caras barbudas mirando”, pensó con rabia.

El Chino lo estaba esperando en la calle, frente a la puerta, con las manos en las caderas.

-Vos estás loco, Renato.

-Sé lo que hago.

-Semejante criatura.

-Por eso mismo –Renato agarró al Chino del cuello de la camisa con las dos manos y lo sacudió. Se daba cuenta que no lo hacía por la chica, simplemente deseaba hacer eso desde mucho tiempo atrás-. Porque es una criatura, por eso.

-¿Moralista vos? Renato Prada, ¿moralista? ¿Te olvidaste de Ifi, acaso? ¿Cuántos años tenía Ifi, eh? Quince años, hijo de puta. Quince años.

-Me casé con ella, ¿no?

-Y te separaste a los tres meses.

-Fue ella la que quiso, ella me dejó.

-Porque le pegabas –gritó el Chino: Renato lo seguía sacudiendo, ya le había hecho saltar dos botones de la camisa-. Ifi me contó. Le pegabas, le hacías hacer cosas horribles.

Renato hizo girar al Chino en el aire –con una fuerza que le salía de dónde- y lo soltó contra la pared.

-Vamos –dijo.

-¿A dónde?

-A casa. A tu casa. Ya no te aguanto más.

-No me hagás eso, hermano.

-¿Qué hay de malo en ir a tu casa, eh? Dormir. Mañana será otro día.

-Tengo frío –dijo el Chino-. La bruja. Me rompiste la camisa. Esa bruja. Tengo rota la camisa.

-Sólo se le saltaron un par de botones –Renato hizo un ademán resignado, cerrando los puños: vio que el Chino retrocedía asustado y sonrió-. Malena te cose otros y listo, la camisa como nueva. En el coche dejé el sobretodo. Ponételo, si querés.

-No. No quiero nada tuyo –el Chino se atragantó con el hipo que ponía en marcha el llanto y la risa-. Mal amigo.

Pensando que iba a ponerse a llorar, Renato empujó al Chino hacia donde estaba el coche. Pero el Chino esta vez empezó a reír, con la misma risa lenta y muda, estremeciéndose. Otro hipo cortó el chorro de carcajadas sin ruido.

-Como en los viejos tiempos, ¿eh? –el Chino se puso firme, llevándose una mano a la frente-. Donde manda capitán no manda marinero.

En el coche el Chino se durmió, después de darle un trago a la botella. Se echó atrás en el asiento y cerró los ojos con la botella apretada entre las piernas como una dulce posesión: tenía una sonrisa en los labios. A los dos minutos estaba roncando. Cada tanto, Renato volvía la cara brevemente para mirarlo, mirar esa cara plana que hacía veinte años que conocía y seguía igual que al principio, la piel tersa de niño, los párpados pesados, la nariz aplastada, los labios prominentes, el mentón comido por el pescuezo. Sólo las mejillas más caídas, algunos surcos cerca de los ojos. Renato manejaba con gran cautela, frenando en todas las esquinas, haciendo sonar la bocina antes de cruzar bulevares y avenidas. A ese paso tenía media hora por lo menos hasta Carrasco, ya hacía años que el Chino vivía en Carrasco, cerca del mar, él y Malena en una calle sombreada por eucaliptos, en una casa de dos plantas con techo de tejas rojas a dos aguas entre otras casas parecidas – jardincito al frente, garaje de puertas blancas, un pointer o un gran danés corriendo por el jardín- con moradores de dos y cuatro apellidos. Trató de imaginarse la vida del Chino entre el patriciado, el doble salto mortal de los conventillos de Maroñas y las pensiones piojosas de la Ciudad Vieja a aquella casa entre árboles señoriales, con pájaros de colores enjaulados en el jardín del fondo y peces de colores encerrados tras cristales en el salón principal. “Es lástima, exactamente”, pensó, mirando de nuevo al Chino, la cara distendida en el sueño.

Había entrado en la rambla sin darse cuenta, ya más afuera del faro de Punta Carretas. Renato Prada miró el agua y después adelante, el asfalto sinuoso que se perdía de vista después de varias curvas, y apretó hasta el fondo el acelerador. El coche dio un salto, Renato se aferró al volante gozando el miedo, sintiendo que la brisa helada del invierno le golpeaba la cara co-

mo agujas o arena por la ventanilla entreabierta. Las ruedas gimieron en la primera ese de la Curva de la Muerte, entre Pocitos y el Buceo, el coche giró en un trompo y patinó en el rocío, avanzando a bandazos con el velocímetro encima de cien. Y Renato sólo pensaba una cosa: “A esta hora en verano ya es de día”, se decía, imaginándose un imposible día de verano, pescadores en la playa, el sol rosa en el horizonte, el canto de los pájaros. “Seguro que Carrasco está lleno de pájaros”, pensaba, “y no hay pájaros donde yo vivo: sólo humo, olor a mugre”.

Había vuelto a dominar el coche y otra vez apretaba a fondo el acelerador, viendo la aguja que subía a ciento veinte, a ciento treinta. “Pudimos matarnos”, pensó. Tenía las manos resbalosas de sudor. Se miró en el espejo retrovisor y apretó más el acelerador, la mano derecha maniobrando en la palanca de cambios. “Estoy viejo –pensaba-, yo también tengo arrugas.” En la calle Coimbra, en la subida, el coche volvió a patinar. El Chino se despertó sobresaltado, abriendo muy grandes los ojos, la boca carnosa dejando resbalar saliva.

-¿Qué hacés? ¿Estás loco? ¿Querés que nos matemos?

-Manejá vos, si no te gusta.

-Está bien, no te pongás así.

-¿Estás mejor?

El Chino asintió de un cabezazo, levantó la botella con una mano y la miró con asco.

-¿La tiro?

De nuevo estaban en la rambla: Renato miró el mar, oscuro como un agujero.

-Tírala.

El Chino abrió la ventanilla, sacó un brazo al frío, revoleó la botella y la tiró hacia la playa.

-¿Se habrá roto? –preguntó-. De repente cayó en la arena y no se hizo nada, para alegría del primer vagabundo que la encuentre.

-¿Qué pensás hacer?

-No sé. Mañana será otro día, como decís vos.

-Ya es mañana.

-¿Vos que opinas?

-Yo en tu lugar me pegaría un tiro. Ya no servís para nada, Chino.

-No me digas eso –el Chino abrió los ojos con un fondo de alegría-.

Todavía soy capaz de hacer feliz a una mujer.

-Lo dudo.

-Si me hubiera dejado –el Chino se lamentaba, moviendo en el aire las manos, los anillos-. Si no te hubiera dado el ataque de moralina.

-No es eso, Chino –dijo Renato-. La verdad es que me dio envidia.

-No mientas.

-De veras.

-Querés dejarme contento.

Renato torció el volante para enfilar el coche por la avenida: casas todas iguales en la luz muerta del final de la noche.

-¿Cuál es tu casa?

-¿No sabés?

-Me parecen todas iguales. Y además sólo vine una vez.

-¿A la fiesta?

-A la fiesta.

-Ya hace tres años, o más. No sé –el Chino arrugaba la frente, preocupado, como si de golpe hubiera visto el tiempo pasando, desbordándolo-. Estabas con tu mujer, ahora me acuerdo. Bonita, tu mujer- ¿Cómo se llama?

-No hablés de mi mujer.

-Ésa es la casa, la próxima –el Chino señalaba con un dedo tembloroso-. Meté el coche en el garaje.

Renato frenó delante de la casa.

-Metelo vos mañana, si querés –dijo-. Estoy cansado de manejar.

Los dos bajaron. El Chino llevaba el estuche del clarinete en una mano.

-Ahora a patear para conseguir un taxi.

-Podríamos tomar la última, ¿qué te parece?

El Chino volvió a alargar un brazo, con el estuche de cuero señaló una luz en una callecita sesgada.

-Es una especie de cabaré –dijo-. Muy pituco, eso sí. Para niños bien. Putas finas, de dos apellidos y tres idiomas, todas ex alumnas de colegios de monjas.

-Yo me marcho a casa. Mi mujer me espera.

-No me podés hacer esto –el Chino susurraba un grito apretado en los dientes, agarraba de un brazo a Renato-. No me podés dejar así. No quiero enfrentarme a esa bruja.

Sacudía la cabeza hacia la casa, una ventana del piso bajo iluminada.

-Se debe haber dejado la luz prendida –argumentó Renato-. Seguro que a esta hora ya está durmiendo.

-Qué va. Las brujas no duermen nunca –el Chino sacudía desesperado la cabeza-. Vamos al cabaré.

-No.

-Entonces acompañame a casa. Hay camas de sobra. Podés quedarte a dormir y mañana hablamos –su voz era ya un chillido, que de golpe descendió hasta un murmullo de hombres conspirando-. Tengo medio millón en el Banco.

-No.

-Un ratito aunque sea, por favor. Dame tiempo a dormirme. Hasta que yo me duerma, nada más. No quiero quedarme solo con ella, mirar cómo me mira, escuchar su voz. Malena me odia, Renato, le tengo miedo.

-Está bien –dijo Renato-. Sólo un ratito.

-¡El amigo! Gracias viejo, yo sé que es duro para vos –el Chino se reía de nuevo, después del hipo, con esa horrible risa muda-. Un fantasma del pasado, ¿eh?

-Si empezás a hacerte el vivo me marchó.

Los dos entraron a la casa en silencio, sin mirarse, uno al lado del otro, codo con codo, los zapatos de basket del Chino pisando furtivos las piedras lisas del camino, los de Renato golpeando con leves ecos en las piedras. Al borde del camino brotaban flores, más lejos había árboles, canteros tal vez con gladiolos pelados en invierno. El Chino retuvo a Renato por un brazo antes de subir los escalones hacia la puerta principal: cuatro escalones de piedra gastada.

-Abrí vos –dijo el Chino: puso la llave en la mano de Renato-. Yo no podría, mirá cómo tiemblo.

Se puso el estuche del clarinete bajo un brazo y extendió abiertas las dos manos temblorosas, primero el dorso hacia arriba, después las palmas, los anillos destellando en la media penumbra.

Renato metió la llave en la cerradura y empujó la puerta. En alguna zona profunda de la casa sonaron tres campanillazos.

-El sistema de alarma de la bruja –dijo el Chino-. Para saber cuándo llego.

Tanteaba en la pared, encendía la luz, se paraba atroz y absurdo en la alfombra bermellón, como una caricatura de cualquier cosa, con la camisa a cuadros amarillos y azules salida para afuera, el pantalón barato formando

bolsas, los zapatos de basket desatados. Seguía temblando, con el estuche del clarinete en una mano.

-Vamos –decía.

Renato lo siguió por un pasillo que recordaba borrosamente, lo vio detenerse frente a una doble puerta cerrada y hacer algo que nunca habría creído posible en el Chino. “Tiene que estar de verdad muy asustado”, pensó, mirándolo, sin creerse lo que había visto: el Chino se había persignado, se había besado la uña del pulgar derecho con unción, con amor, con la avidez del miedo. Renato sonrió: el Chino por fin abrió la puerta.

Ya era hora –la voz de mujer sonó áspera en el resplandor.

Colgando del medio del techo había una enorme lámpara de caireles con todos los brazos encendidos. Malena estaba sentada de espaldas a la puerta, en una mecedora, balanceándose lentamente. Por encima del respaldo se le veía la cabellera rubia, una mano con un vaso colgaba a un costado.

-Mirá a quién te traje –dijo el Chino.

La mujer dejó de hamacarse y se puso de pie, haciendo que la mecedora, vacía de golpe, se sacudiera violentamente. La mujer permaneció de espaldas un instante, indecisa, el vaso subiendo hasta su cara.

-¿Renato?

-El mismo –dijo el Chino, resoplando alivio-. Supuse que te gustaría la sorpresa.

La mujer se dio vuelta por fin, vacilando todavía, borracha quizá o fingiendo cansancio y tristeza, con el vaso en la mano, la mirada inquieta yendo de Renato al Chino y del Chino a las paredes, a la puerta abierta.

-Hola –dijo Renato.

La mujer se acercó, pugnando por perfeccionar la sonrisa con las dosis exactas de abandono y alegría, los ojos siempre inquietos. Se puso en puntas de pies y besó a Renato en una mejilla.

-Ya estaba empezando a olvidarme de ti –dijo, un dedo de larga uña roja golpeando en el pecho de hombre-. Ingrato.

-Creo que mejor que me vaya a dormir –dijo el Chino.

-Apagá la luz del hall –dijo la mujer, sin mirarlo.

El Chino dejó el estuche del clarinete sobre un sillón largo, bostezó un bostezo inventado, se dobló en una reverencia y retrocedió hacia la puerta, tropezando en la alfombra, soplando besos. La mujer seguía sin mirarlo.

-Yo también tendría que marcharme –dijo Renato.

-No –la mujer lo agarró de un brazo, clavando cuatro uñas en la tela hasta doler en la piel-. Quedate a tomar una copa conmigo. A hablar de los viejos tiempos.

-Esta noche ya he hablado demasiado de los viejos tiempos, he pensado demasiado en todo eso.

-Yo pienso en eso todos los días. Pienso sola. Estoy sola todo el día.

Renato se apartó de la garra, miró con pena a la mujer tratando de recuperar a la Malena de ocho años, diez años antes.

-Parece que no te gusta lo que ves –dijo Malena, con una media sonrisa.

-No es eso. Seguí igual de bonita. Es que estoy cansado, preocupado. Lo veo todo negro.

-¿Por qué viniste?

-El Chino me obligó a entrar. Te tiene miedo.

Malena asintió, se dio vuelta, recogió una botella de al lado de la mecedora y la alzó en el aire.

-Gin –dijo-. ¿Querés un gin tonic?

-Mejor dámelo puro.

-Me olvidé que sólo tomás bebidas puras. Qué cabeza la mía. ¿Qué te dijo el Chino?

-Dice que no quiere tocar más el clarinete, ni en el club ni en ningún sitio.

-¿Qué te dijo de mí?

-Que le das miedo, que sos una bruja.

-Creo que soy un poco bruja de veras –Malena giraba en los talones, con los brazos extendidos-. Hoy tuve el presentimiento de que vendrías a verme.

-No vine a verte.

-¿No? –la vieja cadencia burlona en la voz- ¿A qué viniste, entonces?

-¿Para cuándo ese gin?

Malena le alcanzó la botella.

-Hay vasos en aquel aparador –señalaba a espaldas de Renato con un dedo-. Estás en tu casa, servite vos mismo.

Renato se demoró con la botella en la mano, tratando de descubrir por qué Malena no era la misma. No eran los años de más, ni las ropas sencillas pero costosas, ni las uñas pintadas de rojo. Había otra cosa. Se acordó del Chino remedando los senos de Malena y sonrió: la mitad de los senos asomaba por la ve del escote. “Puedo decirle que se acueste conmigo, ni siquiera decirle: con una seña bastaría.” Estaba cansado y frío. Le dolía la nuca a causa del frío que había sufrido a lo largo de la noche. Se sirvió medio vaso de gin y lo vació de un trago.

-Vos también me tenés miedo –dijo Malena.

-Me marchó –dijo Renato.

-¿Cómo en los viejos tiempos?

Malena se desabrochaba la blusa, lentamente, como siguiendo un ritmo, moviendo las caderas, sin sacarle la vista de los ojos a Renato.

Renato le aguantó la mirada unos segundos, dejó el vaso en la repisa del aparador y señaló el sillón largo con un ademán casi perentorio. El si-

llón: el clarinete. “Exhibicionismo sexual disfrazado”, pensó. Fue hasta el sillón, agarró el estuche de cuero y lo tiró a un sillón vecino. No miró a Malena mientras se sacaba las ropas, pero era igual que si la estuviera mirando. De pronto podía memorizar cada movimiento de otras noches, cada gesto de los de antes, cada palabra dicha o no dicha. “Tal vez ella no ha cambiado, sino yo”, se dijo. Pensó en su mujer, en las dos niñas, con los dedos palpó los ochos billetes de mil que llevaba en el bolsillo. Malena apagó la luz y se deslizó en el sillón. Algo ronroneó en la oscuridad. Renato se desabrochó la bragueta y se dejó caer encima de la mujer. Casi agradeció la violencia del encontronazo, le pareció que en el gemido de dolor y asombro de Malena había una especie de odio mezclado. Sintió el cuerpo que se contorsionaba debajo del suyo, lo palpó un instante reconociéndolo firme y terso y se derramó adentro casi en seguida, aliviado, más cansado que nunca y sin placer.

-¿Ya? –la voz de la mujer subía desde la pelvis misma.

-Lo siento –dijo Renato.

Malena se le escurrió de debajo del cuerpo, lo besó en la nariz y sus pies pisaron con chasquidos en el parquet. Su voz habló desde cerca.

-Esperame. En seguida vuelvo.

Renato se abrochó la bragueta, se puso boca arriba en el sillón y abrió los ojos a lo oscuro.

-¿Me vas a esperar? –preguntó Malena-. Podemos probar de nuevo.

-Como quieras.

-Tenemos todo el tiempo del mundo –dijo Malena: Renato se la imaginó abriendo los brazos, señalando con un brazo hacia la puerta, un remoto dormitorio de la planta alta-. Ése nunca se despierta antes del mediodía.

-Pedile que siga tocando –dijo Renato-. Hacelo por mí.

-Cuando vuelva hablamos, ¿eh?

-Pedile, por favor. Te tiene miedo. Podes convencerlo. Necesito el trabajo.

Renato vio un ramalazo de luz tenue al abrirse la puerta, distinguió por un instante una especie de bosquejo de Malena. “¿La Malena de antes?”, pensó, indagó, aplastado a la luz. La oscuridad inmediata le dio miedo. Por un instante le pareció que estaba en su casa, dando vueltas en la cama, sin poder dormir. Se levantó, se sacó los zapatos y fue sigiloso hasta la puerta. Sacó de un bolsillo las llaves del coche del Chino y las dejó sobre el aparador, junto al vaso vacío. Volvió a la puerta, la abrió, recorrió el pasillo con los zapatos en la mano, se guió a tientas por el hall de entrada hasta la puerta principal y salió al frío de la noche. Comprobó que estaba amaneciendo, otro amanecer gris, otro día de invierno húmedo y ventoso. Se dio cuenta que había dejado el sobretodo en el coche de Chino pero ya no había remedio. Todavía descalzo atravesó el camino de piedras entre las falsas flores silvestres y en la vereda se puso los zapatos. El frío le dolía en los riñones y tenía ganas de vomitar. Tendría que caminar varias cuadras, por lo menos hasta la estación de servicio de la avenida Bolivia, para encontrar un taxi. Una vez más palpó los billetes, como si así pudiera reconfortarse. “Ahora tendré que buscar un nuevo trabajo –pensó-, lo del club ya está acabado.” Dejaría los billetes en la mesa de luz de su mujer, que su mujer pagara alquileres atrasados, gastos de sanatorio, cuenta del almacén y todo lo demás y lo dejara dormir. Bostezó, pensó: “Dormir días enteros.”

SEGUNDOS AFUERA

Vos eras el mejor, Dogo, claro que sí, el campeón. Nunca hubo otro como vos, nunca habrá. Fuiste un boxeador de raza, tres generaciones de negros trompudos se hicieron dar entre las doce cuerdas para que salieras vos, la naturaleza perfeccionándose durante casi un siglo para que un día subieras a un ring, sólo para eso, con menos trompa que tus antepasados, cinco o seis centímetros más alto que los demás boxeadores de tu peso, seguro de ti mismo desde el primer momento, con una sonrisa entre burlona apenas y despectiva, un leve brochazo de pintura blanca en la piel, la nariz recta: hijo de un ex boxeador ex presidiario negro y de una prostituta blanca, pelirroja, casi vieja, el pedigree perfecto. Tu bisabuelo sin nombre que fue el primer negro que peleó a los puños con un blanco en Montevideo, tu abuelo Dalcio que llegó a campeón con más de cuarenta años, tu padre Adán con la cara hecha pulpa después de perder cincuenta batallas por dinero, tus tíos paternos (primos carnales de tu padre), Carmen y Pilar, qué dos nombres para aquellos dos negrazos con los ojos saltones y la nariz aplastada que durante cinco años alternaron en el título de los medio pesados ganando una vez cada uno como en un pacto familiar, seguro que aquella última tarde te acordaste de la vez que empataron en el ring y se saludaron y salieron y se fueron al baldío de la esquina de tu casa y se sacaron el saco y se siguieron fajando, cada uno con un pedazo de fierro en el puño, hasta el amanecer: los dos murieron el mismo día, fatalmente, a diez mil kilómetros de distancia, Carmen en un callejón del Cerro con un balazo en la espalda, Pilar de frío y tuberculosis, debajo de uno de los puentes del Sena, ya completamente loco, delirando: no sé cómo un cónsul uruguayo se enteró, lo fue a buscar a la Morgue, lo trajeron, fotos en la primera página de los diarios cinco días después que esas mismas primeras páginas hubiera sido ocupa-

das por su hermano Carmen muerto de un tiro igual que vos ahora, una especie de fatalidad.

Para mí todos los negros son parecidos, sobre todo los boxeadores, con la cara siempre plana de los golpes, vos no. A vos nunca nadie te golpeó en la cara hasta aquel único mazazo en la sien que te tumbó y te cegó, pero seguro que aquella última tarde no querías acordarte de eso, con los ojos casi ciegos, los dedos chatos ayudando, siguiendo líneas y adivinando texturas pasabas las hojas del álbum de fotos que empezaba en tu abuelo y terminaba en vos (para el bisabuelo sin nombre nunca hubo magnesio), de las fotos amarillentas de tu abuelo con aquellos calzones largos a las rodillas hasta tu lámina en colores con los dientes de negro y la nariz de blanco y los ojos astutos y apenas femeninos asomando entre los guantes: no mirabas, ni te acordabas de la gloria siquiera, pasabas las hojas del álbum en un acto de amor desesperado a vos mismo, sabiendo que ya nunca volverías. La pieza olía mal, era un lugar demasiado triste hasta para tus ojos de semi-ciego, yo cierro los ojos y la veo, te veo blando y neutro como una especie de animal acostumbrado al cautiverio, un animal ruinoso, pesado y lento, veo el camastro contra la pared, la jaula con el canario en un rincón, casi nada más: una mesa enclenque, el álbum de recuerdos y el olor, aquel olor pegajoso que venía de mucho antes que vos ya pegado a las paredes y te sobreviviría, tu olor ya también acumulado y disuelto esperando al nuevo infeliz que ocuparía la pieza sin saber de ocupantes anteriores, acompañado nada más por el hedor, como otra piel, igual que vos.

Leí en el diario que había una botella de grappa vacía a medias en la pieza pero no la vi cuando estuve, seguro que se la afanó algún milico o algún cecino borracho, me habría gustado darle un trago muy largo como el que vos tenés que haberle dado antes de salir, compartir así contigo aunque fuera un buche de ese alcohol que te mataba de a poco día a día y que al fi-

nal un poco te mató del todo, no sólo las balas, también la botella al día de grappa y la ceguera y el bocho que ya no te funcionaba como antes, esa tarde los cables se te pelaron del todo todos juntos y saliste a lo único que podías hacer: matar y morir.

A Riverita había que matarlo, claro, si no lo hubieras hecho vos algún otro lo habría hecho más tarde o más temprano, Riverita era uno de esos tipos que no se mueren de viejos en la cama, rodeados de la parentela desconsolada. Lo que no entiendo es por qué demoraste tanto tiempo en hacerlo, tres, casi cuatro años que para vos deben haber sido siglos, ciego a medias en aquella piesucha, cada día más ciego, masticando el odio y la rabia, manoseando esa pistola vieja que yo mismo te dejé seguro de que no funcionaba y no tenía que haber funcionado y no funcionó: pero vos no podías saber eso. Igual me alegro que hayas matado a Riverita, no porque Riverita esté muerto –al fin y al cabo era, fue mi amigo- sino por vos, infeliz, me alegro que te hayan matado, que te borrarán de una vez así, con esa limpieza legal de las balas policiales. Yo fue tu único amigo, no sé por qué, lo que sé es que me entendés, sabés que tengo razón. No valía la pena que siguieras viviendo, para qué, vos mismo lo decías, me lo decías, tratándome de usted a pesar de mis ruegos y mis broncas y yo que trataba de consolarte y darte ánimos –a vos, casi ciego y medio loco- mientras pensaba que sí, que mejor estarías muerto, estás mejor ahora que estás muerto. Igual que Carmen, que Pilar, que tu viejo: ni las balas ni el frío ni el alcohol a tu viejo, un auto: las balas, el frío y el alcohol todo junto, un capitán de marina borracho, el invierno, el negro idiotizado a años de golpes que cruzó la calle sin mirar, tres o cuatro viejas gritaron, tu viejo ni se enteró, parecía igual que vivo: muerto. Vos ya hacía tiempo que eras el campeón (ya estabas ciego y no lo sabías, ya estabas muerto) y si lloraste por tu viejo no te vi, si lloraste

no fue de pena por el negro idiota muerto sino por los recuerdos. “Mejor así”, me dijiste, lo mismo que yo digo ahora, por lo mismo.

Da pena pensar que tu viejo nunca se haya enterado que llegaste a campeón, ya tenía los ojos fijos y secos, la boca siempre abierta cuando peleaste por primera vez, lástima: al viejo Adán le habían dado tanto, ahora que pienso parece como si hubiera querido recibir en su cara y su cuerpo todos los golpes destinados a vos, exactamente todos, sin saltarse ninguno, jab a jab y cross a cross menos ese único golpe imprevisible, ese segundo fulminante no programado por la naturaleza que te había estado perfeccionando desde una remota tribu africana pasando por barcos de esclavos y latigazos y sótanos mugrientos sólo para que aquella bestia rubia –“Huracán” Smith- te aplanara con un izquierdazo que no puedo salir de él, de eso. Recuerdo que cuando caíste tu viejo parpadeó (estaba a mi lado, a mi izquierda, todas las noches que había pelea lo llevábamos entre Riverita y yo, de un brazo cado uno por el pasillo y lo dejábamos ahí, en el asiento trece de la segunda fila del ring side como si fuera un paquete, o no: un amuleto), sólo ese gesto levísimo, cerrar los ojos apenas enceguecido o perplejo como si de repente se hubiera dado cuenta que veinte años antes se había olvidado de recibir también aquel golpe que te había fulminado hacia atrás y hacia delante aunque ni vos ni nadie lo supiera: la pelea número trece, parece una mala broma, como para empezar de veras a creer en la yeta.

Aquí al lado tengo el diario de ayer, mi diario, mi propio artículo sensiblero en la primera página –no puedo evitar contagiarme un poco ahora,-, tu foto en colores (los colores apenas corridos, la sonrisa se te sale de la cara en un sesgo rojizo), la lista de tus peleas como profesional, quince victorias y una sola derrota, primera y última, como si hubieras sido un gladiador: el procónsul señaló con el pulgar hacia abajo, jodete pibe. Moriste allá en el ring, bajo los focos, pero no la noche de la derrota contra el brasilero

Alfonzao sino aquella otra noche cuatro o cinco meses antes (exactamente cuatro meses y diecisiete días) cuando “Huracán” Smith sin saber ni lo que hacía te golpeó una sola vez y no sólo te tiró sino también te cegó sin darse cuenta, te enloqueció del todo, te terminó de matar: y tal vez sólo los ojos ciegos de tu padre (otra forma distinta de la ceguera) se enteraron.

Tu foto en el diario da pena y asco, la sonrisa triunfal y un poco sobradora después de cualquier pelea ganada, el brazo en alto. Tal vez (pienso) es una foto de la noche de tu pelea con “Huracán”, aquella décimotercera victoria que más te hubiera valido no haber obtenido, me acuerdo del murmullo ronco que llenó el estadio cuando caíste, cinco mil personas que no se lo podían creer. El árbitro era un sujeto amarillento, antillano o filipino, que empezó a bajar el brazo hacia vos segundo a segundo, como si gozara. Te levantaste en seis, el árbitro contó dos más y te tocó los guantes con las manos (lo veo) y vos los subiste contra la cara y aguantaste el chaparrón de golpes, todos contra tus brazos doblados: sacaste de repente una mano y pegaste dos veces, en la cara, y “Huracán” se derrumbó como por milagro, grande y rubio, después de haberte matado y sin saberlo: su cuerpo hizo ruido al golpear en la lona. Era invierno: el auto, el capitán borracho aparecieron apenas unos días después y ahora que lo pienso puede que haya sido un suicidio, seguro que tu padre fue el único que supo que estabas ya ciego y muerto y loco, aquel único golpe sin tiempo que no supo o no pudo recibir para cubrirte y salvarte, quizá antes que nacieras.

Riverita estaba en el velatorio de tu padre, qué personaje Riverita, hiciste bien en matarlo, en hacerte matar después de haberlo matado: dicen que las buenas obras llevan al cielo. Lo que lamento es haberte presentado yo a Riverita, que por mí lo hayás conocido, es un poco como si yo también te hubiera matado, como si yo fuera también un poco culpable: ¿y quién no? A mí me gustaba Riverita, me caía bien, un tiempo hasta creí que éra-

mos amigos, quizá lo fuimos en algún momento de la niñez. Porque a Riverita lo conocí de niño, ya sabés, nos criamos juntos, fuimos juntos a un lugar que vos nunca conociste, ni de afuera: la escuela. Siempre fue astuto, Riverita, desde niño, no había cumplido los doce años y ya estaba acostumbrado a vivir de los demás. Sí, como una costumbre, algo que se hereda, como vos heredaste el juego de piernas, el uppercut de izquierda. Simpatía profesional, ¿entendés?, ya de niño era un profesional de la simpatía, un astuto vendedor de sus propios encantos, esas facciones de peluquero italiano de los años veinte con una pizca de sátiro y otro poco de matón, esa mezcla de cosa melosa y a la vez prepotente que con el tiempo fue mejorando y cultivando delante de espejos y mujeres, una especie de orgullo servil.

Estuvimos años sin vernos con Riverita, muy de vez en cuando nos encontrábamos de casualidad en un boliche o un cabaret, una copa juntos o apenas un saludo. Supe por los diarios que se casó con una millonaria, más o menos me enteré de la estafa y el escándalo, la cárcel, y ahora que lo pienso en el fondo disfruté: siempre me sentí un poco inferior frente a Riverita. Yo ya trabajaba en el diario y era tu amigo cuando me llamó: “Me enteré que sos amigo del Dogo Ramos,” me dijo por teléfono. “Me gustaría conocerlo.” Lo invité a verte pelear, por supuesto tuve que pagarle la entrada, el resto lo sabés vos mejor que yo, te lo llevé a los vestuarios y te lo presenté. Vos no podías ser la excepción, negro, por bruto que fueras: Riverita te encandiló. Y lo peor fue que no sólo a vos, sino también a Malena. Yo también vi cómo lo miraba, no necesité que me lo contaras vos, y para qué: cuando ya todo estaba perdido, la carrera de campeón, la vista, la cordura, el hijo.

Malena ya debía estar embarazada cuando el velorio de tu padre, me da pereza comprobar fechas exactas pero creo que debe ser así, ya tenía una barriga de varios meses la noche que te quedaste ciego en el ring, Riverita

estaba conmigo, y Malena: Riverita estaba sentado en el asiento que ocupaba siempre tu padre, pero sus ojos (los de Riverita) estaban vivos, se movían a todas partes, fotografiando cada golpe y cada finta, los dientes masti- cando un cigarrillo sin encender, porque a su modo Riverita te quería, si quiso a alguien fue a vos. Claro, vos no pudiste verlo, estabas ciego-ciego en ese momento, pero Riverita saltó al ring cuando te arrodillaste y gritaste. Era el tercer asalto, ni siquiera te había tocado el brasilero Alfonzo, no tenía ninguna culpa el pobre infeliz, no merecía la paliza que le dieron allí mismo, a fierrazos y patadas: había bajado a Montevideo para hacerse va- pular por el campeón a cambio de algunos pesos y de golpe se convertía en un criminal que no era, una especie de ídolo maléfico: y tenía cara de ser in- capaz de matar una mosca, me acuerdo, la sonrisa bobalicona con todos los dientes saltados, que lo llamaran “El tigre de Recife” debía ser una especie de broma. Apenas si te golpeteó un poco en la nuca como hacen todos los boxeadores en el clinch, unas caricias casi maternas, como si de veras no quisiera hacerte daño (había venido a perder, no te olvides): y vos al sepa- rarte empezaste a girar con los brazos hacia delante, el brasilero asombrado bajó la guardia, se quedó mirándote como con miedo y el silencio era casi cortante cuando vos te arrodillaste y gritaste aquello, ocho mil personas lo escucharon: “No veo. Me quedé ciego.” Y Riverita pasó de un salto por arriba de los jurados, pisoteando cabezas y subió al ring. Se acercó a vos como implorando, con las manos juntas contra el pecho, los dedos hacia arriba: dos policías lo bajaron a palazo limpio. Lo que pasó después me lo contaron, lo leí (Malena se había puesto a chillar histérica y en el estado en que estaba preferí sacarla de allí antes que le pasaran por encima, la gente estaba furiosa, muchos habían empezado a arrancar los brazos de madera de los asientos y triarlos hacia el ring: me acuerdo del brasilero que lloraba ta- pándose la cara con las dos manos, vos seguías arrodillado gritando, los po-

licias rodearon al brasilero en un rincón y meta palo, primero que nadie ellos, como si fueran tu guardia de honor, los pretorianos furiosos a la muerte del César): supe, leí que el juez contó los diez segundos reglamentarios después de varios minutos de cabildeo y fue y le levantó la mano al brasilero Alfonzao, que ya tenía la cara hecha un amasijo de sangre y llanto. Me acuerdo de la cara de Alfonzao al otro día, cuando fue a verte al hospital, “El Tigre de Recife”, campeón continental de sorpresa, con aquella cara como de argamasa tostada que estaba allí (se veía), sólo para que le dieran golpes, como a una punching-ball: aquello no era una cara.

Nadie te mató, Dogo, y todos te matamos (menos “El Tigre”, seguramente): Riverita y yo te matamos, y Malena y vos mismo y hasta aquel negro con los sesos revueltos a tortazos que fue tu padre. Y “Huracán” Smith, por supuesto. Tal vez te consuele saber que también se murió, quizá sin enterarse siquiera de su gloria triste y efímera. Poco antes que vos te murieras se murió, en algún lugarejo de las Guayanas, la británica, la holandesa, la francesa, tanto da: aparecieron pequeños sueltos en las páginas de adentro de los diarios, siempre abajo y en una esquina, entre avisos de pastas depilatorias y detectives privados, ninguna primera página como a vos, claro.

Quiero acordarme de vos en el sanatorio y no puedo, vagamente recuerdo la pieza con ese olor a alcanfor o amoníaco, el perfil más o menos bonito de una enfermera que te acomodaba las ropas de la cama, tu voz. La primera confidencia, Dogo, el principio del final. Supongo que tendrías la jeta tapada, los ojos vendados: te habían operado la noche antes, la misma de la pelea, un médico demasiado pedante (todos los médicos son pedantes, pero aquel era demasiado, y era bueno: el mejor, decían) nos había anunciado, a Riverita, a mí, a los periodistas, que ibas a quedarte ciego progresiva e irremediablemente, en el mejor de los casos: tu cerebro tenía una lesión anterior a la pelea, definitivamente no fue culpa de Alfonzao, supongo que al

otro día el “Tigre”, el título flamante que no le iba a servir de nada más que para sacarse alguna foto, y su cara hecha una masa pastosa de coágulos y vendas. “Seis meses a lo sumo”, dijo el médico, y todos a la vez nos acordamos de la piña que te metió “Huracán” Smith, la única que recibiste en tu vida: los periodistas, Riverita, yo, todos pensamos lo mismo al mismo tiempo. A propósito: “Huracán” Smith no era gringo y ni siquiera se llamaba Smith, era peruano o ecuatoriano, una especie de indio milagrosamente rubio y con los ojos azules.

Sólo de tu voz me acuerdo, como la voz de un muerto, quizá porque todo lo demás estaba muerto, todo vos menos tu voz. “Voy a quedarme ciego, ¿verdad?”, me preguntaste. “Sabía que esto iba a pasar”, me dijiste. “Hace tiempo que andaba con mareos, dolores de cabeza. Fue ese gringo. No sé cómo fui a poner la jeta justo donde el tipo soltaba el guantazo.” Me acuerdo que te reíste: “Quedé nocau para siempre, ché.” No era una risa sino una especie de carcajada acuosa, un ruido como de burbujas. Yo pensé: “Así se deben reír los muertos.” Hasta ese día nunca me habías hecho una confidencia, necesitaste quedarte ciego para que empezáramos a ser amigos, después de tantos años de gimnasios y boliches y caminatas. Me acuerdo que me agarraste una mano pero no puedo acordarme de más nada, sólo la sensación de tus dedos apretando y tu voz: “Ahora sólo me queda una cosa”, dijiste. Y esperaste, como para que yo te preguntara. Y te pregunté: “¿Qué?” “Malena”, dijiste, “y esa cosa que lleva adentro”. Me sentí enfermo, claro: prefería lo de antes, hablar contigo sólo de boxeo y carreras de caballos, de las combinaciones que habías hecho a la quiniela, oírte siempre las mismas historias triviales y torpes sobre tus dos tíos con nombre de mujer.

Te operaron seis veces, con días de intervalo entre una operación y la siguiente. Los periodistas todavía rondaban el sanatorio y tu casa, pero cada

vez menos. Malena iba a verte todos los días, con su panza gigantesca: el niño ya latía. Y Riverita iba, y yo. Ahora que no podías verlo parecía como si hubieras dejado de sentirte encandilado por Riverita, lo saludabas como distraído y te reías sin muchas ganas de sus bromas: preferías quedarte a solas conmigo, yo sentado al lado de la cama con aliento a alcohol. Te quejabas, siempre igual: “ Con las ganas que tengo de tomarme una grappa”, decías. Me contaste tu niñez, tu adolescencia, me describiste una a una tus peleas como si yo no las hubiera visto todas desde que te conocí, tanto aquí en la ciudad como en tus viajes a Buenos Aires, a Lima, a Río, donde fueras. Por desgracia el tiempo es horriblemente lineal, ché. Fue allí en el sanatorio cuando recién empecé a conocerte, cuando empezaste a cambiar: pero no era el mulato ciego que tenía delante el que cambiaba sino el anterior, el campeón. Hasta cada viejo golpe tuyo me parecía ahora distinto, era distinto. Me arrepentí de no haberte conocido antes, como si fuera mía la culpa, como si en algún momento hubiera existido un remedio. Una tarde me dijiste: “Ya sé que soy negro y bruto y casi analfabeto, pero igual entiendo, me doy cuenta de las cosas, las veo, las veía.” Te miré como si pudieras verme: entonces sí tenías los ojos vendados, la mancha rojiza de algún desinfectante te bajaba contra la nariz. “Desde el principio lo supe, lo sabía cada vez que me miraba al espejo. Siempre tuve cara de perdedor”, dijiste.

Y es verdad, supongo: a pesar de todo naciste para perder. Pocos días después de la sexta operación te trasladaron definitivamente a tu casa, algún tiempo después Malena dio a luz. Vos tenías un ojo tapado de negro como un pirata tuerto: en el sanatorio estabas tranquilo, esperando: demasiado tranquilo tal vez, apenas borracho. No hablaste en todo el rato ni de Malena ni de la criatura que iba a nacer, me acuerdo que Riverita, vos y yo apostamos quién aguantaba más bebiendo grappa, cien pesos cada uno, para esa misma noche. Cuando nació la criatura fuiste a verla, un varón: encogiste

los hombros antes de pasar a la pieza esterilizada. No demoraste ni un minuto, apenas entraste y saliste y seguiste de largo sin mirarnos. “Vamos”, dijiste, en el boliche pediste grappa, riendo recordaste la apuesta, empezamos a beber. “¿Y el pibe?”, te preguntó Riverita. “Supongo que bien”, dijiste: subías la mano hasta el ojo y el parche para contar monedas. “Vámonos lejos”, dijiste, “a otro boliche”. Nos emborrachamos y vos, varias veces, con la lengua cada vez más trabada, pediste que no te habláramos del pibe, de Malena. “¿De qué querés que hablemos entonces?”, te preguntó Riverita. “De mujeres, contar chistes, de boxeo si quieren”, dijiste. La apuesta la ganó Riverita (tenía más aguante para el alcohol que nosotros, pero estoy seguro que aquella noche aprovechó todos nuestros descuidos para tirar grappa al suelo), nos llevó a los dos a mi apartamento, nos acostó: por lo menos yo al otro día me desperté en mi cama, en calzoncillos, cubierto por una sábana y una frazada. Me despertaste vos, tu cara tuerta a un milímetro de mi cara, el parche negro como una nube redonda y dura, el aliento horrible de la resaca. “Eso no es mío”, dijiste. Me senté en la cama, te miré. “¿Qué?” “Eso, la criatura, no es mía. No es hijo mío.” Te tambaleaste, te sentaste en el borde de la cama con un eructo, todos tus huesos crujieron. “Hace horas que estoy despierto”, dijiste. “No es mi hijo.” “¿Cómo sabés?” “Son cosas que se huelen”, dijiste, reíste, “Los negros tenemos el olfato muy desarrollado.

No sé cómo le hiciste confesar a Malena que había sido Riverita: lo poco que ganaste con el boxeo, los poquísimos miles de pesos que te quedaban después de los gastos de las operaciones y el parto se los pasaste a Malena, me contaste, en el mismo sanatorio le gritaste que no volviera –túnicas blancas se detenían asombradas a mirarte-, que se fuera donde quisiera pero que no se acercara más a vos con ese hijo que no era tu hijo, estabas termi-

nado: medio ciego y medio loco, con un plazo perentorio hacia el fondo definitivo: la ceguera total y la locura.

Riverita es de esa clase de gente que huele el peligro (aunque también le llegó el día en que no supo o no pudo olerlo a tiempo). Después de la borrachera, habiendo embolsado cien pesos tuyos y cien míos desapareció. Te confieso que a veces me lo encontré, de tanto en tanto, igual que antes, en un boliche o un cabaret, una copa juntos, como te decía, o un saludo apenas. Una vez me preguntó por vos y le dije lo que había pasado. “Ese negro está loco”, dijo Riverita, sacudiendo la cabeza. Tenía razón, claro, y sin saberlo, porque se refería a otra cosa, otra forma de la locura. Riverita nunca pudo comprender que hubiera locuras como la tuya, esa especie de lucidez ciega y sorda y muda.

Estabas loco desde el principio, negro, no desde que el gringo (que tampoco era gringo) te pegara sino de antes, una locura congénita que a tu padre se la amortiguaron a golpes y que a tu abuelo lo mató (no te olvides que el viejo Calcio murió dándose la cabeza contra las paredes, como un perro atacado de rabia: vos mismo me lo contabas). Una locura que ya tenías adentro antes de subir por primera vez a un ring, antes de entrar por primera vez a un gimnasio; la llevabas encima como un germen dormido cuando te enamoraste de Malena (y tendías diez años apenas cuando te enamoraste de ella, vos mismo me lo decías). Porque Malena, vamos, sólo hacía falta verla. Y al final te diste cuenta (estabas loco rematado pero no eras idiota), porque tres o cuatro días antes de morir, tal vez con la idea de matar clavada ya en tu cerebro, me dijiste: “Seguro que va a terminar igual que mi madre, con el pelo teñido de rojo, pariendo hijos de cualquier negro mugriento”. Te quedaste como pensando, acariciando el cuello de la botella como a una zona tersa de mujer. “¿Sabés que nunca supe si mi madre era pelirroja de veras o teñida?”, agregaste. Eso fue lo último que hablaste de Male-

na, casi lo último que hablaste conmigo en tu vida, y supongo que de nuevo tenías razón.

Bastaba verla, en efecto, pasando entre las mesas con la bandeja en la mano, esquivando caricias y pellizcontes. Yo no entendía bien por qué ibas siempre a ese boliche (al fin y al cabo era un boliche apestoso y vos ya empezabas a ganar guita, tu foto aparecía de vez en cuando en los diarios, en vez de ir allí, a Ituzaingó y Cerrito, a tomar grappa mezclada con cualquier porquería podías ir si querías a los mejores cabarets, levantar gratis la mina que más te gustara sólo por la fama, por tu fama, pero no; como un muñeco de cuerda todas las tardes, después del gimnasio, ibas a aquel boliche malo-liente, a sentarte delante del mostrador haciendo girar el vasito de grappa entre los dedos) hasta la tarde en que dijiste: “Cómo me gusta la piba”, así de simple. No fue una confidencia, estabas un poco borracho y hablabas como para vos mismo. Señalaste por los vidrios de la puerta la casa de enfrente, un conventillo de tres pisos con la pared rajada y las ventanas cubiertas por cartones como cuencas vacías de ojos, calzones de mujer y sábanas colgando de piolas en los balcones: “Ahí nací yo. Crecimos juntos. Tiene dos años más que yo. Nunca le hablé una palabra”. Yo la llamé a la piba, le pregunté cómo se llamaba, los presenté: “Ésta es Malena, éste es el Dogo Ramos, vecino del barrio y futuro campeón”. Te vi encogerte en el taburete; me pateaste, empezaste a sonreír y a los dos minutos dijiste la primera tontería; Malena te contestó con una sonrisa que más parecía un beso soplado. Supongo que aquella misma noche te metió en alguna cama, te envició con su cuerpo, no sé. Lo que sí sé es que de veras nunca pensé que la cosa terminaría como terminó. Casi me caigo de culo cuando me dijiste que te casabas; apenas habían pasado dos meses. “¿Te das cuenta?”, me dijiste, “Mis hijos van a ser blancos, como quien dice. Yo soy blanco a medias y ella es

blanca del todo”. Y hasta en eso fallaste, negro: tu hijo que no es tu hijo salió demasiado blanco, una pena; más blanco de lo que vos querías.

Poco después de casarte te presenté a Riverita, y tuviste que ver muerto a tu padre, quedarte ciego y casi loco, descubrir que tu hijo no era tu hijo, comprobar día a día que avanzabas cada vez más a la ceguera y la locura definitivas para hablar:

“Lo supe desde el principio”, me dijiste. “Me acuerdo cómo se miraron la primera vez que lo llevé a casa, cómo lo miró Malena. Qué querés, viejo. No pude evitarlo. Riverita me tenía, no sé... Yo estaba como ciego, igual que ahora pero del alma (Me acuerdo que te tocaste el corazón y yo aguanté la risa tapándome la boca: suerte que ya estabas ciego y no pudiste verme). “Sabía que no podía hacer nada, veía pero no quería ver. Lo que hacía era rezar, si era rezar lo que hacía: pedía nada más que por lo menos el hijo fuera mío. Pero ni siquiera en eso acerté. El otro día, en el sanatorio, te juro que me pasó por la cabeza matar allí mismo a Riverita. No pude porque me di cuenta que antes necesitaba escuchar a Malena, que ella me lo dijera; casi como si a vos te gustara que te escupieran la cara; igualito”. Lo que te digo, Dogo: siempre estuviste loco.

Claro que Riverita era demasiado para vos, que al fin y al cabo lo único que supiste hacer en tu vida fue mover las piernas, golpear y esquivar golpes. Riverita era algo parecido pero en otro plano mucho más difícil, no sé si podrás entenderme, sé que no podés entenderme, que nunca te diría esto si estuvieras vivo porque me mirarías con los ojos ciegos y tratarías de hacer una mueca burlona, pero ahora que estás muerto tanto da: Riverita era un boxeador metafísico, tan bueno o mejor que vos: y además era tramposo. Yo conozco lo que fue de verdad Riverita, tal vez una anécdota sea bastante:

hace tiempo, Riverita conoció a una piba de quince años, Pituca Meléndez; yo estaba con él cuando la conoció. Fue en la playa, donde se la presentó un infeliz con varios apellidos y cara de monigote seco, no me acuerdo cómo se llamaba; sólo de la cara lamida y alargada del desgraciado. Riverita ya tenía más de treinta, ya: tiene exactamente mi edad, por eso lo sé. Había salido hacía poco de un matrimonio por dinero, una estafa, seis meses de cárcel. Nos encontramos en la playa de casualidad, lo mismo que otras veces en un boliche o un cabaret. Pituca y el infeliz de cara como un lengüetazo de perro sarnoso aparecieron al poco tiempo; se ve que el tipo conocía a Riverita; hubo las presentaciones, sonrisitas; yo me sentí molesto desde el principio sin saber por qué, aunque a la media hora escasa me di cuenta. Pituca era virgen, hija de gente de guita, el padre abogado, un abuelo general, la madre presidenta de sociedades de beneficencia, misa todos los días. De pronto se puso a llover, bajo un cielo terriblemente azul y así en un abrir y cerrar de ojos, como si Dios aburrido hubiera chasqueado los dedos para cambiar el decorado entero del mundo, vinieron las nubes negras, los relámpagos y el agua. Había una fila de tenderetes entre dos dunas, me acuerdo; Riverita los señaló, agarró a Pituca por un brazo y corrimos a refugiarnos. Riverita y Pituca se metieron en un tenderete, el gusano de cara avinagrada y yo en otro; fumamos un cigarrillo, hablamos de golf (al tipo le gustaba meter la pelotita en los hoyitos: yo detesto ese juego ridículo), al poco rato salimos, cuando ya había escampado. Riverita y la piba se demoraban y fui a ver. Apenas abrí un centímetro la lona del tenderete y cerré: Riverita se la estaba montando allí mismo en la arena, entre dos charcos de agua. Confirmé que era virgen: el agua tenía leves hilillos rojos. Esa noche misma se fugaron juntos; los padres de Pituca avisaron a la policía; el general Meléndez fue a casa a verme, acompañado por el cara de vinagre, para que yo les diera pistas. Yo los convidé con vino que no aceptaron, traté de

tranquilizarlos. Delante de mí el general dijo que iba a matar a Riverita. “Lo mataré –decía-, lo mataré. El honor de la familia por el suelo”. Pituca volvió a casa a los pocos días, habló con su madre y a medias la convenció para que retiraran la denuncia. El general Claudio Meléndez y su hijo, el abogado Claudio Meléndez hijo, accedieron y guardaron los revólveres desempolvados días antes con una condición: que Pituca no se viera nunca más con Riverita. Pero no, con una mujer en celo no hay condiciones que valgan: Pituca y Riverita se siguieron viendo a escondidas; al poco tiempo todos los amigos eran cómplices casi por la fuerza, a la larga la familia de Pituca se enteró (hubo un soplón entre las amistades; yo siempre sospeché del cara de vinagre, que se ve que estaba enamorado de la piba, que se sentía desplazado, que conservaba la envidia) y de nuevo el escándalo, las amenazas de muerte, los juramentos de venganza. El abogado volvió a desempolvar el revólver –un viejo 38 que había sido de su padre el general- y siempre lo llevaba encima, buscando a Riverita para coserlo a balazos. (El general se murió por esa época, unos dicen que de tristeza ante el ultraje y el deshonor, otros que de dolor y amargura, pero es mentira: cayó duro en la casa de una viuda cuarentona, muerte por exceso; le rindieron honores militares y cubrieron su ataúd con la bandera del sol y las franjas celestes y blancas).

Por fin una tarde se encontraron el abogado Meléndez y Riverita, en una confitería, con gente alrededor. Riverita se levantó de la mesa y le tendió la mano al abogado; tieso, el abogado aceptó los dedos del enemigo mortal, se dejó encandilar por su sonrisa y sonrió también. Riverita aprovechó para hacer un elogio de la corbata de seda que el otro llevaba puesta. “Seda italiana”, dijo el abogado; a los tres minutos había aceptado un whisky de Riverita, una hora después Riverita comentaba ventajas e inconvenientes del treinta y ocho largo, blandiendo como si fuera un juguete el

arma desempolvada para matarlo. A los dos días, mediante tarjeta (como si vivieran en el siglo pasado), los Meléndez invitaron a Riverita a una cena en la casa del Prado que la familia ocupaba desde hacía cuatro generaciones: un retrato del general recientemente fallecido presidía el gran salón.

Riverita se siguió viendo con Pituca, claro, en una especie de noviazgo formal (en vez de fornicar desnudos en amuebladas fornicaban vestidos en el salón, entre los retratos de los antepasados), hasta que a los pocos meses la piba se pegó un tiro con el revólver de reglamento de su abuelo, el mismo que su padre había desempolvado y aceitado y cargado con seis balas con veinte años de viejas para matar a Riverita. La piba se voló los sesos al alba, después de una fiesta, nadie supo nunca por qué.

Riverita fue al velatorio, todo vestido de negro, lloró como si fuera uno más de la familia, siguió visitando la casa una o dos veces por semana, con flores siempre para la madre desconsolada y un “Partagás” o un “Montecristo” para el padre caviloso. Se sentaban los tres en el salón en penumbra, Riverita se subía levemente las perneras del pantalón al cruzar las piernas, aceptaba la copa de coñac que se le ofrecía y, con la voz opaca y funeral, hablaba de la muerta, ensalzando virtudes inexistentes, inventando cualidades, mintiendo planes imposibles de futuro y amarguras del presente, ejerciendo casi fascinado una bondad póstuma grotesca. Eso era Riverita; supongo que hiciste bien en matarlo. Fuiste el único que a la larga le ganó en algo –en la muerte, nada menos-, vos un mulato casi ciego y completamente loco. Tal vez justo por eso.

A nadie le gusta que su mujer mire a otro de la manera en que Malena miraba a Riverita; yo también me di cuenta, no te creas que no, y tampoco me hizo gracia. Incluso pensé advertirte, pero me faltó coraje. Luego vino “Huracán”, murió tu viejo, quedaste ciego, te operaron, la criatura nació, nos emborrachamos y Riverita desapareció. Malena volvió con sus padres,

de nuevo a atender el boliche esquivando manotazos y pellizcotes, cada vez esquivando con menos alarde, cada vez menos los manotazos, más aisladas las caricias subrepticias. Vos arruinado, cada día un poco más pobre y olvidado, emborrachándote por ahí y repitiendo hazañas a todos los que quisieran escucharte –y también eran cada vez menos los que te escuchaban, cada vez más los que se burlaban, en varios boliches empezaron a llamarte “el cieguito”- hasta que entraste de sereno en la fábrica de muebles “La Mundial”, cuando ya no se hablaba más de vos, cuando la gente por la calle ya no te reconocía. Cómo, decime, con aquellos lentes como culos de botella, aquella barriga blanda, la cara flácida, la papada, el andar neutro de autó-mata.

Nunca te lo dije pero fui yo el que te consiguió el trabajo de sereno en “La Mundial”. Hablé con el dueño, al que conocía de tomar copas juntos; me debía algún favor que los dos habíamos olvidado, pero me lo debía. Lo invité a beber, le recordé quién eras, le expliqué tu situación. “¿Y para qué mierda puede servir un sereno ciego?”, me dijo. “¿Y a quién diablos se le va a ocurrir robar tu fábrica piojosa? Solo a otro ciego”, le contesté. El único que pensaba que alguien podía robarla eras vos, o tal vez no. Me pediste una pistola, sabías que tenía una (la habías visto una vez); me rogaste, hablaste de la necesidad de defenderte. Te la di con un poco de temor. Estaba seguro de que no funcionaba, no tenía que haber funcionado y, después de todo, no funcionó: ¿O sí?

Tal vez aquella misma noche, cuando agarraste el revólver (era un revólver, no una pistola, aunque vos la llamabas pistola; no entendías nada de armas en realidad) con los dedos temblones y te lo subiste hasta la nariz como para olerlo (no meramente olfatearlo), seguro que ya sabías en qué lo ibas a usar y en quién. Tal vez ya estabas igual de loco que el día en que te mataron. Me acuerdo que estuvimos tomando mate; cada tanto vos salías a

hacer la ronda, tanteando las paredes y enfocando con la linterna todo lo que no veías para igual seguir sin verlo. Trabajaste dos años en “La Mundial”, si es que era trabajar aquello: poco a poco dejaste de hacer las rondas, a medianoche ya estabas borracho perdido y no sé cuándo empezaste a tratarme de usted. “Sólo usted se acuerda de mí, don Mario”, me decías. Tal vez veías todos mis años (los mismos cincuenta de Riverita) aunque no me vieras Y hace apenas diez días, milagrosamente sobrio, con el mate en vez de la botella entre las manos, me dijiste: “Hoy vi a Riverita”. “¿Lo viste?”, me asombré, “¿Cómo?”. “Lo olí”, dijiste. “Reconocí su perfume”. “Hay mucha gente que usa el mismo perfume”. “Sé que era él, porque también le olí el miedo”, dijiste. Tu mano buscó el destello de la botella en el piso. Agarraste la botella y la destapaste de un tirón. “Ahora ya lo sabe”, me dijiste. “Puedo emborracharme”. Bebiste y me ofreciste y me negué: era la primera vez que rechazaba un ofrecimiento tuyo y también la última. Poco después me fui, presintiendo que no volveríamos a vernos; yo por lo menos no quería volver por el barracón por la noche ni a la pieza mugrienta de la pensión por el día –durante años fui a verte dos, tres veces a la semana, con un regalo, como Riverita con los viejos Meléndez, un regalito, una botella de grappa o una caja de bombones baratos; una vez con una cajita musical que después perdiste o te robaron, nunca lo supiste; ni yo-, no quería mirar de nuevo tus ojos ciegos, escuchar tu voz que cada vez se parecía más a la voz que me imagino en los muertos: si hasta olías a cadáver.

Tres días después de nuestro último encuentro saliste a matar a Riverita, seguramente lo seguiste viendo –oliendo- los días previos, aprendiendo horarios y costumbres, todas las tardes la misma hora, la misma mesa. Te diste cuenta de que la ceguera era ahora una ventaja de tu parte, como un disfraz o una careta; comprendiste que podrías acercarte a él con una especie de impunidad. Al marcharte dejaste el álbum de fotos y recortes abierto

al medio sobre el camastro, la luz encendida como si alguna vez te hubiera servido de algo, una botella de grappa con la mitad de su contenido en el suelo; dejaste además tu olor en la amalgama de todos los otros olores añejos.

El Jauja es un bar grande, viejo, con el piso de madera, un largo mostrador, una foto de Gardel, mesas redondas, viejos que juegan al truco o a la escoba del quince, buenas copas. Entraste muy despacio, empujando lentamente las puertas de vaivén, a las cuatro y media de la tarde, cuando casi no había gente, sólo algunos de los viejos de todas las tardes y aquel olor, nítido por el odio acumulado, entre otros varios olores humanos y no humanos. Caminaste con falsas eses de falso borracho hacia el olor hasta distinguir el bulto; giraste la cabeza pasando los ojos por todo el local como si pudieras ver antes de sacar la pistola de entre los andrajos y apretar el gatillo, a tres pasos apenas. La pistola no podía funcionar y no funcionó, o sí: te estalló entre las manos.

Al escuchar el ruido, Riverita, que estaba de espaldas a vos bebiendo gin fizz y haciendo un solitario, se levantó y quiso huir. La baraja cayó en cascada al suelo, el as de pique cara arriba, mala suerte. Te lanzaste de cabeza hacia la ráfaga de olor –perfume “Bond Street” y el sudor del miedo mezclados- y le pegaste a Riverita con la cabeza

En el pecho. Tus lentes quedaron allí, pisoteados. Riverita golpeó boqueando contra la pared y entonces pusiste tus manos a trabajar: Eran todo lo que te quedaba, aquellos dos pedazos de carne sangrante. Pero ni la sangre ni el dolor ni la debilidad ni el entumecimiento ni los cuatro años de sólo emborracharte pudieron debilitar tu odio. Tus manos de nuevo se convirtieron en los dos pistones asesinos de cuando eras el mejor arriba del ring. Un minuto de golpear siempre en el pecho sabiendo que a cada golpe herías órganos vitales hasta comprobar que le estabas pegando a un cadáver. Saliste cami-

nando de espaldas, sin ver nada; tropezaste con la puerta y recién entonces, en la calle, empezaste a correr. No veías nada, casi ciego y sin los lentes. Sin saber bien cómo, tropezándote, golpeándote, cayendo y levantándote, magullado y gritando palabras sueltas y deshilachadas, llegaste a los depósitos del puerto, cuatro o cinco barracones con olor a cuero reseco y a sangre vieja; había ratas por todas partes, ojos duros y quietos que observaron mudos tu muerte.

Entre los barracones te alcanzó la policía, un cabo y un sargento que te perseguían desde cuatro o cinco cuadras atrás. Tres veces te dieron la orden de alto (o eso dice el parte) y a la cuarta dispararon dos tiros al aire: uno te alcanzó en una pierna y el otro en la espalda. Vos pensabas que ya nadie se acordaba de vos, pero no. Uno de los milicos dio vuelta a tu cadáver con la punta de un botín y el otro, al ver tu cara, silbó y dijo: “¿Viste quién es? El Dogo Ramos”.

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten alvarocastillo.net

Biografía resumida de Álvaro Castillo:

Nacido en Montevideo en 1948, Álvaro Castillo trabajó en la Agencia EFE y en el semanario Marcha antes de trasladarse, en 1973, a España, donde, además de publicar sus primeras novelas con Plaza y Janés, escribió para diversas publicaciones, como Cuadernos Hispanoamericanos, El Indiscreto Semanal o la revista Nuevo Índice, y colaboró en los guiones de la serie de televisión Curro Jiménez. Álvaro falleció en Madrid en 2015, dejando siete novelas inéditas que ahora se publican por primera vez.